SAGRADA BIBLIA

Deuteronomio

Libro completo

«Escucha, ¡oh Israel!»

EDICIÓN DE ESTUDIO

Texto de Félix Torres Amat, con notas que se abren al tocar el número: palabras, contexto, fe y conexiones bíblicas. Con pausas para meditar y escribir.

Índice

Cómo usar esta edición 7

Antes de empezar 9

Veinticuatro palabras hebreas 16

El *Deuteronomio* en la liturgia 18

1 Memoria del camino: del Horeb a Cadesbarne 20

2 Edom, Moab, Amón y la victoria sobre Sehón 31

3 La conquista de Basán y la súplica de Moisés 38

4 «No visteis figura alguna» 45

5 El decálogo en Moab 56

6 «Escucha, Israel» 66

7 Un pueblo elegido por amor 74

8 La escuela del desierto 84

9 No por tus virtudes 93

10 ¿Qué pide de ti el Señor? 99

11 La bendición y la maldición 104

12 El lugar que el Señor escogerá 110

13 Fidelidad a prueba 120

14 Hijos del Señor 125

15 El año de la remisión 131
16 Las tres fiestas y los jueces 140
17 La ley del rey 145
18 Los levitas y el profeta como Moisés..... 154
19 Las ciudades de refugio y los testigos 163
20 Las leyes de la guerra 169
21 La sangre sin culpable y la casa del israelita 174
22 El cuidado del prójimo y la honra del matrimonio .. 183
23 La asamblea del Señor y el campamento santo 189
24 El repudio, la prenda y el jornal del pobre..... 194
25 El hermano, las pesas justas y Amalec 203
26 Las primicias y el credo de Israel 208
27 Las piedras del Hebal y las doce maldiciones..... 217
28 La bendición y la maldición.....223
29 La alianza en Moab.....237
30 «Escoge la vida» 243
31 Josué y el libro de la ley 252
32 El cántico de Moisés..... 261
33 La bendición de Moisés 273
34 La muerte de Moisés 280

PARA PROFUNDIZAR

1 «Estas son las palabras»: el testamento de Moisés 27

4 «No visteis figura alguna»: un Dios sin imagen 52

5 Los dos decálogos..... 62

6 «Escucha, Israel»: el Shemá y el gran mandamiento 70

7 El anatema: la guerra santa y las páginas violentas..... 80

8 «No solo de pan»: Jesús tentado en el desierto..... 89

12 «El lugar que el Señor escogerá»: un solo santuario 116

15 «Que no haya pobres entre vosotros»: el año de la remisión 136

17 La ley del rey 150

18 «Un profeta como yo»: la promesa y su cumplimiento 159

21 La pena de muerte en la Ley de Moisés..... 179

24 El huérfano, la viuda y el forastero..... 199

26 «Un arameo errante fue mi padre»: el credo de Israel..... 213

28 Bendición y maldición: el Deuteronomio y los tratados de Asiria 233

30 «Escoge la vida»..... 248

31 «El libro de la ley»: de Moisés a Josías 257

32 El cántico de Moisés 269

34 La muerte de Moisés 285

CUADROS

1 Los encabezados del libro 26
3 Del Horeb a Moab 43
5 Los dos decálogos 61
6 El Shemá palabra por palabra 70
7 Las siete naciones de Canaán 79
8 Jesús responde con el Deuteronomio 88
12 «El lugar que el Señor escogerá» 115
14 Los animales puros de 14,4-5 129
15 El año sabático, la remisión y el jubileo 135
17 La ley del rey y Salomón 149
18 El profeta como Moisés 158
19 Las ciudades de refugio 167
21 Los delitos castigados con la muerte en el Deuteronomio ... 178
24 Leyes del Deuteronomio en el Nuevo Testamento 198
26 «Un arameo errante»: las lecturas de 26,5 212
27 Las doce maldiciones del monte Hebal 221
28 Las maldiciones de Dt 28 y el tratado de Asaradón 232
30 Los dos caminos 247
32 El cántico de Moisés en el Nuevo Testamento 268
33 Las bendiciones de Jacob y de Moisés 278
34 Las tres cuarentenas de Moisés 283
34 El Deuteronomio en el Nuevo Testamento 284

Repaso 289
Notas personales 297
Sobre esta edición 298

Cómo usar esta edición

Este archivo está pensado para leerse en un lector de tinta electrónica, con el dedo o con el lápiz.

Las notas se abren al tocarlas

Dentro del texto bíblico verás pequeños números en un recuadro gris, como este: 3. Cada uno es una nota guardada como comentario del PDF. Al tocar el número, la nota se abre en una ventana y no tienes que ir al final del libro.

Cada nota lleva arriba un título con su número, la cita y su tipo, por ejemplo «3 · Dt 1,2 · Palabra». Hay cuatro tipos:

Palabra	Qué significa una palabra hebrea o latina, o una palabra del español antiguo de esta traducción.
Contexto	Historia, arqueología, geografía y lo que contaban los pueblos vecinos de Israel.
Fe	Lo que enseña la Iglesia: el Catecismo, los Padres, los papas y la liturgia.
Conexión	Cómo resuena el pasaje en el resto de la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento.

Los números pequeños en negrita, sin recuadro, son los versículos.

Para detenerse

Al final de cada capítulo hay una **Pausa**: dos o tres preguntas, una oración breve y líneas para escribir con el lápiz. Muchos capítulos tienen además un recuadro **¿Sabías que?**, y hay cuadros de apoyo, como los dos decálogos, el Shemá palabra por palabra, la ley del rey frente a Salomón o las bendiciones de Jacob y de Moisés. Algunos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre una gran cuestión del libro. Al final encontrarás un repaso con preguntas cuyas respuestas también se esconden en notas.

Un modo de leer

Lee primero el capítulo de corrido, sin abrir las notas, para escuchar la historia entera. Después reléelo despacio, tocando las notas que te llamen la atención; si hay un ensayo, léelo entonces. Termina con la Pausa. Es una forma sencilla de la *lectio divina*, la lectura orante que la Iglesia recomienda: leer, meditar, orar, contemplar y llevar la Palabra a la vida (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 87).

El índice y los marcadores del PDF son tocables; el índice incluye también la lista de ensayos y de cuadros. Si alguna nota no se abre en tu lector, mira la última página.

Antes de empezar

Las últimas palabras de Moisés

El Deuteronomio es el quinto y último libro del Pentateuco, los cinco libros que los judíos llaman *Torá*. En hebreo se titula *Debarim*, «Palabras», por su comienzo: «Estas son las palabras que habló Moisés a todo Israel». El nombre «Deuteronomio», «segunda ley», viene de la traducción griega de los Setenta, que vertió así la expresión de 17,18, «una copia de esta ley»; Torres Amat escribe allí «este deuteronomio o recopilación de la ley». Aunque nace de una traducción discutible, el nombre describe bien el libro: Moisés vuelve a proponer la ley del Sinaí a una generación nueva.

El libro de los Números terminaba en las llanuras de Moab, frente a Jericó (Nm 36,13). Allí sigue el Deuteronomio, que es sobre todo un largo discurso. Moisés tiene ciento veinte años y sabe que no entrará en la tierra prometida. Reúne a los hijos de los que salieron de Egipto, les recuerda el camino del desierto, les repite los mandamientos y las leyes, renueva con ellos la alianza, nombra a Josué su sucesor, canta, bendice a las tribus y muere en el monte Nebo, mirando la tierra desde lejos. Es su testamento. En la Biblia judía cierra la Torá; en la cristiana es

también la bisagra con los libros de Josué a los Reyes, que cuentan la historia de Israel a la luz de sus enseñanzas.

LOS DISCURSOS DE MOISÉS

1,1-5	Encabezado: en Moab, al otro lado del Jordán
1,6 – 3,29	Primer discurso: memoria del camino desde el Horeb
4,1-43	«No visteis figura alguna»; las ciudades de refugio
4,44 – 5,33	Segundo discurso: el decálogo
6 – 11	El Shemá: amar al Señor y no olvidarlo
12 – 16,17	El código: el santuario único, lo puro, los pobres, las fiestas
16,18 – 18,22	Las autoridades: jueces, rey, sacerdotes y profeta
19 – 25	Leyes de la vida diaria: la sangre, la guerra, la familia, el prójimo
26	Las primicias, el credo y la alianza

27	Las piedras del monte Hebal y las doce maldiciones
28	Bendiciones y maldiciones
29 – 30	Tercer discurso: la alianza en Moab; «escoge la vida»
31	Josué sucede a Moisés; la ley escrita
32	El cántico de Moisés
33	La bendición de las tribus
34	La muerte de Moisés

Quién lo escribió

La tradición atribuye el libro a Moisés, y el texto dice que él escribió esta ley y la entregó a los sacerdotes (31,9.24). Pero el último capítulo cuenta su muerte, y una opinión recogida en el Talmud ya atribuía esos versículos a Josué (Baba Batra 15a). El narrador, además, sitúa Moab «a la otra parte del Jordán», como quien escribe desde Canaán (1,5), y dice que nadie ha sabido dónde está el sepulcro de Moisés «hasta hoy» (34,6).

Desde el siglo XIX, muchos estudiosos relacionan el núcleo del libro, una forma antigua de los capítulos 12 a 26, con el «libro de la ley» hallado en el templo el año diecio-

cho del rey Josías, hacia el 622 a. C. (2 Re 22 – 23): su reforma coincide con lo que manda el Deuteronomio, un solo santuario, la destrucción de los lugares altos, la Pascua en Jerusalén. Se piensa que el libro recogió tradiciones del reino del norte, tomó forma en tiempos de Josías y se completó en el destierro, al que aluden los capítulos 4 y 29 – 30. Su estructura se parece a la de los tratados de vasallaje asirios, como el de Asaradón (672 a. C.), y muchos creen que usa su lenguaje para decir que el único señor de Israel es Dios; se suele ver en él, además, la base de la «historia deuteronomista», de Josué a los Reyes. Los detalles se discuten mucho. La Iglesia acoge estos estudios y confiesa que Dios es el autor de la Escritura, que se valió de autores humanos verdaderos (*Dei Verbum*, n. 11; ver «Antes de empezar» en el Génesis). Atribuir el libro a Moisés expresa algo verdadero: desarrolla con fidelidad la alianza del Sinaí y la propone a cada generación con la autoridad de su mediador.

Cómo leerlo

El Deuteronomio es ley predicada: Moisés exhorta, razona, recuerda y suplica. Sus verbos son «escucha», «acuérdate», «no olvides», «ama», y una de sus palabras preferidas es «hoy». La alianza no se hizo solo con los padres, «sino con nosotros también que al presente somos y vivimos» (5,3): cada generación que lee el libro está en Moab,

ante la misma elección, «la vida y la muerte, la bendición y la maldición» (30,19).

Su teología gira en torno a lo único: un solo Dios (6,4), un pueblo elegido por puro amor (7,7-8), un solo santuario (12,5). Al amor de Dios que elige responde el amor de Israel, «con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas» (6,5), y ese amor se demuestra en la justicia con el levita, el forastero, el huérfano y la viuda, porque Israel también fue esclavo en Egipto (16,11-12; 24,17-22). El libro sabe que Israel será infiel (31,16-29), y termina prometiendo que Dios mismo «circuncidará tu corazón» (30,6), como anunciarán Jeremías y Ezequiel (Jer 31,33; Ez 36,26).

Pocos libros del Antiguo Testamento se citan tanto en el Nuevo. Jesús responde con el Shemá cuando le preguntan por el primer mandamiento (Mc 12,29-30; Catecismo, n. 2083), y con tres frases del Deuteronomio cuando el diablo lo tienta en el desierto (Mt 4,1-11): es el Hijo fiel allí donde Israel había fallado durante cuarenta años (Catecismo, nn. 538-539). Pedro y Esteban ven en él al profeta semejante a Moisés (18,15; Hch 3,22; 7,37), y Pablo lee de Cristo la palabra «cercana» de 30,14 (Rom 10,6-8) y la maldición del colgado en el madero (21,23; Gál 3,13). San Jerónimo llamó al libro «segunda ley y prefiguración de la ley evangélica» (*Carta* 53,8).

Hay páginas difíciles: el anatema o *jérem*, el mandato de exterminar a los pueblos de Canaán (7,1-5; 20,16-18), y las leyes que castigan con la muerte la idolatría, el adulterio o la rebeldía del hijo (13; 21,18-21; 22,22). Las notas y los ensayos las explican con honradez: su contexto, cómo las limitó la tradición judía y cómo las lee la Iglesia, que reconoce que los libros del Antiguo Testamento, «aunque contienen elementos imperfectos y pasajeros», dan testimonio de toda una pedagogía divina (Catecismo, n. 122). Junto a ellas hay leyes de una delicadeza sorprendente: devolver antes de la noche la ropa empeñada del pobre (24,12-13), dejar la gavilla olvidada para el forastero (24,19), no poner bozal al buey que trilla (25,4), no entregar a su dueño al esclavo fugitivo (23,15-16).

Sobre esta traducción

Torres Amat sigue la Vulgata. En este libro solo escribe en mayúsculas el «PROFETA» que Dios suscitará como Moisés (18,15), porque, dice en su prólogo, «toda la antigua sinagoga» entendió este lugar del Mesías. Explica con glosas unidas por «o» las palabras difíciles: «su Nombre o Tabernáculo» (12,5), «la iglesia o pueblo del Señor» (23,1), «recto o amado pueblo» (33,5), por *Yeshurún*, nombre poético de Israel. A veces interpreta más que la Vulgata: «Labán el sirio procuraba destruir a mi padre Jacob» (26,5), donde esta dice «el sirio perseguía a mi padre» y el hebreo probable-

mente «un arameo errante fue mi padre»; o «el hombre no vive de solo pan, sino de cualquier cosa que Dios dispusiere» (8,3), donde la Vulgata, como el Evangelio, dice «de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4,4). Otras veces conserva rarezas latinas, como el «rinoceronte» de 33,17, un toro salvaje en hebreo, o el «camello pardal», la jirafa (14,5). Las notas lo señalan.

La numeración es la de la Vulgata: entre los capítulos 12 y 13, 22 y 23, y 28 y 29, el corte no coincide con el de muchas Biblias modernas, que siguen el hebreo; el colofón lo explica. El versículo 27,25, perdido en la transcripción digital, se ha recuperado de la edición de 1824.

Algunos capítulos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre las grandes cuestiones del libro: los dos decálogos, el Shemá, Jesús tentado en el desierto, el anatema, el santuario único, la ley del rey, el profeta como Moisés, la pena de muerte, el libro hallado en tiempos de Josías, el cántico y la muerte de Moisés. Todos aparecen en el índice.

Veinticuatro palabras hebreas

Las palabras clave del Deuteronomio en su lengua original, que se lee de derecha a izquierda.

דְּבָרִים	**Debarim** · «Palabras»; título hebreo del libro 1,1
הַיּוֹם	**ha-yom** · hoy; vuelve una y otra vez en los discursos 5,3; 26,17; 30,15
זָכַר	**zajar** · acordarse; «acuérdate que fuiste esclavo» 5,15; 8,2; 24,18
שְׁמַע	**shemá** · ¡escucha!; da nombre a la oración de 6,4-9 6,4
אֶחָד	**ejad** · uno, único 6,4
אָהַב	**ahab** · amar; también el amor con que Dios elige 6,5; 7,8
לֵבָב	**lebab** · corazón: la sede del pensar y del decidir 6,5; 30,6
נֶפֶשׁ	**néfesh** · alma, vida; en su origen, «garganta» 6,5
מְאֹד	**meod** · «mucho»; aquí, todas las fuerzas 6,5
טֹטָפֹת	**totafot** · señal en la frente; de aquí las filacterias 6,8
מְזוּזָה	**mezuzá** · jamba de la puerta; hoy, el estuche con el Shemá 6,9
חֵרֶם	**jérem** · anatema: lo consagrado a Dios por la destrucción 7,2.26
בָּחַר	**bajar** · escoger, elegir 7,6; 12,5; 30,19
יָתוֹם · אַלְמָנָה	**yatom · almaná** · huérfano · viuda 10,18; 24,19

גֵּר	**guer** · forastero, extranjero que vive en el país 10,19; 24,17
בְּרָכָה · קְלָלָה	**berajá · qelalá** · bendición · maldición 11,26; 30,19
מָקוֹם	**maqom** · lugar; «el lugar que el Señor escogerá» 12,5
שֵׁם	**shem** · nombre; Dios hace habitar allí su Nombre 12,5.11
שְׁמִטָּה	**shemittá** · remisión de las deudas 15,1-2
מִשְׁנֵה הַתּוֹרָה	**mishné ha-torá** · copia de la ley; en griego, «deuteronomio» 17,18
נָבִיא	**nabí** · profeta 18,15
חַיִּים	**jayyim** · vida 30,15.19
צוּר	**tsur** · roca; título de Dios en el cántico 32,4.15
יְשֻׁרוּן	**Yeshurún** · «el recto»; nombre poético de Israel 32,15; 33,5.26

El Deuteronomio en la liturgia

Dónde escucha la Iglesia estos capítulos, según el Leccionario romano y la Liturgia de las Horas.

Domingos y solemnidades

Celebración	Lectura
1.er domingo de Cuaresma, ciclo C	Dt 26,4-10 (las primicias y el credo de Israel)
1.er domingo de Cuaresma, ciclos A y C (Evangelio)	Jesús tentado responde con Dt 8,3; 6,16 y 6,13 (Mt 4,1-11; Lc 4,1-13)
Santísima Trinidad, ciclo B	Dt 4,32-34.39-40 («no hay otro sino él»)
Corpus Christi, ciclo A	Dt 8,2-3.14b-16a (el maná: «no solo de pan»)
Sagrado Corazón de Jesús, ciclo A	Dt 7,6-11 (elegidos por amor)
4.º domingo del tiempo ordinario, ciclo B	Dt 18,15-20 (el profeta como Moisés)
9.º domingo, ciclos A y B	Dt 11,18.26-28.32 (la bendición y la maldición); Dt 5,12-15 (el sábado)
15.º domingo, ciclo C	Dt 30,10-14 («el mandamiento está muy cerca de ti»)
22.º domingo, ciclo B	Dt 4,1-2.6-8 («un pueblo sabio y entendido»)
31.º domingo, ciclo B	Dt 6,2-6 (el Shemá), con el gran mandamiento (Mc 12,28b-34)

Otros momentos

Celebración	Lectura
Jueves después del Miércoles de Ceniza	Dt 30,15-20 («escoge la vida»)
Sábado de la 1.ª semana de Cuaresma	Dt 26,16-19 (la alianza renovada «hoy»)
Miércoles de la 3.ª semana de Cuaresma	Dt 4,1.5-9, con Mt 5,17-19 («no he venido a abolir la ley»)
Ferias del tiempo ordinario, año impar, semanas 18.ª y 19.ª	Dt 4,32-40; 6,4-13; 10,12-22; 31,1-8; 34,1-12 (la muerte de Moisés)
Laudes del sábado de la 2.ª semana	El cántico de Moisés (Dt 32,1-12)
Completas del sábado	Lectura breve: el Shemá (Dt 6,4-7)
Iniciación cristiana de adultos: entrega del Símbolo	Dt 6,1-7 («Escucha, Israel»)

Las referencias siguen el Leccionario romano vigente; ninguna de estas lecturas cae en los pasajes donde la numeración de esta edición difiere de la moderna.

1

Memoria del camino: del Horeb a Cadesbarne

El libro se abre con un encabezado solemne: Moisés habla a todo Israel en Moab, en el año cuarenta, cuando ya han caído los reyes Sehón y Og (vv. 1-5). Empieza entonces el primer discurso, que es un ejercicio de memoria. Moisés recuerda la orden de partir del Horeb y el nombramiento de los jueces (vv. 6-18), y después la noche negra de Cadesbarne: los exploradores, el miedo, la rebelión y la derrota (vv. 19-46). No cuenta la historia por nostalgia: se la cuenta a los hijos de los que fracasaron, para que ellos no repitan el error ante la misma frontera.

Encabezado: en Moab, al otro lado del Jordán

1 Estas son las palabras [1] que habló Moisés a todo Israel
antes de pasar el Jordán [2], en la campiña desierta, frente
al mar Rojo entre Farán y Tofel y Labán y Haserot, donde
hay minas de oro en abundancia [3], 2 a once jornadas de
Horeb [4], por el camino del monte Seir hasta Cadesbarne.
3 En el año cuadragésimo de la salida de Egipto [5], en el
mes undécimo, el primer día del mes, anunció Moisés a los
hijos de Israel todo lo que le mandó el Señor que les dijera.
4 Después que derrotó a Sehón, rey de los amorreos [6], que
tenía su corte en Hesebón, y a Og, rey de Basán, que moró
en Astarot y en Edrai, 5 a la otra parte del Jordán, en el país

de Moab, Moisés comenzó a explicarles la ley del Señor [7],
y a decirles:

Desde el Horeb: los jueces del pueblo

[6] Dios nuestro Señor nos habló en Horeb, diciendo: Bastante tiempo habéis permanecido junto a este monte [8];
[7] dad la vuelta y marchad a las montañas de los amorreos y demás lugares vecinos, extendiéndoos por los llanos, y por los montes y valles que yacen al mediodía, y a la costa del mar Mediterráneo, por la tierra más septentrional de los cananeos y del Líbano, hasta el gran río Eufrates. [8] Mirad, dijo, que os la tengo dada: entrad y tomad posesión de la tierra, acerca de la cual juró el Señor a vuestros padres Abrahán, Isaac y Jacob [9], que se le daría a ellos, y después de ellos a su descendencia.

[9] En aquel mismo tiempo os dije [10]: [10] No puedo yo solo gobernaros: porque el Señor Dios vuestro os ha multiplicado, y en el día de hoy sois en grandísimo número como las estrellas del cielo. [11] (El Señor, Dios de vuestros padres, añada aún a este número muchos millares [11], y os llene de bendiciones como lo tiene dicho). [12] Yo no puedo solo llevar el peso de vuestros negocios y pleitos [12]. [13] Escoged de entre vosotros varones sabios y experimentados, de una conducta bien acreditada en vuestras tribus, para que os los ponga por caudillos y jueces. [14] Entonces me respondisteis: Acertada cosa es la que quieres hacer. [15] Y así tomé de

vuestras tribus varones inteligentes y esclarecidos, y los constituí por príncipes vuestros, por tribunos y centuriones [13], y cabos de cincuenta y de diez hombres, que os instruyesen en cada cosa.

16 Y les mandé diciendo: Oídlos y haced justicia: ora sean ciudadanos, ora extranjeros [14]. 17 Ninguna distinción haréis de personas: del mismo modo oiréis al pequeño que al grande: ni guardaréis miramiento a nadie, pues que vosotros sois jueces en lugar de Dios [15]. Mas si alguna cosa difícil os ocurriere, dadme parte a mí, y yo determinaré. 18 En suma os ordené todo cuanto debíais hacer.

Cadesbarne: el miedo y la rebelión

19 Al fin, habiendo partido de Horeb, pasamos por aquel grande y espantoso desierto que visteis camino de la montaña del amorreo, como Dios nuestro Señor nos había mandado; y estando ya en Cadesbarne, 20 os dije: Habéis llegado a la montaña del amorreo, de la cual nos ha de dar nuestro Señor la posesión. 21 Mira, ¡oh Israel! la tierra que te da tu Señor Dios: sube y ocúpala como Dios nuestro Señor lo prometió a tus padres; no tienes que temer ni alarmarte por nada.

22 Y acudisteis a mí todos, y dijisteis: Enviemos personas que reconozcan la tierra [16], y nos informen por qué camino debemos subir, y a cuáles ciudades encaminarnos.

23 Habiéndome parecido bien el pensamiento, despaché
doce hombres de entre vosotros, uno de cada tribu. 24 Los
cuales puestos en camino, habiendo atravesado las monta-
ñas llegaron hasta el valle del Racimo [17]; y reconocida la
tierra, 25 cogiendo de sus frutos para muestra de fertilidad,
nos los trajeron y dijeron: Buena es la tierra que el Señor
Dios nuestro nos ha de dar.

26 Mas vosotros no quisisteis subir; antes bien, incrédulos
a la palabra de Dios nuestro Señor, 27 murmurasteis en
vuestras tiendas y dijisteis: El Señor nos aborrece [18], y por
eso nos sacó de la tierra de Egipto, para entregarnos en
manos del amorreo y acabar con nosotros. 28 ¿A dónde ire-
mos? Los mensajeros nos han aterrado, diciendo: Es mu-
cho el gentío que hay en el país y de más alta estatura que
nosotros, las ciudades son grandes, y fortificadas con mu-
ros que llegan hasta el cielo, y allí hemos visto a los hijos
de los enaceos o gigantes [19].

29 Entonces os dije yo: No temáis, ni tengáis miedo de
ellos. 30 El Señor Dios, el cual es vuestro conductor, él mis-
mo peleará por vosotros, como lo hizo en Egipto a vista de
todos. 31 Y en el desierto (tú mismo, ¡oh Israel! lo has vis-
to), el Señor tu Dios te ha traído en brazos por todo el ca-
mino que habéis andado hasta llegar a este lugar, a la ma-
nera que suele un hombre traer a su hijo chiquito [20].
32 Pero ni aún así creísteis al Señor vuestro Dios, 33 el cual

ha ido él mismo delante de vosotros todo el viaje, y ha demarcado los sitios en que debíais plantar las tiendas, enseñándoos el camino de noche con la columna de fuego, y de día con la de nube.

34 Y cuando el Señor oyó el rumor de vuestras quejas, indignado, juró y dijo: 35 Ninguno de los hombres de esta pésima generación verá la excelente tierra que tengo prometida con juramento a sus padres; 36 excepto Caleb, hijo de Jefone; ése la verá; y a ése le daré la tierra que pisó, y a sus hijos; porque ha seguido al Señor. 37 Ni es de maravillar ésta su indignación contra el pueblo; visto que aun contra mí, enojado el Señor por causa vuestra [21], dijo: Ni tampoco tú entrarás en esa tierra. 38 Mas Josué, hijo de Nun, ministro tuyo, ése entrará por ti: y así exhórtale y aliéntale, pues él es el que ha de repartir por suertes la tierra de Israel. 39 Vuestros pequeñuelos, de quienes dijisteis que serían llevados cautivos, vuestros niños que hoy no saben discernir el bien del mal [22], esos son los que entrarán; y a ellos daré yo la tierra, y la poseerán. 40 Mas vosotros volveos atrás, y marchad al desierto por el camino que va al mar Rojo.

41 Entonces me respondisteis: Hemos pecado contra el Señor; subiremos a esa tierra, y pelearemos conforme ha ordenado el Señor Dios nuestro. Y como armados os encaminaseis hacia el monte, 42 me dijo el Señor: Adviérteles que

no vayan, ni peleen; porque yo no estoy con ellos: no sea
que queden postrados a los pies de sus enemigos. 43 Os lo
dije, y no hicisteis caso; sino que oponiéndoos al manda-
miento del Señor, e hinchados de soberbia subisteis al
monte. 44 Entonces habiendo salido a vuestro encuentro el
amorreo, que habitaba en las montañas, os persiguió,
como suelen perseguir las abejas al que las inquieta; y os
fue acuchillando desde Seir hasta Horma. 45 Y por más que
llorasteis a la vuelta en presencia del Señor, no quiso escu-
charos ni condescender con vuestros ruegos. 46 Por eso es-
tuvisteis de asiento por mucho tiempo en Cadesbarne [23].

¿Sabías que?

En la sinagoga, el primer sábado en que se lee el Deuteronomio cae siempre justo antes del 9 de av, el día de luto por la destrucción del templo, y se acompaña con Isaías 1, la «visión» de Isaías: por eso se llama «sábado de la visión» (*Shabat Jazón*). En muchas comunidades, el lector canta el v. 12, «Eijá, ¿cómo podré yo solo…?», con la melodía triste de las Lamentaciones, que empiezan con la misma palabra: «Eijá, ¡cómo está sola la ciudad!» (Lam 1,1). Un midrás une las tres: Moisés vio a Israel en su gloria, Isaías en su infidelidad (Is 1,21) y Jeremías en su ruina (Eijá *Rabá* 1,1).

Los encabezados del libro

Cita	Encabezado o marco	Qué introduce
1,1-5	«Estas son las palabras»	Primer discurso (1,6 – 4,40): la memoria del camino. En Moab, el año 40, el mes 11, el día 1 (1,3).
4,41-43	Noticia del narrador	Tres ciudades de refugio al este del Jordán.
4,44-49	«Esta… es la ley»	Segundo discurso (5 – 28): el decálogo, el Shemá, el código, las bendiciones y maldiciones.
29,1	«Estas son las palabras de la alianza»	Tercer discurso (29 – 30): la alianza en Moab. En hebreo es 28,69, y se discute si cierra el cap. 28 o abre el 29.
31,1-29	Narración	Josué sucede a Moisés; la ley se escribe y se deja junto al arca.
31,30	«Las palabras de este cántico»	El cántico de Moisés (32,1-43), que queda como testigo.
33,1	«Esta es la bendición»	La bendición de las tribus antes de morir (33,2-29).
34,1-12	Narración final	Muerte de Moisés en el Nebo; treinta días de luto (34,8); elogio del profeta sin igual (34,10-12).

Cuatro encabezados con demostrativo («estas», «esta») dividen el libro, y una voz narradora enmarca los discursos. Entre la fecha de 1,3 y el paso del Jordán, el día diez del primer mes (Jos 4,19), median unos setenta días: según el Talmud, Moisés murió el 7 de adar, se le lloró treinta días y tres días después el pueblo cruzó el río (Kidushín 38a).

PARA PROFUNDIZAR

«Estas son las palabras»: el testamento de Moisés

La Biblia reserva un tipo de páginas para los momentos decisivos: las palabras de despedida. Jacob bendice a sus hijos antes de morir (Gn 49); Josué reúne a Israel en Siquem (Jos 23 – 24); Samuel entrega el gobierno al rey (1 Sam 12); David aconseja a Salomón (1 Re 2,1-9); Tobit habla a su hijo (Tob 14); Matatías anima a los suyos a la resistencia (1 Mac 2,49-70). En el Nuevo Testamento, Jesús se despide de sus discípulos en la última cena (Jn 13 – 17), Pablo de los presbíteros de Éfeso (Hch 20,17-38) y de Timoteo (2 Tim 3 – 4), y Pedro escribe sabiendo que pronto dejará su «tienda» (2 Pe 1,12-15). Los rasgos se repiten: el que va a morir reúne a los suyos, recuerda el pasado, exhorta a la fidelidad, anuncia lo que vendrá, nombra un sucesor y bendice. El Deuteronomio entero es el ejemplo más amplio de este género: el testamento de Moisés.

El libro se organiza en discursos con encabezados (ver el cuadro al final de este capítulo). «Estas son las palabras» (1,1) abre el primero, que recuerda el camino desde el Horeb (1,6 – 4,40). «Esta es la ley» (4,44) introduce el segundo y más largo: el decálogo, la exhortación del Shemá, el código y las bendiciones y maldiciones (5 – 28). «Estas son las palabras de la alianza» (29,1) abre el tercero, la alianza en Moab (29 – 30). Siguen los gestos finales de todo testamento: Josué sucede a Moisés, la ley se pone por escrito y el cántico queda como testigo (31 – 32), Moisés bendice a las tribus (33) y muere en el Nebo (34). Una voz narradora enmarca

los discursos y los fecha: el año cuarenta, el mes undécimo, el día primero (1,3).

El estilo es el de un predicador. Moisés repite, insiste, razona, pregunta: «¿qué otra nación hay tan ilustre...?» (4,8). Vuelven siempre las mismas fórmulas: «guarda y cumple», «con todo tu corazón y con toda tu alma», «para que seas feliz», «la tierra que el Señor tu Dios te da». Los estudiosos reconocen en ese lenguaje un estilo propio, que reaparece en Jeremías y en los libros de Josué a los Reyes. Es una ley que no se contenta con mandar: quiere convencer y mover el corazón.

Su palabra clave es «hoy». Moisés habla a los hijos de los que salieron de Egipto, muchos de los cuales no estuvieron en el Horeb, y les dice que el Señor hizo la alianza «con nosotros también que al presente somos y vivimos» (5,3; ver nota a 5,3). En Moab, la alianza se renueva «con todos, con los presentes y con los venideros» (29,15): el texto incluye a los que aún no han nacido. «Hoy» Israel elige al Señor por su Dios (26,16-19); «hoy» Moisés pone delante «la vida y la muerte, la bendición y la maldición» (30,15-19). El testamento de un hombre que va a morir se convierte en palabra viva para cada generación que lo lee.

La Carta a los Hebreos tomó esa clave y la aplicó a los cristianos. Comentando el Salmo 95, «si hoy oís su voz, no endurezcáis vuestro corazón», recuerda a la generación que cayó en el desierto y concluye que Dios fija de nuevo un día, «hoy», y que todavía queda un descanso para el pueblo de Dios (Heb 3,7 – 4,11). El Catecismo ve en esa palabra la respiración de la liturgia: cuando la Iglesia celebra el misterio de Cristo, «hay una palabra que jalona su

oración: ¡Hoy!», eco del padrenuestro y de la llamada del Espíritu (n. 1165). La liturgia no se limita a recordar el pasado: lo hace presente.

Leer el Deuteronomio como un testamento ayuda a entender su tono. Moisés sabe que no entrará en la tierra (1,37; 3,27) y sabe que el pueblo será infiel (31,27-29); por eso cada palabra suya tiene la urgencia del que no volverá a hablar. Jesús, en la última cena, hará algo parecido y a la vez distinto. También se despide, también da un mandamiento, «que os améis unos a otros» (Jn 13,34), también anuncia lo que vendrá. Pero promete no dejar huérfanos a los suyos (Jn 14,18), y deja más que palabras: su cuerpo entregado y la sangre de la nueva alianza (Lc 22,19-20). El testamento de Moisés prepara el del Hijo.

PAUSA

1. Moisés corrige al pueblo nombrando los lugares sin humillarlo. ¿Cómo corriges tú a quienes amas?
2. Once jornadas se convirtieron en cuarenta años. ¿Qué camino de tu vida se ha alargado por falta de confianza?
3. «El Señor nos aborrece», dijeron en sus tiendas. ¿Qué mentiras sobre Dios se te cuelan en los momentos de miedo?

Para orar. *Señor, que me llevaste en brazos cuando no podía andar, dame confianza para entrar adonde tú me guías.*

2

Edom, Moab, Amón y la victoria sobre Sehón

Termina el largo rodeo del desierto y comienza la marcha hacia el norte, por el este del mar Muerto. El capítulo tiene tres pasos: Israel bordea Edom sin atacarlo, porque es el pueblo hermano de Esaú (vv. 1-8); pasa junto a Moab y Amón, hijos de Lot, entre unas noticias eruditas sobre antiguos pueblos de gigantes (vv. 9-23); y vence a Sehón, rey de Hesebón, que le niega el paso (vv. 24-37). Entre el respeto a las tierras ajenas y la primera guerra de conquista, el texto enseña que Dios reparte la tierra a todos los pueblos, no solo a Israel.

Edom, el pueblo hermano

1 Partidos de aquí, fuimos al desierto que guía al mar Rojo,
como el Señor me había dicho; y anduvimos largo tiempo
rodeando las montañas de Seir [1]. 2 Y me dijo el Señor:
3 Bastante habéis ido rodeando por estos montes: id ahora
hacia el Septentrión:

4 Y tú da esta orden al pueblo, diciéndole: Vosotros pasa-
réis por los confines de vuestros hermanos, los hijos de
Esaú [2], que habitan en Seir, y os temerán. 5 Mas guardaos
bien de moverles guerra, porque no os daré de su tierra ni
siquiera la huella de un pie [3], por cuanto di a Esaú en po-

sesión las montañas de Seir. 6 Compraréis de ellos a dinero
contante las vituallas que hubiereis de comer; y también el
agua que sacareis de sus pozos para beber. 7 El Señor Dios
tuyo ha echado su bendición en todo cuanto has puesto
tus manos: ha dirigido tu viaje [4] de manera que has anda-
do cuarenta años por este vasto desierto, acompañándote
el Señor Dios tuyo, y nada te ha faltado. 8 Pasado que hubi-
mos los confines de nuestros hermanos, los hijos de Esaú,
que habitaban en Seir, por el camino llano desde Elat, y
desde Asiongaber [5], llegamos al camino que conduce al
desierto de Moab.

Moab y Amón, hijos de Lot

9 Aquí me dijo el Señor: No obres hostilmente contra los
moabitas, ni trabes batalla con ellos: que no te daré ni un
palmo de su tierra, puesto que la posesión de Ar se la he
dado a los hijos de Lot [6]. 10 Los emimeos o terribles [7] fue-
ron sus primeros pobladores, pueblo numeroso y valiente,
y de talla tan alta, que eran tenidos como gigantes de la
raza de Enacim; 11 y en realidad eran semejantes a los
enaceos. Finalmente los moabitas los llaman emimeos.
12 En Seir asimismo habitaron antes los horreos [8]; y arro-
jados éstos y destruidos, entraron en su lugar los hijos de
Esaú, como lo hizo Israel en la tierra cuya posesión le dio
el Señor.

13 Poniéndonos, pues, en camino para pasar el torrente Za-
red, arribamos a él. 14 El tiempo que gastamos desde Ca-
desbarne hasta el paso del torrente Zared, fue de treinta y
ocho años [9]; a fin de que toda aquella generación de hom-
bres aptos para la guerra, alistados al salir de Egipto, fene-
ciese en los campamentos como lo tenía jurado el Señor;
15 cuya mano descargó contra ellos, haciendo que muries-
sen en los campamentos.

16 Muertos finalmente todos aquellos guerreros, 17 me ha-
bló el Señor diciendo: 18 Tú vas a pasar hoy por las fronte-
ras de Moab, y de una ciudad que tiene por nombre Ar;
19 mas en llegando a las cercanías de los hijos de Amón,
guárdate de moverles guerra, ni pelear contra ellos: que
nada te daré de la tierra de los hijos de Amón, por cuanto
la di en posesión a los hijos de Lot.

20 Tierra que fue considerada como país de gigantes; pues
en ella moraron antiguamente unos gigantes que los amo-
nitas llaman zomzommim [10], 21 pueblo grande y numero-
so y de altura descomunal, a semejanza de los enaceos. El
Señor los exterminó por mano de los amonitas, e hizo que
éstos poblasen la tierra en su lugar; 22 como lo había hecho
con los hijos de Esaú que habitan en Seir, destruyendo a
los horreos y entregándoles su tierra, la cual poseen hasta
el día de hoy. 23 Del mismo modo a los heveos, que habita-
ban en Haserim hasta Gaza, los destruyeron los capado-

cios, que salidos de Capadocia [11] acabaron con ellos, y habitaron en su lugar.

La victoria sobre Sehón

[24] Ea, pues, prevenïos, os dijo entonces el Señor, y pasad el torrente de Arnón [12]: Sábete, ¡oh Israel!, que yo he puesto en tu mano a Sehón, rey de Hesebón, el amorreo; empieza desde luego a ocupar su tierra y hacerle la guerra. [25] Hoy comenzaré yo a infundir tu terror y espanto sobre los pueblos que habitan debajo de cualquier parte del cielo: de suerte que al oír tu nombre tiemblen, y como las mujeres que están de parto [13], se estremezcan, y queden penetrados de dolor.

[26] Envié, pues, mensajeros desde el desierto de Cademot a Sehón, rey de Hesebón, con proposiciones pacíficas [14], diciendo: [27] Pasaremos por tu tierra yendo por el camino real, sin torcer ni a la derecha ni a la izquierda. [28] Véndenos por su valor los víveres para nuestro sustento, y danos por nuestro dinero el agua que bebamos. Permítenos solamente el paso, [29] como lo hicieron los hijos de Esaú que habitan en Seir, y los moabitas que moran en Ar; hasta que arribemos al Jordán, y entremos en la tierra que nos ha de dar el Señor, Dios nuestro.

[30] Mas no quiso Sehón, rey de Hesebón, concedernos el paso, por haber el Señor tu Dios permitido que tuviese en-

durecido su ánimo [15] y obstinado su corazón, a fin de entregarle en tus manos, como ahora ves. 31 Entonces me dijo el Señor: He aquí que he comenzado a entregarte a Sehón y su tierra: empieza tú a poseerla.

32 Salió, pues, Sehón con toda su gente, a presentarnos batalla en Jasa [16]. 33 Y el Señor Dios nuestro nos lo entregó; y lo matamos a él, a sus hijos y toda su gente. 34 Al mismo tiempo tomamos todas las ciudades, quitando la vida a sus habitantes, hombres, mujeres y niños [17], sin perdonar cosa alguna, 35 salvo las bestias, que fueron parte del botín, como los despojos de las ciudades que ocupamos, 36 desde Aroer, ciudad situada en un valle sobre la ribera del torrente Arnón, hasta Galaad. No hubo aldea ni ciudad que escapara de ser presa nuestra: todas nos las entregó el Señor Dios nuestro, 37 menos la tierra de los hijos de Amón, a que no tocamos, y todo el país de la orilla del torrente Jeboc [18], y las ciudades de las montañas, y todos los demás lugares que nos vedó el Señor Dios nuestro.

¿Sabías que?

El «camino real» del v. 27 (también Nm 20,17; 21,22) era probablemente la gran ruta que recorría de sur a norte la meseta al este del Jordán, desde el golfo de Áqaba hasta Damasco, pasando por Edom, Moab y Amón. Por ella pasaron durante siglos las caravanas del incienso y los ejércitos. Entre los años 111 y 114 el emperador Trajano la pavimentó como *Via Nova Traiana*, de Bostra, en Siria, a Aila, junto a Áqaba, y todavía se ven algunos de sus miliarios. La carretera jordana que sigue su trazado se conoce hoy como *King's Highway*: el camino del rey.

PAUSA

1. Dios mandó respetar la tierra de Edom, de Moab y de Amón. ¿A quién te cuesta reconocerle lo que Dios le ha dado?
2. «Nada te ha faltado» en cuarenta años de desierto. ¿Qué cuidados de Dios descubres al mirar atrás?
3. Moisés ofreció la paz antes de luchar. ¿Con quién tendrías que dar hoy el primer paso hacia la paz?

Para orar. *Señor, que conoces mi camino, enséñame a andar en paz y a respetar lo que tú has dado a los demás.*

3

La conquista de Basán y la súplica de Moisés

El primer discurso llega a su fin con dos movimientos opuestos. Primero, el triunfo: Israel vence a Og, rey de Basán, el último de los gigantes (vv. 1-11), y Moisés reparte la Transjordania entre Rubén, Gad y media tribu de Manasés, con la condición de que sus guerreros ayuden a sus hermanos (vv. 12-22). Después, la derrota personal: Moisés suplica entrar en la tierra y Dios le responde que basta; solo podrá verla desde la cumbre del Fasga (vv. 23-29). El guía que ha repartido tierras a otros no pisará la suya.

Og, rey de Basán

[1] Tomando, pues, otro camino, nos dirigimos hacia Basán,
donde nos salió al encuentro Og, rey de Basán, con toda su
gente para darnos la batalla en Edrai [1]. [2] Y me dijo el Se-
ñor: No le temas, porque así él como todo su pueblo y país
están entregados en tus manos; y harás con éste lo mismo
que hiciste con Sehón, rey de los amorreos, que habitaba
en Hesebón. [3] Así, pues, entregó también Dios nuestro Se-
ñor en nuestras manos a Og, rey de Basán, y a todo su pue-
blo; y a todos los pasamos a cuchillo, sin dejar uno,
[4] devastando a un mismo tiempo todas sus ciudades: no
hubo población que se nos escapara: nos apoderamos de

sesenta ciudades [2], y de toda la comarca de Argob, del reino de Og en Basán. [5] Las ciudades todas estaban guarnecidas de muros altísimos, y con puertas, y trancas o rastrillos [3]; sin contar los innumerables pueblos que no tenían murallas. [6] Y exterminamos aquella gente [4] como habíamos hecho con Sehón, rey de Hesebón, acabando con todas las ciudades, con hombres, mujeres y niños; [7] y cogimos los ganados y los despojos de las ciudades.

[8] Con lo que nos hicimos entonces dueños de la tierra ocupada por los dos reyes amorreos que habitaban de este lado del Jordán, desde el torrente de Arnón hasta el monte Hermón, [9] que los sidonios llaman Sarión, y los amorreos Sanir [5]; [10] y tomamos todas las ciudades de la llanura, y la tierra toda de Galaad y de Basán hasta Selca y Edrai, ciudades del reino de Og en Basán. [11] Es de saber que Og, rey de Basán, era el único que había quedado en esta tierra de la casta de los gigantes [6]. Se muestra su cama de hierro en Rabbat [7], ciudad de los hijos de Amón, la cual tiene nueve codos de largo y cuatro de ancho, según la medida del codo ordinario de un hombre.

El reparto de la Transjordania

[12] Tomamos, pues, entonces posesión de la tierra desde Aroer, situada sobre la ribera del torrente Arnón, hasta la mitad de la montaña de Galaad; y di sus ciudades a las tribus de Rubén y de Gad. [13] La otra mitad del país de Galaad

y todo el de Basán, del reino de Og, con toda la comarca de Argob, lo entregué a la media tribu de Manasés. Todo este país de Basán es llamado tierra de los gigantes. 14 Jair, hijo o descendiente de Manasés, entró en posesión de todo el territorio de Argob hasta los términos de Gesuri y de Macati. Y puso su nombre a Basán, llamándole Havot Jair, es decir, Aldeas de Jair, hasta el día de hoy [8]. 15 Di también a la familia de Maquir parte de Galaad. 16 Y a las tribus de Rubén y de Gad les di del país de Galaad hasta el torrente Arnón, con la mitad del torrente y sus tierras hasta el arroyo Jeboc, que parte términos con los hijos de Amón; 17 y la llanura del desierto y ribera del Jordán, y los confines de Ceneret o Genezaret [9] hasta el mar del desierto, llamado mar Salado o Muerto, hasta la raíz del monte Fasga hacia el Oriente.

18 Entonces os di esta orden, diciendo a los de estas tres tribus: El Señor Dios vuestro os da esta tierra por heredad; todos los hombres robustos habéis de ir armados a la ligera [10] a la frente de vuestros hermanos los hijos de Israel, 19 dejando las mujeres, y los niños, y las bestias: que ya sé que tenéis muchos ganados; y deberán quedar en las ciudades que os he dado, 20 hasta tanto que conceda el Señor a vuestros hermanos descanso, como os le ha concedido a vosotros; y posean ellos también la tierra que les ha

de dar a la otra parte del Jordán; entonces se volverá cada uno de vosotros a la posesión propia que os he dado.

21 A Josué también lo previne en aquel tiempo diciendo:
Bien han visto tus ojos lo que ha hecho el Señor Dios vuestro con estos dos reyes; pues así lo hará con todos los reinos a que has de pasar. 22 No los temas: porque el Señor Dios vuestro peleará por vosotros [11].

«Basta ya»: la súplica de Moisés

23 Al mismo tiempo supliqué al Señor [12], diciendo:
24 Señor Dios, tú has empezado a mostrar a tu siervo tu grandeza y el poder excelso de tu brazo; como que no hay otro Dios en el cielo ni en la tierra que pueda hacer lo que tú haces [13], ni compararse contigo en fortaleza.
25 Permíteme, pues, pasar adelante a ver esa bellísima tierra de la otra parte del Jordán, y aquel incomparable monte de Sión [14], y el Líbano.

26 Mas el Señor enojado contra mí por causa de vosotros, no quiso oírme; antes me dijo: Basta ya de eso, no me hables más de tal cosa [15]. 27 Sube a la cumbre del Fasga [16], y tiende la vista a la redonda, al poniente y al norte, al mediodía y al oriente, y mira de lejos la tierra prometida: porque no has de pasar ese Jordán. 28 Da tus órdenes a Josué, y fortalécele y aliéntale [17], pues él es quien ha de conducir a ese pueblo y distribuirle la tierra que tú verás.

[29] Con eso nos quedamos en este valle, enfrente del templo del ídolo Fogor [18].

¿Sabías que?

En los Altos del Golán y en la antigua Basán hay miles de dólmenes: grandes losas de basalto apoyadas sobre otras piedras, levantadas como tumbas hace más de cuatro mil años. Allí está también Rujm el-Hiri, un monumento de círculos concéntricos de piedra de unos 150 metros de diámetro, con un túmulo en el centro, cuyo uso todavía se discute. En hebreo moderno se lo llama *Guilgal Refaím*, «la rueda de los refaím»: el nombre recuerda que la Biblia hacía de Basán la tierra de los gigantes (v. 13), y más de un lector ha imaginado la «cama de hierro» de Og como uno de esos dólmenes.

Del Horeb a Moab

Lugar	Qué pasó	Hoy
Horeb	Alianza; orden de partir (1,2-6)	¿Jebel Musa, en el sur del Sinaí? Otros lo buscan en Arabia.
Cadesbarne	Los exploradores, la rebelión, la derrota de Horma (1,19-46)	¿Ain el-Qudeirat, en el noreste del Sinaí?
Seir	Largo rodeo; se respeta a los hijos de Esaú (2,1-8)	Montañas de Edom, al sur del mar Muerto (Jordania).
Asiongaber	Con Elat, en el «camino llano» de la Arabá (2,8)	Áqaba y Eilat; ¿Tell el-Kheleifeh?
Zared	Fin de los 38 años del desierto (2,13-14)	Uadi el-Hasa, entre Edom y Moab.
Arnón	Frontera de Moab; empieza la guerra (2,24)	Uadi el-Mujib.
Hesebón	Capital de Sehón; la batalla de Jasa (2,26-36)	Tell Hesbán, al norte de Madaba.
Edrai	Victoria sobre Og, rey de Basán (3,1-10)	¿Deraa, en el sur de Siria?
Rabbat	Se muestra la cama de hierro de Og (3,11)	Amán, capital de Jordania.
Fasga	Moisés contempla la tierra (3,27)	Cresta del monte Nebo, frente a Jericó.
Bet-Fogor	Último campamento: allí habla Moisés (3,29; 4,46)	Desconocido, al pie del Nebo.

De Cadesbarne al torrente Zared pasaron treinta y ocho años, el tiempo de una generación (2,14). Israel rodea Edom y Moab, y solo combate al norte del Arnón. La ruta de Egipto al Sinaí está en el cuadro de Éx 14; Nm 33 da más etapas. Los signos de interrogación marcan identificaciones discutidas.

PAUSA

1. Moisés pidió algo con insistencia y Dios le dijo «basta». ¿Cómo vives las oraciones que no reciben el sí que esperabas?
2. Las tribus del este no descansaron hasta que sus hermanos tuvieron tierra. ¿A quién podrías acompañar hoy en su lucha?
3. Moisés preparó a Josué para continuar su obra. ¿A quién estás ayudando tú a crecer en la fe?

Para orar. *Señor, que tu gracia me baste cuando no me concedes lo que pido, y que sepa mirar con esperanza la tierra que no veré.*

4

«No visteis *figura alguna*»

El primer discurso termina con una gran exhortación, quizá la página más teológica del libro. Moisés pide escuchar y no olvidar una ley que hace sabio a Israel (vv. 1-8); recuerda el Horeb, donde el pueblo oyó una voz sin ver figura alguna, y de ahí deduce la prohibición de toda imagen (vv. 9-24); anuncia el destierro y la conversión, y proclama que no hay otro Dios (vv. 25-40). Cierran el capítulo dos noticias en prosa: tres ciudades de refugio al este del Jordán (vv. 41-43) y el encabezado del segundo discurso (vv. 44-49).

Una ley que da vida y sabiduría

1 Ahora bien, ¡oh Israel!, escucha los ritos y las leyes que yo
te enseño [1], para que con su observancia tengas vida, y
entres en posesión de la tierra que el Señor Dios de vues-
tros padres os ha de dar. 2 No añadáis a las palabras que yo
os hablo, ni quitéis nada de ellas [2]: guardad los manda-
mientos del Señor Dios vuestro, que os intimo. 3 Bien han
visto vuestros ojos lo que hizo el Señor contra el ídolo
Beelfegor [3], cómo exterminó de en medio de vosotros a
todos sus adoradores. 4 Mas vosotros que os mantenéis fie-
les al Señor Dios vuestro [4], vivís todos hasta el día presen-
te.

5 Bien sabéis que os he enseñado los preceptos y las leyes
judiciales que me ordenó el Señor mi Dios: así, pues, los
practicaréis en la tierra que habéis de poseer, 6 y los obser-
varéis y pondréis en ejecución. Pues tal debe ser vuestra
sabiduría y cordura delante de las gentes, que oyendo refe-
rir todos aquellos preceptos, digan: Ved aquí un pueblo sa-
bio y entendido [5], una gente esclarecida. 7 Ni hay otra na-
ción por grande que sea que tenga tan cercanos a sí los dio-
ses, como está cerca de vosotros el Dios nuestro [6], y pre-
sente a todas nuestras súplicas y oraciones. 8 Porque, ¿qué
otra nación hay tan ilustre, que tenga las ceremonias y
preceptos judiciales, y toda una ley como la que he de ex-
poner hoy ante vuestros ojos?

El Horeb: una voz sin figura

9 Consérvate, pues, a ti mismo, ¡oh Israel!, y guarda tu
alma con mucha vigilancia. No te olvides de las grandes
cosas que han visto tus ojos, ni se borren de tu corazón en
todos los días de tu vida. Las has de contar a tus hijos y
nietos, 10 comenzando de aquel día que te presentaste de-
lante del Señor Dios tuyo en Horeb, cuando el Señor me
habló diciendo: Junta el pueblo delante de mí [7], para que
oigan mis palabras, y aprendan a temerme todo el tiempo
que vivan en la tierra, y así lo enseñen a sus hijos.
11 Entonces os acercasteis a la falda del monte, el cual arro-
jaba llamas que subían hasta el cielo, y estaba cercado de

una oscura y tenebrosa nube [8]. [12] Y el Señor os habló de en
medio del fuego. Oísteis la voz de sus palabras, mas no vis-
teis figura alguna [9]. [13] Él os mostró su pacto, y os mandó
que le guardarais, y los diez Mandamientos que escribió
en dos tablas de piedra [10]. [14] Y al mismo tiempo me mandó
a mí que os enseñase las ceremonias y las leyes que debíais
observar en la tierra que poseeréis.

[15] Guardad, pues, con todo cuidado vuestras almas. No vis-
teis ninguna imagen el día que os habló el Señor desde en
medio del fuego en Horeb; [16] para que no fuera que enga-
ñados os formaseis alguna estatua esculpida, o imagen de
hombre o de mujer [11]; [17] o la figura de alguno de los anima-
les que andan sobre la tierra, o de aves que vuelan debajo
del cielo, [18] y de reptiles que arrastran por el suelo, o de pe-
ces que habitan en las aguas debajo de la tierra. [19] Ni suce-
da tampoco que alzando los ojos al cielo, mirando el sol y
la luna, y todos los astros del cielo cayendo en error, ado-
res ¡oh Israel!, y reverencies las criaturas que el Señor Dios
tuyo creó para el servicio de todas las gentes [12] que viven
debajo del cielo. [20] Pues a vosotros el Señor os escogió, y os
sacó de Egipto, como de una fragua en que se derrite el
hierro [13], para tener un pueblo que sea su posesión here-
ditaria, conforme lo sois vosotros al presente.

[21] Mas el Señor se irritó contra mí a causa de la falta que
me hicieron cometer vuestras murmuraciones [14], y juró

que no pasaría yo el Jordán, ni entraría en esa fertilísima tierra que os ha de dar. 22 Ved, pues, que voy a morir en este lugar en que estoy; yo no pasaré el Jordán: vosotros sí lo pasaréis, y poseeréis aquella excelente tierra.

23 Guárdate, ¡oh Israel!, de olvidarte jamás del pacto que hizo contigo el Señor Dios tuyo; ni te formes imagen esculpida de las cosas que ha prohibido hacer el Señor; 24 pues el Señor Dios tuyo es un fuego devorador, un Dios celoso [15].

Destierro, conversión y un Dios sin igual

25 Si después de haber tenido hijos y nietos y morado de asiento en aquella tierra [16], engañados os fabricareis algún ídolo, cometiendo esta maldad a los ojos del Señor Dios vuestro, para provocarle a saña; 26 invoco desde hoy por testigos al cielo y a la tierra [17], que bien presto seréis exterminados de este país que habéis de poseer al otro lado del Jordán: no habitaréis en él largo tiempo; sino que os destruirá el Señor, 27 y esparcirá por todas las naciones, y quedaréis reducidos a pocos entre las gentes a donde el Señor os ha de llevar. 28 Y allí serviréis a dioses fabricados por mano de hombres, al leño y a la piedra, que no ven, ni oyen, ni comen, ni huelen.

29 Cuando sin embargo buscares allí al Señor Dios tuyo, ¡oh Israel!, lo hallarás, con tal que le busques con todo

corazón [18], y con alma plenamente contrita. [30] Y después
que te hayan alcanzado todas las cosas o males predichos
en los últimos tiempos [19], te convertirás al Señor Dios
tuyo, y oirás su voz. [31] Porque el Señor Dios tuyo es un Dios
lleno de misericordia; no te abandonará, ni te aniquilará
totalmente, ni se olvidará del pacto que confirmó a tus pa-
dres con juramento.

[32] Infórmate de lo que ha pasado de un polo del cielo al
otro, desde los tiempos más remotos que te han precedido,
desde que Dios creó al hombre sobre la tierra, y veas si al-
guna vez ha sucedido una cosa como ésta; o si jamás se ha
dicho [33] que un pueblo oyese la voz de Dios que le hablaba
de en medio del fuego, como tú la oíste, sin haber perdido
la vida; [34] si vino Dios de propósito para entresacar para sí
un pueblo de en medio de las naciones, con pruebas, seña-
les y portentos peleando con mano fuerte, y brazo exten-
dido, y con visiones espantosas, como son todas las cosas
que hizo por vosotros el Señor Dios vuestro en Egipto a
vista de tus ojos; [35] para que supieras que el Señor es el ver-
dadero Dios, y que no hay otro Dios sino él [20]. [36] Él te hizo
oír su voz desde el alto cielo para enseñarte, y en la tierra
te mostró su terrible fuego, y oíste sus palabras que salían
de en medio del fuego. [37] Por cuanto amó a tus padres [21], y
eligió para sí su descendencia después de ellos. Y te sacó de
Egipto, yendo delante de ti con su gran poder [38] para exter-

minar a tu entrada naciones populosísimas y más valientes que tú, y para introducirte y darte la posesión de su tierra, como lo estás viendo al presente.

39 Reconoce, pues, en este día, y quede grabado en tu corazón [22], que el Señor es el único Dios desde lo más alto del cielo hasta lo más profundo de la tierra, y que no hay otro sino él. 40 Guarda sus preceptos y mandamientos que yo te comunico, para que seas feliz, tú y tus hijos después de ti, y permanezcas mucho tiempo sobre la tierra que te ha de dar el Señor Dios tuyo.

Las ciudades de refugio y el encabezado de la ley

41 Entonces designó y destinó Moisés tres ciudades [23] a esta parte del Jordán, hacia el oriente, 42 a donde se refugiase aquel que sin querer matase a su prójimo, no siendo su enemigo uno o dos días antes, o de tiempo atrás, y pudiese retirarse seguro a una de dichas ciudades. 43 Estas fueron Bosor, en la tribu de Rubén, situada en el desierto en una llanura, y Ramot en Galaad, perteneciente a la tribu de Gad, y Golán en Basán, la cual está en la tribu de Manasés.

44 Esta, que sigue, es la ley que propuso Moisés a los hijos de Israel; 45 y éstos los preceptos y ceremonias y leyes judiciales [24] que comunicó a los hijos de Israel después que salieron de Egipto, 46 en esta parte del Jordán en el va-

lle fronterizo al templo del ídolo Fogor en la tierra de Sehón, rey amorreo, que habitó en Hesebón, a quien destruyó Moisés. Pues los hijos de Israel que salieron de Egipto, [47] poseyeron su tierra y la de Og, rey de Basán, dos reyes amorreos que reinaban en esta parte del Jordán hacia el oriente: [48] desde Aroer situada en la orilla del torrente Arnón, hasta el monte Sión, llamado también Hermón [25]; [49] es decir, toda la llanura de esta parte del Jordán al oriente hasta el mar del desierto o mar Muerto y las faldas del monte Fasga.

¿Sabías que?

Los romanos no entendían el culto de los judíos. El historiador Tácito escribió hacia el año 100 que los judíos conciben un solo dios «solo con la mente», y que tienen por impíos a los que fabrican imágenes de los dioses con materiales perecederos y a semejanza humana. Contaba también que Pompeyo, el primer romano que entró en el templo de Jerusalén, en el 63 a. C., lo encontró por dentro sin ninguna imagen de los dioses: «vacía la sede y vacío el santuario» (*Historias* V,5 y V,9). Para Tácito era una rareza; para Israel, la fidelidad al Horeb, donde no vio figura alguna.

PARA PROFUNDIZAR

«No visteis figura alguna»: un Dios sin imagen

En el antiguo Oriente, un templo sin estatua era casi impensable. Los dioses de Egipto, de Babilonia o de Canaán tenían rostro: se los vestía, se los alimentaba, se los llevaba en procesión. Por eso el templo de Jerusalén desconcertaba a los extranjeros (ver el recuadro). La raíz de esa singularidad está en este capítulo: «el Señor os habló de en medio del fuego. Oísteis la voz de sus palabras, mas no visteis figura alguna» (4,12).

El argumento de Moisés es preciso. No dice solo que Dios sea invisible por naturaleza, sino que en el momento fundador, cuando Dios se dio a conocer, Israel no vio nada: solo oyó (4,12.15). La revelación fue palabra, no imagen. Por eso cualquier figura, «de hombre o de mujer», de animales, de aves, de reptiles o de peces (4,16-18), sería una falsificación: atribuiría a Dios una forma que él no quiso mostrar. El texto añade los astros, la tentación más sutil, porque el sol y la luna parecen divinos (4,19). La religión de Israel es, ante todo, escucha: «Escucha, Israel» (6,4). Pablo lo resumirá así: «la fe viene por el oír» (Rom 10,17).

El mismo capítulo da otro paso. En 3,24 Moisés alababa al Señor como incomparable entre los dioses; aquí afirma que «no hay otro Dios sino él» (4,35), «desde lo más alto del cielo hasta lo más profundo de la tierra» (4,39). Es una de las confesiones de fe en un Dios único más claras del Antiguo Testamento, muy cercana a los oráculos de Isaías en el destierro: «yo soy el Señor, y no hay otro» (Is 45,5-6.18.21; ver 44,6-8). Muchos estudiosos piensan que el capítulo se escribió o se completó en esa época, para un pueblo

deportado que había visto caer su templo y vivía entre los dioses de Babilonia (4,27-31). Sea cual sea su fecha, deja ver un camino: la fe de Israel en el Dios único maduró hasta excluir cualquier otro (Catecismo, n. 212). La prohibición de las imágenes y el monoteísmo van juntos: el Dios que no se deja representar es el que no tiene igual.

¿Qué hace entonces la Iglesia, llena de imágenes? La respuesta cristiana no esquiva el Deuteronomio: lo toma en serio. Dios no tenía figura que mostrar, y por eso no se podía hacer imagen suya. Pero Dios mismo ha decidido mostrarse: «a Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único, que está en el seno del Padre, nos lo ha dado a conocer» (Jn 1,18). Cristo es «imagen del Dios invisible» (Col 1,15), y quien lo ve a él ve al Padre (Jn 14,9). Lo que en el Horeb fue solo voz tiene ahora un rostro. Benedicto XVI lo expresó así: la Palabra «no sólo se puede oír, no sólo tiene una voz, sino que tiene un rostro que podemos ver: Jesús de Nazaret» (*Verbum Domini*, 12). San Juan lo había dicho al hablar de lo que «hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos… y palparon nuestras manos» (1 Jn 1,1).

En el siglo VIII, cuando los iconoclastas destruían imágenes en nombre de la Ley, san Juan Damasceno citó precisamente este capítulo (4,12.15-19) en su primer discurso en defensa de las imágenes. Su respuesta: la prohibición se dio por la inclinación de Israel a la idolatría y porque es imposible representar al Dios invisible e inabarcable; pero desde que Dios se ha dejado ver en la carne, se puede representar lo que se ha visto. Y añadía: no venero la materia, sino al Creador de la materia, que se hizo materia por mí (*Discursos contra los que rechazan las imágenes* I,16). El se-

gundo concilio de Nicea (787) confirmó la veneración de las imágenes, y el Catecismo habla de una nueva «economía» de las imágenes inaugurada por la Encarnación: el icono no puede representar al Dios invisible, sino ante todo a Cristo (nn. 1159-1162; 2129-2132).

La enseñanza del Horeb sigue en pie para el cristiano. Ninguna imagen, ni pintada ni mental, encierra a Dios: toda representación de Cristo remite a un misterio que la desborda. Y los ídolos no han desaparecido; solo han cambiado de forma: el poder, el placer, el dinero o la raza pueden ocupar el lugar que solo corresponde a Dios (Catecismo, n. 2113). El que no mostró figura sigue hablando, y nos pide lo mismo que en el Horeb: escuchar.

PAUSA

1. Israel oyó una voz sin ver figura. ¿Qué lugar tiene en tu vida escuchar la palabra de Dios?
2. «No te olvides de las grandes cosas que han visto tus ojos». ¿Qué obras de Dios en tu historia no deberías olvidar?
3. ¿Qué «ídolos» de hoy podrían ocupar en tu corazón el lugar que solo corresponde a Dios?

Para orar. *Señor, Dios único y cercano, que me hablas sin dejarte encerrar en una imagen, dame un corazón que escuche.*

5

El decálogo en Moab

Comienza el segundo discurso, el corazón del libro. Moisés convoca a todo Israel y le recuerda que la alianza del Horeb se hizo con los que viven «hoy» (vv. 1-5). Repite entonces las diez palabras (vv. 6-21), con pequeñas diferencias respecto al Éxodo que revelan su intención: el sábado como memoria de la esclavitud y descanso del siervo, la mujer nombrada antes que los bienes. Por último recuerda el miedo del pueblo ante el fuego y su petición de un mediador, que Dios aprobó (vv. 22-33). Muchos ven en las leyes que siguen un comentario de estas diez palabras.

La alianza del Horeb, hoy

1 Moisés, pues, habiendo convocado a todo Israel, le dijo:
Oye, ¡oh Israel! [1], las ceremonias y leyes que yo propongo
a vuestros oídos en el día de hoy; aprendedlas y ponedlas
en ejecución. 2 Dios nuestro Señor hizo alianza con noso-
tros en Horeb [2]: 3 alianza que no la hizo solamente con
nuestros padres, sino con nosotros también que al presen-
te somos y vivimos [3].

4 Cara a cara nos habló en el monte [4], desde en medio del
fuego. 5 Yo fui en aquel tiempo intérprete y medianero [5]
entre el Señor y vosotros para anunciaros sus palabras;

porque temisteis aquel gran fuego y no subisteis al monte.
Y dijo:

Las diez palabras

6 Yo soy el Señor Dios tuyo que te saqué de la tierra de
Egipto [6], de la casa de la esclavitud. 7 No tendrás otros dio-
ses fuera de mí. 8 No te esculpirás estatua ni figura ningu-
na de las cosas que hay arriba en el cielo, o acá abajo en la
tierra, o se mantienen en las aguas más abajo de la tierra.
9 No las adorarás, ni les darás culto: porque yo soy el Señor
Dios tuyo, Dios celoso que castigo en los hijos la maldad de
los padres hasta la tercera y cuarta generación [7] de los que
me aborrecen, 10 y que uso de misericordia por millares de
generaciones con los que me aman y guardan mis manda-
mientos.

11 No tomarás en vano el nombre del Señor Dios tuyo; por-
que no quedará sin castigo el que por una cosa vana toma-
re su nombre en falso.

12 Cuida de santificar el día de sábado, como te tiene man-
dado tu Señor Dios [8]. 13 Seis días trabajarás y harás todos
tus quehaceres; 14 el día séptimo es día de sábado, esto es,
del descanso del Señor Dios tuyo; no harás en él ningún
género de trabajo, ni tú, ni tu hijo, ni la hija, ni el esclavo,
ni la esclava, ni el buey, ni el asno, ni alguno de tus jumen-
tos, ni el extranjero que se alberga dentro de tus puertas:

para que, como tú, descansen también tu siervo y tu sierva [9]. 15 Acuérdate que tú también fuiste siervo en Egipto [10], y que de allí te sacó el Señor Dios tuyo con mano poderosa y brazo levantado. Por eso te ha mandado que guardases el día de sábado.

16 Honra a tu padre y a tu madre, como el Señor Dios tuyo te tiene mandado, para que vivas largo tiempo y seas feliz [11] en la tierra que te ha de dar el Señor Dios tuyo. 17 No matarás. 18 No fornicarás [12]. 19 No hurtarás. 20 No dirás contra tu prójimo falso testimonio [13]. 21 No desearás la mujer de tu prójimo [14]. No codiciarás la casa, ni la heredad [15], ni el esclavo, ni la esclava, ni el buey, ni el asno, ni cosa alguna de las que son suyas.

El pueblo pide un mediador

22 Estas palabras y no más [16] son las que habló en alta voz el Señor a toda vuestra multitud en el monte, desde en medio del fuego y de la tenebrosa nube; y las escribió en las dos tablas de piedra, las cuales me entregó.

23 Mas vosotros, después que oísteis aquella voz de en medio de las tinieblas y visteis arder el monte, acudisteis a mí todos los jefes de las tribus y los ancianos, y dijisteis: 24 Ya ves que Dios nuestro Señor nos ha mostrado su majestad y grandeza. Oído hemos su voz de en medio del fuego, y hemos experimentado hoy que Dios ha hablado al hombre,

sin que el hombre haya perdido la vida [17]. 25 Ahora pues:
¿por qué nos hemos de exponer a morir, y a que nos devore este terrible fuego? Puesto que si proseguimos más
oyendo la voz de Dios nuestro Señor, nos costará la vida.
26 ¿Qué es el hombre, sea el que fuere, para poder escuchar
la voz de Dios viviente [18] hablando de en medio del fuego,
como la hemos oído nosotros, y poder conservar la vida?
27 Mejor es que tú te acerques, y oigas todas las cosas [19] que
te dijere el Señor Dios nuestro. Tú nos las dirás después a
nosotros; y nosotros habiéndolas oído, las cumpliremos.

28 Lo cual cuando oyó el Señor me dijo: He oído las palabras que ha dicho ese pueblo; en todo han hablado bien:
29 Ojalá que siempre tengan tal espíritu y corazón [20], que
me teman y guarden todos mis mandamientos en todo
tiempo, para que sean felices ellos y sus hijos eternamente. 30 Anda y diles: Retiraos a vuestras tiendas. 31 Tú, entretanto, quédate aquí conmigo [21], y yo te declararé todos
mis mandamientos, y las ceremonias y leyes que les has de
enseñar, para que las pongan por obra en la tierra cuya posesión les daré.

32 Guardad, pues, y cumplid las cosas que os tiene ordenadas el Señor Dios: no torceréis a la diestra, ni a la
siniestra [22], 33 sino que andaréis por el camino [23] que Dios
vuestro Señor os ha mandado, para que viváis y seáis di-

chosos, y se prolonguen vuestros días en la tierra que vais a poseer.

¿Sabías que?

En el templo de Jerusalén, los sacerdotes recitaban cada mañana los diez mandamientos y, a continuación, el Shemá (Misná, *Tamid* 5,1). Se pensó en extender la costumbre a todas las sinagogas, pero se desistió «por las pretensiones de los herejes», que decían que solo el decálogo venía de Dios (Talmud, *Berajot* 12a). Por eso el decálogo no forma parte de la oración diaria judía. El papiro Nash, del siglo II o I a. C., conserva todavía esa unión antigua: el decálogo seguido del Shemá (ver Éx 20).

Los dos decálogos

Éxodo 20	**Deuteronomio 5**
«Acuérdate» (זָכוֹר, zajor) de santificar el sábado (20,8)	«Cuida» (שָׁמוֹר, shamor) de santificarlo, «como te tiene mandado tu Señor Dios» (5,12)
Descansan los hijos, los esclavos, «tus bestias» y el forastero (20,10)	Se nombran el buey y el asno, y se añade: «para que, como tú, descansen también tu siervo y tu sierva» (5,14)
Motivo: Dios descansó el séptimo día después de crear (20,11)	Motivo: «Acuérdate que tú también fuiste siervo en Egipto» (5,15)
«Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas largo tiempo» (20,12)	Añade «como te tiene mandado» y «seas feliz», en hebreo «que te vaya bien» (5,16; Ef 6,3)
Mandamientos breves, sin conjunción (20,13-16)	Unidos por «y» en hebreo, y en la Vulgata por neque, -que, nec (5,17-20)
Testigo «mentiroso» (שֶׁקֶר, shéqer, 20,16)	Testigo «vano» (שָׁוְא, shav), la palabra del nombre «en vano» (5,11.20)
Primero la casa; la mujer, entre los bienes; un solo verbo, «codiciar» (20,17)	Primero la mujer, con su propio verbo; después la casa: «no desearás… no codiciarás» (5,21)
Casa, esclavos, buey, asno (20,17)	Añade el campo: «ni la heredad» (5,21)
El pueblo, aterrado, pide que hable Moisés (20,18-21)	«Estas palabras y no más» (5,22); Dios aprueba la petición del pueblo (5,28)

La Vulgata usa en Dt 5,21 un solo verbo, *concupisces*; Torres Amat, como el hebreo, distingue dos. San Agustín siguió el orden del Deuteronomio para separar el noveno mandamiento del décimo (Catecismo, n. 2066). Las tres numeraciones del decálogo están en el cuadro de Éx 20.

PARA PROFUNDIZAR

Los dos decálogos

La Biblia conserva dos veces las diez palabras: en Éx 20,2-17, en el monte, y en Dt 5,6-21, en boca de Moisés cuarenta años después. Las diferencias son pequeñas, pero no casuales (ver el cuadro al final del capítulo). Los copistas antiguos las notaron y a veces intentaron borrarlas: el papiro Nash mezcla las dos versiones; un manuscrito del Deuteronomio hallado en Qumrán, de finales del siglo I a. C. y quizá un extracto para la oración más que una copia corriente del libro, añade al mandamiento del sábado el motivo de la creación de Éx 20,11; la versión griega del Éxodo pone a la mujer antes que la casa, como aquí. La Escritura, en cambio, mantuvo las dos formas. El Deuteronomio se presenta como una cita («como te tiene mandado», 5,12.16), pero una cita que interpreta: es el primer comentario del decálogo dentro de la Biblia.

El cambio más visible está en el sábado. El Éxodo lo funda en la creación: Dios trabajó seis días y descansó el séptimo (Éx 20,11). El Deuteronomio lo funda en la historia, «acuérdate que tú también fuiste siervo en Egipto» (5,15), y le da una finalidad social: «para que, como tú, descansen también tu siervo y tu sierva» (5,14). Las dos razones no se oponen, y el Catecismo las une: el sábado hace memoria de la creación y es también memorial de la liberación de Israel (nn. 2169-2170); por eso es «un día de protesta contra las servidumbres del trabajo y el culto al dinero» (n. 2172). Quien ha sido liberado no puede tener siervos sin descanso.

El Éxodo dice «acuérdate» del sábado; el Deuteronomio, «guárdalo». La tradición judía resolvió la diferencia con una frase célebre: Dios pronunció las dos palabras en un solo acto, como ninguna boca humana podría hacerlo, y lo apoyó en un salmo: «una vez habló Dios, y dos cosas oí» (Mekiltá sobre Éx 20,8; Sal 62,12). El himno *Lejá dodí*, compuesto en Safed en el siglo XVI y cantado todavía cada viernes al caer la tarde, lo dice en su primera estrofa: «Guarda y acuérdate, en una sola palabra». Memoria y observancia son dos caras de la misma fidelidad: no se guarda lo que se ha olvidado, y no se recuerda de verdad lo que no se vive.

En el último mandamiento, el Éxodo enumera a la mujer entre los bienes de la casa; el Deuteronomio la saca de la lista, la pone en primer lugar y le reserva un verbo propio: «No desearás la mujer de tu prójimo»; después, «no codiciarás la casa, ni la heredad…» (5,21). Muchos comentaristas ven en ello un paso adelante: la esposa no es una posesión más. San Agustín siguió este orden para dividir el precepto en dos, y su división es la tradicional en la Iglesia católica: el noveno mandamiento mira a la concupiscencia de la carne; el décimo, a la codicia de los bienes ajenos (Catecismo, nn. 2066, 2514). Los dos llevan la ley al corazón, de donde salen las malas acciones (Mt 15,19).

«Estas palabras y no más son las que habló en alta voz el Señor a toda vuestra multitud» (5,22). Solo el decálogo fue dicho por Dios a todo el pueblo y escrito por él en las tablas; el resto de la ley llegará por medio de Moisés (5,31). San Ireneo vio en esa sobriedad un signo de gratuidad: Dios no añadió más porque no necesitaba nada de Israel, y por el decálogo preparaba al hombre para ser su amigo y vivir en concordia con su prójimo (*Contra las herejías* IV,

16,3-4; Catecismo, n. 2063). Ireneo leyó también el «no con nuestros padres» de 5,3: los patriarcas no necesitaron tablas porque llevaban escrito en el corazón el sentido del decálogo; la ley escrita llegó cuando ese conocimiento se había apagado en Egipto.

Por último, el Deuteronomio subraya la petición del pueblo: «mejor es que tú te acerques» (5,27). En el Éxodo el miedo es solo una reacción (Éx 20,18-21); aquí Dios aprueba la petición y desea que Israel conserve siempre ese corazón (5,28-29). De esta escena nacerá la promesa de un profeta como Moisés (18,16-18). El Nuevo Testamento ve su cumplimiento en Cristo, en quien Dios ya no habla desde el fuego, sino con rostro humano: los cristianos no se han acercado a un monte que arde, sino «a Jesús, mediador de la nueva alianza» (Heb 12,18-24). Y el «hoy» de 5,3 alcanza al lector: Dios sigue diciendo a cada uno, en singular, «tú» (Catecismo, n. 2063).

PAUSA

1. «No con nuestros padres, sino con nosotros». ¿Vives la fe como una herencia del pasado o como una alianza de hoy?
2. El sábado es para que descanse también el siervo. ¿A quién le permite descansar tu manera de vivir el domingo?
3. Dios suspira: «¡Ojalá tengan siempre este corazón!». ¿Qué te pide hoy que no se apague en el tuyo?

Para orar. *Señor, que me sacaste de la casa de la esclavitud, escribe tus palabras en mi corazón y dame el querer y el obrar.*

6

«Escucha, Israel»

El capítulo 6 es el corazón del Deuteronomio y una de las páginas más rezadas de la Biblia. Después del decálogo, Moisés condensa toda la Ley en una frase: hay un solo Señor, y hay que amarlo con todo el ser (vv. 4-5). El capítulo tiene tres partes: el Shemá y el modo de guardarlo en el corazón, en la familia y en la casa (vv. 1-9); la advertencia contra el olvido cuando llegue la abundancia (vv. 10-19), y la catequesis del padre que responde a la pregunta de su hijo (vv. 20-25). Jesús lo llamará el primero de todos los mandamientos.

«Escucha, Israel»

[1] Estos son los preceptos, y ceremonias, y ordenamientos
que me mandó el Señor Dios vuestro enseñaros [1],
para que los observéis en la tierra que vais a poseer,
[2] a fin de que temas, ¡oh Israel!, al Señor Dios tuyo,
y guardes todos los días de tu vida todos sus mandamientos y preceptos,
que yo te ordeno a ti, y a tus hijos y nietos [2],
para que tus días sean prolongados.
[3] Escucha, ¡oh Israel!, y pon cuidado en hacer lo que el Señor te ha mandado,
y te irá bien, y serás multiplicado más y más,
según la promesa que te ha hecho el Señor Dios de tus padres de darte una tierra que mana leche y miel [3].

4 Escucha, ¡oh Israel! [4] El Señor Dios nuestro es el solo y
único Dios y Señor [5]. 5 Amarás [6], pues, al Señor Dios
tuyo, con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas
tus fuerzas [7].

6 Y estos mandamientos, que yo te doy en este día, estarán
estampados en tu corazón [8], 7 y los enseñarás a tus
hijos [9], y en ellos meditarás sentado en tu casa, y andando
de viaje, y al acostarte, y al levantarte [10]; 8 y los has de
traer para memoria ligados en tu mano y pendientes en la
frente [11] ante tus ojos, 9 y escribirlos has en el dintel y
puertas de tu casa [12].

No olvides al Señor en la abundancia

10 Y cuando el Señor Dios tuyo te introdujere en la tierra
que prometió con juramento a tus padres Abrahán, Isaac y
Jacob, y te diere ciudades grandes y suntuosas, que tú no
edificaste [13], 11 casas llenas de toda suerte de bienes que tú
no acumulaste, pozos que tú no cavaste, viñedos y olivares
que no plantaste; 12 y comieres y te saciares [14]: 13 cuida con
gran diligencia de que no te olvides del Señor que te sacó
de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud. Al Señor
Dios tuyo temerás, y a él solo servirás [15]; y cuando hayas
de jurar, lo has de hacer por su nombre solamente [16]. 14 No
habéis de iros en pos de dioses extranjeros de ninguna na-
ción de las que os rodean. 15 Porque Dios es celoso; el Señor
tu Dios está en medio de ti; no sea que se irrite el furor del

Señor Dios tuyo contra ti, y te extermine de sobre la faz de
la tierra.

16 No tentarás al Señor Dios tuyo, como le tentaste en el de-
sierto en el lugar de la Tentación [17]. 17 Observa los precep-
tos del Señor Dios tuyo, y los estatutos y ceremonias que te
ha mandado, 18 y haz lo que es agradable y bueno a los ojos
del Señor [18], para que seas feliz, y entres en posesión de la
fertilísima tierra que el Señor prometió con juramento a
tus padres, 19 asegurándoles que destruirá delante de ti a
todos tus enemigos.

Cuando tu hijo te pregunte

20 Y cuando el día de mañana te preguntare tu hijo [19], di-
ciendo: ¿Qué significan estos estatutos y ceremonias, y le-
yes que Dios nuestro Señor nos ha mandado? 21 le respon-
derás: Nosotros éramos esclavos de Faraón en Egipto [20], y
el Señor nos sacó de allí con mano poderosa, 22 haciendo a
nuestra vista maravillas y prodigios grandes y terribles
contra el faraón y contra toda su corte, 23 y nos sacó de allí
para introducirnos y darnos la posesión de la tierra, que
prometió con juramento a nuestros padres. 24 Por lo cual
nos mandó el Señor practicar todas estas leyes, y temer al
Señor Dios nuestro, para que seamos felices todos los días
de nuestra vida [21], como lo somos hoy. 25 Y el Señor Dios
nuestro tendrá misericordia de nosotros [22], y nos llenará

de bienes si guardáremos y cumpliéremos delante de él todos sus preceptos, como nos ha mandado.

¿Sabías que?

Después del primer versículo del Shemá, los judíos añaden en voz baja una frase que no está en la Biblia: «Bendito sea el nombre de su glorioso reino por siempre jamás». El Talmud cuenta su origen con una escena tierna. Jacob, en su lecho de muerte, temía que alguno de sus hijos no fuera fiel, y ellos le respondieron: «Escucha, Israel», es decir, escucha, padre nuestro: «el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno». Jacob, aliviado, respondió con esa bendición. Los rabinos no sabían si decirla, porque Moisés no la escribió, pero Jacob la había dicho; decidieron decirla en voz baja (Pesajim 56a).

El Shemá palabra por palabra

שְׁמַע	יִשְׂרָאֵל	יְהוָה	אֱלֹהֵינוּ	יְהוָה	אֶחָד
shemá	*Yisraél*	YHWH	*elohénu*	YHWH	*ejad*
escucha	Israel	el Señor	nuestro Dios	el Señor	uno

וְאָהַבְתָּ	אֵת	יְהוָה	אֱלֹהֶיךָ
we-ahabtá	*et*	YHWH	*eloheja*
y amarás	—	al Señor	tu Dios

בְּכָל־לְבָבְךָ	וּבְכָל־נַפְשְׁךָ	וּבְכָל־מְאֹדֶךָ
be-jol-lebabeja	*u-bejol-nafsheja*	*u-bejol-meodeja*
con todo tu corazón	y con toda tu alma	y con todas tus fuerzas

Se lee de derecha a izquierda (6,4-5). Al leer, los judíos dicen *Adonai*, «Señor», en lugar del nombre YHWH. La primera línea no tiene verbo y admite varias traducciones: «el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno»; «el Señor, nuestro Dios, es el único Señor» (Catecismo, n. 201), o «el Señor es nuestro Dios, ¡solo el Señor!». Los Setenta y la Vulgata dicen «el Señor nuestro Dios es un solo Señor» (*Dominus unus est*), y así lo cita Jesús (Mc 12,29); Torres Amat, «el solo y único Dios y Señor». En los rollos de la Torá, la última letra de *shemá* y la de *ejad* se escriben más grandes: juntas forman *ed*, «testigo», y una tradición judía lee en ellas que quien reza el Shemá da testimonio del Dios único (Is 43,10). En Mc 12,30 Jesús añade «con toda tu mente».

PARA PROFUNDIZAR

«Escucha, Israel»: el Shemá y el gran mandamiento

Pocos textos de la Biblia han sido rezados tantas veces como Dt 6,4-9. Desde hace más de dos mil años, los judíos lo recitan cada mañana y cada noche, cumpliendo el «al acostarte y al levantarte» del v. 7. La Misná, la gran recopilación de la ley oral redactada hacia el año 200, comienza precisamente preguntando desde

qué hora se puede recitar el Shemá de la noche (Berajot 1,1), y Flavio Josefo, en el siglo I, ya hablaba de recordar los beneficios de Dios dos veces al día, al empezar la jornada y antes de dormir (*Antigüedades judías* IV,8,13).

El Shemá de la oración tiene tres partes: Dt 6,4-9; Dt 11,13-21, con la promesa de la lluvia y la advertencia contra la idolatría, y Nm 15,37-41, el mandato de los flecos del manto, que termina recordando la salida de Egipto. Un rabino del siglo II, Josué ben Qorjá, explicó su orden: primero se acepta «el yugo del reino de los cielos», que el Señor es el único Dios, y solo después «el yugo de los mandamientos» (Misná, Berajot 2,2). Antes de obedecer, se reconoce a quién. Estas mismas palabras se llevan en las filacterias y en la mezuzá de la puerta, y entre los manuscritos del mar Muerto aparecieron filacterias y mezuzot de hacia el cambio de era, algunas con el decálogo junto al Shemá.

El Shemá es también una confesión sellada con la vida. El Talmud cuenta que, cuando los romanos martirizaron a Rabí Aquiba, hacia el año 135, desgarrándole la carne con peines de hierro, era la hora del Shemá, y él lo recitaba. A sus discípulos les explicó que toda su vida le había inquietado el «con toda tu alma», que él entendía «aunque te quite la vida», y que por fin podía cumplirlo. Prolongó la palabra ejad, «uno», hasta que expiró con ella en los labios (Berajot 61b).

Cuando un escriba preguntó a Jesús cuál era el primero de todos los mandamientos, él respondió con el Shemá, empezando por «Escucha, Israel» (Mc 12,28-34). Hay dos novedades. Jesús añade «con toda tu mente», quizá porque algunas copias griegas del

Deuteronomio decían «mente» en lugar de «corazón», y une a este mandamiento un segundo, tomado de otro libro: «amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lv 19,18). Mateo y Lucas cuentan la escena de otro modo, y en Lucas es el propio doctor de la Ley quien junta los dos textos (Mt 22,34-40; Lc 10,25-28). Benedicto XVI ve en esa unión el núcleo de la fe cristiana: Jesús, «haciendo de ambos un único precepto», unió el amor a Dios y el amor al prójimo (*Deus caritas est*, 1).

Los primeros cristianos siguieron confesando el Shemá, pero a la luz de Cristo. San Pablo escribe: «para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, y un solo Señor, Jesucristo» (1 Cor 8,6). Muchos estudiosos ven aquí una relectura del Shemá, que reparte sus dos títulos, «Dios» y «Señor», entre el Padre y Jesús sin romper la unidad de Dios; otros son más prudentes. El Catecismo enseña que la fe cristiana confiesa con Israel que Dios es «el único Señor» (n. 201), que Jesús confirma ese mandamiento y da a entender que él mismo es «el Señor» (n. 202), y recoge una frase de Tertuliano: «Si Dios no es único, no es Dios» (n. 228).

¿Cómo traducir, entonces, el v. 4? El hebreo, sin verbo, admite varias lecturas: «el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno», que subraya la unidad de Dios; «el Señor, nuestro Dios, es el único Señor», que subraya que no hay otro, o «el Señor es nuestro Dios, solo el Señor», que pide fidelidad exclusiva. Muchos estudiosos piensan que en su origen el acento estaba en la exclusividad, y que la confesión explícita de que no existen otros dioses llegó después (4,35.39). Torres Amat quiso decirlo todo, «el solo y único Dios y Señor», y explicó en nota que el latín *unus* contiene las dos ideas. Así se reza: el Dios único pide un corazón no dividido.

Por eso el Catecismo pone este mandamiento al frente de los diez, porque «Dios nos amó primero» (n. 2083).

PAUSA

1. El Shemá empieza con «escucha». ¿Cuánto tiempo de tu día dedicas a escuchar a Dios antes de hablarle?
2. ¿Qué palabras de Dios están «escritas en las puertas» de tu casa, es decir, se notan en la vida de tu familia?
3. Si un hijo, un sobrino o un amigo te preguntara hoy por qué crees, ¿qué historia le contarías?

Para orar. *Señor, Dios único, que te ame con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas.*

7

Un pueblo elegido por amor

El capítulo 7 junta dos cosas que al lector de hoy le cuesta mantener unidas: la orden de destruir a los pueblos de Canaán y una de las declaraciones de amor más hermosas de la Biblia. Tiene tres partes: el anatema contra las siete naciones y sus cultos (vv. 1-5); la elección de Israel, no por sus méritos, sino porque el Señor lo amó (vv. 6-16), y la promesa de que Dios mismo irá expulsando a esos pueblos poco a poco (vv. 17-26). El hilo que lo une todo es el miedo a la idolatría. Las notas y el ensayo explican cómo leer estas páginas violentas.

Ninguna alianza con las naciones

1 Cuando el Señor Dios tuyo te introdujere en la tierra que
vas a poseer, y destruyere a tu vista muchas naciones, al
heteo, y al gergezeo, y al amorreo [1], y al cananeo, y al fe-
rezeo, y al heveo, y al jebuseo, siete naciones mucho más
numerosas y robustas que tú, 2 y te las entregare el Señor
Dios tuyo, has de acabar con ellas sin dejar alma
viviente [2]. No contraerás amistad con ellas, ni las tendrás
lástima: 3 ni emparentarás con las tales [3], dando tus hijas
a sus hijos, ni tomando sus hijas para tus hijos, 4 porque
seducirán a tus hijos para que me abandonen y adoren a

dioses extranjeros: con lo que se irritará el furor del Señor, y bien presto acabará contigo.

5 Por el contrario, esto es lo que debéis hacer con ellos: derribad sus altares y haced pedazos las estatuas, talad sus bosques profanos [4], y quemad los ídolos.

Elegidos por amor

6 Porque tú eres un pueblo consagrado al Señor Dios tuyo. Tu Señor Dios te ha escogido para que seas pueblo peculiar suyo [5], entre los pueblos todos que hay sobre la tierra. 7 No porque excedieseis en número a las demás naciones se unió el Señor a vosotros [6], y os escogió; puesto que al contrario sois en menor número que todos los otros pueblos: 8 sino porque el Señor os amó [7], y ha cumplido el juramento que hizo a vuestros padres. Por eso con mano fuerte os sacó y redimió de la casa de la esclavitud, del poder de Faraón, rey de Egipto. 9 Por donde conocerás que el Señor Dios tuyo, él mismo es el Dios fuerte y fiel que guarda el pacto y conserva su misericordia por mil generaciones [8] para con aquellos que lo aman y observan sus mandamientos; 10 y da luego el pago a los que le aborrecen [9], perdiéndolos sin más dilación, y dándoles al punto su merecido. 11 Guarda, pues, los preceptos y las ceremonias y leyes que yo te mando hoy observar.

12 Si después de oídas estas leyes las guardares y cumplieres, también el Señor Dios tuyo te guardará el pacto y la
misericordia [10] que juró a tus padres; 13 y te amará, y multiplicará, y bendecirá el fruto de tu vientre y el fruto de tu
labranza, tus granos y vendimia, el aceite y las vacadas, y
los rebaños de tus ovejas [11] en la tierra que juró a tus padres que te daría. 14 Bendito serás entre todos los pueblos:
no se verá entre vosotros estéril en ningún sexo, así en los
hombres como en los ganados. 15 Desterrará de ti el Señor
toda dolencia; y aquellas enfermedades o plagas pésimas
de Egipto [12], que tú sabes, no te las enviará a ti sino a todos tus enemigos. 16 Exterminarás todos los pueblos que tu
Señor Dios pondrá en tus manos. No se apiaden de ellos
tus ojos [13], ni sirvas a sus dioses; para que no sean ellos
causa de tu ruina.

No temas a esas naciones

17 Tal vez dirás en tu corazón: Estas naciones son más numerosas que yo, ¿cómo he de poder destruirlas? 18 Mas no
las temas; acuérdate de lo que hizo el Señor Dios tuyo con
Faraón [14] y con todos los egipcios; 19 de aquellas terribles
plagas que vieron tus ojos, y de los prodigios y portentos, y
de la mano fuerte, y del brazo extendido con que te libertó
el Señor Dios tuyo. Lo mismo hará con todos los pueblos a
quienes temes. 20 Además de esto el Señor Dios tuyo enviará tábanos contra ellos [15] hasta consumir y perder a todos

los que de ti escaparen y hubieren podido esconderse. 21 No tienes que temerlos; porque tu Señor Dios está en medio de ti, Dios grande y terrible [16].

22 Él mismo irá consumiendo a tu vista estas naciones poco a poco y por partes [17]. No podrás acabar con ellas de un golpe; a fin de que no se multipliquen contra ti las bestias fieras del país. 23 El Señor Dios tuyo pondrá a estos pueblos en tu poder, y los irá destruyendo hasta que del todo desaparezcan. 24 A sus reyes los entregará en tus manos, y borrarás sus nombres de debajo del cielo [18]: nadie te podrá resistir hasta que los aniquiles.

25 Quemarás en el fuego sus ídolos; no codiciarás la plata y el oro de que fueron fraguados [19], ni tomarás poco ni mucho de estas cosas, no sea que te sirvan de ocasión de ruina, siendo como son abominables al Señor Dios tuyo. 26 Ni meterás cosa alguna de ídolo en tu casa, porque no vengas a ser anatema, como él lo es [20]. La detestarás como inmundicia y la abominarás como suciedad y horruras; por cuanto es un anatema.

¿Sabías que?

En 1868, un misionero alsaciano, Frederick A. Klein, vio en Dibón, al este del mar Muerto, una estela de basalto con 34 líneas en lengua moabita. Era la estela de Mesa, rey de Moab hacia el 840 a. C., el mismo que se rebeló contra Israel según 2 Re 3. Antes de que pudiera comprarse, los habitantes del lugar la calentaron al fuego y la rompieron echándole agua fría. Se salvó el texto gracias al calco en papel que había sacado el francés Charles Clermont-Ganneau, y hoy la estela, reconstruida, está en el Louvre. Contiene una de las menciones más antiguas del nombre YHWH fuera de la Biblia: Mesa cuenta que se llevó de Nebo «los objetos de YHWH» y los arrastró ante su dios Kemós.

Las siete naciones de Canaán

Pueblo	Quiénes eran	Dónde
Heteos	El nombre de los hititas de Anatolia, cuyo imperio cayó hacia el 1180 a. C. ¿Son los mismos «hijos de Het» de Canaán, con nombres semitas? Se discute	Hebrón (Gn 23)
Gergeseos	Casi desconocidos. Según una tradición judía, se marcharon a África antes de la conquista	¿? (Jos 24,11)
Amorreos	En acadio, *Amurru*, «los de occidente»: pueblos semitas de Siria y Mesopotamia, como la dinastía de Hammurabi. En la Biblia, nombre general de los antiguos habitantes	La montaña; Sehón y Og, al este del Jordán (3,8)
Cananeos	Los habitantes de Canaán, el *Kinahhu* de las cartas de El Amarna (siglo XIV a. C.). Los fenicios siguieron llamándose así	La costa y el valle del Jordán (Nm 13,29)
Ferezeos	Quizá no un pueblo, sino «los de las aldeas sin muro» (en hebreo, *perazí*; ver 3,5)	Entre Betel y Siquem (Gn 13,7; 34,30)
Heveos	Desconocidos; ¿los hurritas? El griego confunde a veces los dos nombres	Gabaón, Siquem, el Hermón
Jebuseos	Los habitantes de Jebús, Jerusalén, hasta que David tomó la ciudad (2 Sam 5,6-9)	Jerusalén

La lista es estilizada: siete nombres para decir «todos»; otras listas tienen seis (Éx 3,8) o diez (Gn 15,19-21). La tradición sobre los gergeseos está en el Talmud de Jerusalén (Sheviit 6,1). Cuando el Deuteronomio tomó forma escrita, estos pueblos ya no se podían identificar en la tierra de Israel (Pontificia Comisión Bíblica, 2014, n. 127), y la Misná dirá que Senaquerib «mezcló a todas las naciones» (Yadayim 4,4). Ver el ensayo de este capítulo.

PARA PROFUNDIZAR

El anatema: la guerra santa y las páginas violentas

Pocas páginas de la Biblia incomodan tanto como esta. Dios manda a Israel acabar con siete pueblos «sin dejar alma viviente» (7,2), sin pactos ni compasión (7,16), y la misma orden vuelve para las ciudades de Canaán (20,16-18) y para la ciudad israelita que se entregue a la idolatría (13,15-17); ya se aplicó a Sehón y a Og (2,34; 3,6), y Josué la cumple en Jericó. No es honrado saltarse estos textos, ni tampoco justificarlos: hay que entenderlos.

La palabra clave es jérem, el «anatema»: lo que se aparta de todo uso humano para entregarlo a Dios y, en la guerra, lo que se destruye por completo, personas, ganado y botín (Lv 27,28-29; Jos 6,17-19). No era una práctica exclusiva de Israel. Hacia el 840 a. C., Mesa, rey de Moab, mandó grabar en una estela, hoy en el Louvre, cómo había tomado la ciudad israelita de Nebo y había matado a siete mil hombres, mujeres y niños, porque la había «consagrado», con el mismo verbo, a su dios Astar-Kemós. En el lenguaje religioso de la época, destruirlo todo y no quedarse con nada era una manera de proclamar que la victoria pertenecía al dios.

Los propios textos muestran tensiones. El capítulo 7 prohíbe casarse con pueblos que supuestamente iban a desaparecer (7,3) y dice que serán expulsados «poco a poco» (7,22); Josué perdona a Rahab y a los gabaonitas (Jos 6,25; 9), y los Jueces reconocen que los cananeos siguieron en el país (Jue 1,19-36). Muchos estudiosos piensan que estas leyes se escribieron en los siglos VII y VI a. C., cuando aquellas naciones habían desaparecido hacía mucho, y

que su lenguaje extremo expresaba sobre todo una ruptura radical con la idolatría y la asimilación, el gran peligro de la época de Josías y del destierro. La arqueología, muy discutida, no confirma una conquista repentina y total: según la mayoría de los arqueólogos, ni Jericó ni Ai eran grandes ciudades en el siglo XIII a. C., y el Israel antiguo parece haber surgido en buena parte de la propia población de Canaán.

La tradición judía fue limitando estas leyes. Según el Talmud de Jerusalén, Josué envió antes de entrar tres mensajes: el que quiera irse, que se vaya; el que quiera la paz, que la haga; el que quiera la guerra, que la haga; y los gergeseos se marcharon (Sheviit 6,1). Maimónides, en el siglo XII, enseñó que había que ofrecer la paz incluso a las siete naciones, y que el anatema solo alcanzaba a quien la rechazaba (*Leyes de los reyes* 6,1.4). La Misná llegó a decir que los antiguos pueblos ya no se podían identificar, porque el rey asirio Senaquerib había mezclado a todas las naciones (Yadayim 4,4).

Los Padres leyeron estas guerras en sentido espiritual. Orígenes llegó a escribir que, si aquellas guerras no fueran figura de las guerras del espíritu, los apóstoles nunca habrían entregado esos libros para que se leyeran en las iglesias a los discípulos de Cristo, que vino a enseñar la paz (*Homilías sobre Josué* 15,1): los enemigos que hay que exterminar sin piedad son los vicios. La Iglesia de hoy sigue esa intuición. El Catecismo reconoce en el Antiguo Testamento «elementos imperfectos y pasajeros» dentro de una verdadera pedagogía divina (n. 122). Benedicto XVI admite que la Biblia narra engaños, violencias y matanzas sin denunciarlas explícitamente, y pide leerlas en su contexto y a la luz del

misterio de Cristo (*Verbum Domini*, 42). La Pontificia Comisión Bíblica es aún más clara: estos relatos no son una crónica; la ley del exterminio tomó forma escrita cuando aquellas poblaciones «no eran ya identificables», exige una interpretación no literal, como una «especie de parábola», y usarla para justificar la violencia contra otros pueblos «debe rechazarse en cualquier caso sin medias tintas» (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 127).

La última palabra la tiene Cristo. A quienes habían oído «amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo», Jesús les dice: «amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen», para ser hijos del Padre que hace salir el sol sobre malos y buenos (Mt 5,43-45). El anatema enseñaba, con el lenguaje de su tiempo, que con la idolatría no se pacta. El Evangelio conserva esa radicalidad, pero la vuelve hacia dentro: «si tu ojo derecho te escandaliza, sácatelo» (Mt 5,29). La única guerra sin tregua es la que se libra contra el pecado. Este ensayo vale también para el capítulo 20.

PAUSA

1. Dios eligió a Israel «porque lo amó», no por sus méritos. ¿Te sabes amado así, o sigues intentando ganarte el amor de Dios?
2. ¿Qué «ídolos» de oro o de plata te cuesta destruir porque todavía te parecen valiosos?
3. Ante lo que temes, ¿recuerdas lo que Dios ya hizo por ti?

Para orar. *Señor, que me elegiste por puro amor, líbrame de todo ídolo y de todo miedo.*

8

La escuela del desierto

El capítulo 8 mira hacia atrás y hacia delante: al desierto que Israel deja y a la tierra buena que va a recibir. Tiene tres partes: los cuarenta años como tiempo de prueba y de educación, en el que Dios alimentó a su pueblo con el maná (vv. 1-6); la descripción de la tierra, con sus aguas, sus frutos y sus minas (vv. 7-10), y la advertencia contra el orgullo que nace de la abundancia, cuando el hombre olvida quién le dio la fuerza (vv. 11-20). Jesús, tentado en el desierto, responderá con su versículo central: «no solo de pan vive el hombre».

Cuarenta años de prueba

1 Haz todo lo posible por cumplir exactamente los
mandamientos [1] que hoy te ordeno, para que podáis vivir
y multiplicaros, y entrar en posesión de la tierra que pro-
metió el Señor con juramento a vuestros padres. 2 Y acuér-
date de todos los caminos [2] por donde te ha conducido el
Señor Dios tuyo en el desierto por espacio de cuarenta
años, con el fin de atribularte y probarte, para que se des-
cubriesen las intenciones de tu ánimo, si estabas o no en
guardar sus mandamientos. 3 Te afligió con hambre y te
dio el maná, manjar que no conocías tú, ni tus padres [3],

para mostrarte que el hombre no vive de solo pan, sino de cualquier cosa que Dios dispusiere [4].

4 Hace ya cuarenta años que vas de viaje, y con todo, ni el vestido con que te cubres se ha gastado por viejo [5], ni tu pie se ha lastimado, ni roto tu calzado; 5 para que recapacites en tu corazón, que del mismo modo que un padre corrige e instruye a su hijo [6], así te ha corregido e instruido a ti el Señor Dios tuyo, 6 con el fin de que guardes sus mandamientos, y andes por sus caminos [7], y lo temas.

Una tierra buena

7 Porque el Señor tu Dios va a introducirte en esa tierra buena, tierra llena de arroyos, y de estanques, y de fuentes [8]; en cuyos campos y montes brotan manantiales perennes de aguas; 8 tierra de trigo y cebada, y de viñas [9]; en la que nacen higueras, y granados y olivos: tierra de aceite y de miel; 9 donde sin escasez ninguna comerás el pan y gozarás en abundancia de todos los bienes; en cuyas piedras o peñas hallarás el hierro [10]; y mucho cobre y metal en sus montes: 10 a fin de que cuando hubieres comido y te hubieres saciado, bendigas al Señor Dios tuyo por la bonísima tierra que te dio [11].

«Mi fuerza me ha dado todo esto»

11 Está alerta, y guárdate de no olvidarte jamás del Señor Dios tuyo [12], ni de dejar de observar sus mandamientos y

leyes, y ceremonias que hoy te prescribo: [12] no sea que después de haber comido, y haberte saciado, y de haber fabricado bellas casas, y morado en ellas, [13] y adquirido vacadas y rebaños de ovejas, y gran caudal de plata y de oro, y de todas las cosas, [14] se engría tu corazón [13], y eches en olvido a tu Señor Dios que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud,

[15] y que ha sido tu conductor por el vasto y espantoso desierto, donde había serpientes que abrasaban con su aliento, y escorpiones y dípsades [14], sin que tuvieses una gota de agua: la cual te la hizo salir a chorros de una piedra durísima [15]: [16] y te alimentó en el desierto con el maná, manjar desconocido de tus padres: y después de haberte afligido y probado, al fin se compadeció de ti [16]; [17] pero no antes, para que no dijeras en tu corazón: Mi fuerza y la robustez de mi brazo me granjearon todas estas cosas [17]; [18] sino para que te acuerdes del Señor Dios tuyo por haberte él mismo dado fuerzas [18], a fin de cumplir así su pacto que juró con tus padres, como se ve en el presente día.

[19] Mas si olvidado de tu Dios y Señor, te fueres en pos de dioses ajenos, y les rindieres culto y adoración, mira que desde ahora te protesto que perecerás sin remedio [19]. [20] Como las naciones que deshizo el Señor a tu entrada [20], del mismo modo pereceréis vosotros si fuereis desobedientes a la voz del Señor Dios vuestro.

¿Sabías que?

En *Los hermanos Karamázov* (1879-1880), Fiódor Dostoievski imagina que Cristo vuelve a la tierra en la Sevilla de la Inquisición. El anciano Gran Inquisidor lo hace arrestar y, de noche, en la cárcel, le reprocha haber rechazado las tres tentaciones del desierto: convertir las piedras en pan, arrojarse del templo y aceptar los reinos del mundo. Según él, los hombres no soportan la libertad: quieren pan y necesitan «el milagro, el misterio y la autoridad», y la Iglesia ha tenido que corregir a Cristo dándoselos. Cristo lo escucha en silencio todo el tiempo y, al final, se acerca y besa al anciano.

Jesús responde con el Deuteronomio

Tentación	Respuesta de Jesús	La prueba de Israel
Cuarenta días	Ayuna en el desierto y tiene hambre (Mt 4,2; Lc 4,2)	Cuarenta años de desierto, «para probarte» (8,2)
Las piedras en pan	«No solo de pan vive el hombre» (8,3; Mt 4,4; Lc 4,4)	Israel murmura por el pan y recibe el maná (Éx 16; Nm 11)
El alero del templo	«No tentarás al Señor tu Dios» (6,16; Mt 4,7; Lc 4,12)	Masá: «¿Está el Señor en medio de nosotros, o no?» (Éx 17,1-7)
Los reinos del mundo	«Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás» (6,13; Mt 4,10; Lc 4,8)	El becerro de oro (Éx 32; Dt 9,7-21)
«Si eres Hijo de Dios»	El Hijo obediente, que no pone a prueba al Padre (Mc 1,11; Heb 5,8)	«Como un padre corrige a su hijo» (8,5); «Israel es mi hijo» (Éx 4,22); Os 11,1 y Mt 2,15
El salmo del diablo	Cita Sal 91,11-12 y omite «en todos tus caminos» (Mt 4,6; Lc 4,10-11)	«Lo tentasteis en el desierto» (Sal 95,8-10)
El orden	Mateo: pan, templo, reinos. Lucas: pan, reinos, templo, y termina en Jerusalén	Los tres textos vienen de Dt 6 – 8

Jesús «cumplió perfectamente la vocación de Israel» y es «el nuevo Adán que permaneció fiel allí donde el primero sucumbió a la tentación» (Catecismo, n. 539). La Iglesia lee este evangelio el primer domingo de Cuaresma: Mateo en el ciclo A, Lucas en el C; en el ciclo B, el relato breve de Marcos (Mc 1,12-15).

PARA PROFUNDIZAR

«No solo de *pan*»: Jesús tentado en el desierto

Los tres evangelios sinópticos cuentan que Jesús, después de su bautismo, fue llevado por el Espíritu al desierto y pasó allí cuarenta días (Mc 1,12-13; Mt 4,1-11; Lc 4,1-13). Marcos lo dice en dos versículos; Mateo y Lucas narran un diálogo con el diablo en tres asaltos, y en los tres Jesús responde con una frase del Deuteronomio, siempre de estos capítulos: «no solo de pan vive el hombre» (8,3), «no tentarás al Señor tu Dios» (6,16) y «al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás» (6,13). No es casual. El Deuteronomio recuerda los cuarenta años en que Dios «probó» a Israel en el desierto (8,2); Jesús, el Hijo, revive esa prueba en cuarenta días.

Las tres respuestas corresponden a tres caídas de Israel. El pueblo murmuró por el pan y añoró las ollas de Egipto (Éx 16; Nm 11): Jesús, con hambre, no usa su poder en provecho propio y se fía del Padre. En Masá exigió una señal de que Dios estaba con ellos (Éx 17,1-7): Jesús no se arroja del templo para obligar a Dios a intervenir (Catecismo, n. 2119). Al pie del Sinaí se postró ante un becerro de oro (Éx 32): Jesús rechaza todos los reinos del mundo a cambio de una sola postración. Muchos exegetas, entre ellos el sueco Birger Gerhardsson en un estudio clásico de 1966, han visto en el relato una meditación cristiana sobre el Deuteronomio, y algunos relacionan las tres pruebas con las tres partes del Shemá tal como las explicaba la tradición judía: amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, es decir, la vida, y con todas las fuerzas, es decir, los bienes (ver nota a 6,5).

El centro es la filiación. En el Jordán, el Padre acaba de decir: «Tú eres mi Hijo amado» (Mc 1,11), y el diablo ataca precisamente ahí: «Si eres Hijo de Dios…». El Deuteronomio ya llamaba hijo a Israel, educado por Dios «como un padre corrige a su hijo» (8,5; ver Éx 4,22), y Mateo había aplicado a Jesús la frase de Oseas sobre Israel: «de Egipto llamé a mi hijo» (Os 11,1; Mt 2,15). Jesús es el Hijo fiel allí donde el hijo Israel había caído. El Catecismo lo resume: Jesús es «el nuevo Adán que permaneció fiel allí donde el primero sucumbió a la tentación», y «cumplió perfectamente la vocación de Israel» (nn. 538-539).

Dos detalles merecen atención. El diablo también cita la Escritura, el Salmo 91,11-12, y lo recorta: omite que los ángeles guardarán al justo «en todos sus caminos». La Biblia puede usarse contra Dios cuando se arranca de su sentido. Además, Mateo y Lucas no siguen el mismo orden: Mateo termina en un monte altísimo, con los reinos del mundo, como el Sinaí; Lucas termina en el templo de Jerusalén, la ciudad hacia la que camina todo su Evangelio, y añade que el diablo se alejó «hasta el tiempo oportuno» (Lc 4,13): la prueba volverá en la Pasión.

¿Y la traducción de 8,3? El hebreo dice que el hombre vive «de todo lo que sale de la boca del Señor»; los Setenta añadieron «palabra», y así lo citan Mateo y la Vulgata. Torres Amat prefirió leerlo del maná: «de cualquier cosa que Dios dispusiere». Las dos lecturas se iluminan mutuamente: el maná era palabra de Dios hecha alimento, y la palabra de Dios es alimento verdadero. Jesús lo vivió así: «mi alimento es hacer la voluntad del que me envió» (Jn 4,34).

Benedicto XVI dedicó a este pasaje el segundo capítulo de su *Jesús de Nazaret* (2007). Allí sostiene que el núcleo de toda tentación es apartar a Dios, tratarlo como algo secundario frente a lo que parece más urgente: el pan, la seguridad, el poder. Jesús no desprecia el pan ni el poder, pero devuelve a Dios el primer lugar, y así salva también el pan, como mostrará al multiplicarlo. Por eso la Iglesia lee este evangelio el primer domingo de Cuaresma y se une durante cuarenta días «al Misterio de Jesús en el desierto» (Catecismo, n. 540), y la Carta a los Hebreos consuela: tenemos un sumo sacerdote «probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado» (Heb 4,15).

PAUSA

1. El desierto fue para Israel una escuela. ¿Qué te ha enseñado Dios en tus propios desiertos?
2. ¿Das gracias antes y después de comer? ¿Recuerdas de quién viene el pan?
3. ¿En qué logros de tu vida te descubres diciendo: «mi fuerza me ha dado todo esto»?

Para orar. *Señor, que no viva de solo pan, sino de todo lo que sale de tu boca.*

9

No por tus virtudes

Moisés vuelve a hablar de la conquista, pero para desmontar una tentación: creer que Israel recibe la tierra porque la merece. Tres veces repite «no por tus virtudes» (vv. 4-6), y para probarlo recuerda el pecado más grave del desierto, el becerro de oro. El capítulo tiene tres partes: Dios irá delante como fuego devorador, no por los méritos de Israel (vv. 1-6); el becerro y las tablas rotas (vv. 7-21), y la lista de rebeldías que termina en la oración de Moisés (vv. 22-29). El relato sigue a Éx 32, pero contado desde la memoria del intercesor.

No por tus virtudes

1 Escucha, Israel: Tú estás hoy día a punto de pasar el Jordán para conquistar naciones grandísimas y más fuertes
que tú, ciudades magníficas, y cuyos muros llegan hasta el
cielo [1], 2 un pueblo de grande y alta estatura, los hijos de
los enaceos [2], que tú mismo has visto y cuya fama has
oído, y a quienes nadie puede contrarrestar. 3 Pues has de
saber hoy que irá delante de ti el mismo Señor Dios tuyo,
fuego devorador y consumidor [3], que los ha de desmenuzar y consumir, y disipar delante de tus ojos rápidamente,
como te lo ha prometido. 4 No digas en tu corazón [4] cuando el Señor Dios tuyo los haya deshecho en tu presencia:

Por razón de la justicia que ha visto en mí, me ha introducido el Señor en la posesión de esta tierra; siendo cierto que por sus impiedades son asoladas estas naciones.
5 Porque no por tus virtudes, ni por la rectitud de corazón entrarás a poseer sus tierras; sino porque aquéllas obraron impíamente [5], por eso al entrar tú han sido destruidas; y a fin de cumplir Dios su palabra, que confirmó con juramento a tus padres Abrahán, Isaac y Jacob. 6 Ten, pues, entendido que no por tus virtudes te ha dado el Señor Dios tuyo en posesión esta excelente tierra, pues eres un pueblo de durísima cerviz [6].

El becerro de oro recordado

7 Acuérdate y no te olvides que provocaste a ira al Señor Dios tuyo en el desierto. Desde el día que saliste de Egipto hasta este lugar, siempre has sido rebelde al Señor [7].
8 Pues ya en Horeb lo provocaste, y airado te quiso destruir, 9 cuando yo subí al monte para recibir las tablas de piedra, las tablas de la Alianza que hizo el Señor con vosotros, y me mantuve en el monte cuarenta días y cuarenta noches, sin comer ni beber [8]. 10 Entonces me dio el Señor dos tablas de piedra escritas con el dedo de Dios, y que contenían todas las palabras que os habló en el monte, desde el medio del fuego, estando junto todo el pueblo [9].
11 Pasados, como digo, los cuarenta días y cuarenta noches,

me dio el Señor las dos tablas de piedra, las tablas de la alianza,

12 y díjome: Vete, y desciende de aquí luego; pues ese tu pueblo, que sacaste de Egipto [10], ha abandonado bien presto el camino que le enseñaste, y se ha fundido un ídolo. 13 Díjome también el Señor: Veo que ese pueblo es de dura cerviz: 14 déjame que lo reduzca a polvo, y borre su nombre de debajo del cielo, y te haga caudillo de otra nación que sea más grande y poderosa que no ésta.

15 Bajando, pues, del monte, el cual estaba ardiendo, y teniendo en las manos las dos tablas de la Alianza, 16 visto que habíais pecado contra el Señor Dios vuestro, y que os habíais hecho un becerro fundido, y abandonado tan presto el camino que él os había enseñado, 17 arrojé las tablas de mis manos, y las hice pedazos a vuestra vista.

18 Me postré después en el acatamiento del Señor como antes, por espacio de cuarenta días y cuarenta noches, sin comer ni beber, por causa de todos aquellos pecados que cometisteis contra el Señor, y con que le provocasteis a ira; 19 porque temí la indignación y saña [11] que había concebido contra vosotros, y que lo estimulaban a exterminaros. Y el Señor me oyó aún por esta vez. 20 Irritado asimismo en gran manera contra Aarón [12], quiso aniquilarle, e intercedí por él del mismo modo. 21 Y arrebatando vuestro pecado, es a saber, el becerro [13] que habíais hecho, lo eché al

fuego, y desmenuzándolo y reduciéndolo todo a polvo, lo arrojé al arroyo que desciende del monte.

Un pueblo rebelde y su intercesor

22 También en el lugar que por eso se llamó del Incendio,
en el otro de la Tentación, y en el llamado Sepulcros de la
Concupiscencia [14] o antojo, provocasteis al Señor; 23 y
cuando os encaminó desde Cadesbarne [15], diciendo: Subid
a tomar posesión de la tierra que os he dado, también des-
preciasteis el mandato del Señor Dios vuestro, y no le
creísteis, ni quisisteis escuchar su voz; 24 sino que siempre
habéis sido rebeldes desde el día que comencé a tratar con
vosotros.

25 Estuve, pues, postrado delante del Señor cuarenta días y
cuarenta noches, en que rendidamente le suplicaba que no
acabase con vosotros, como lo tenía conminado. 26 Y oran-
do, dije: ¡Ah! Señor Dios, no destruyas a tu pueblo y a la
herencia tuya [16], que rescataste con tu poderío; a los que
sacaste de Egipto con mano esforzada. 27 Acuérdate de tus
siervos Abrahán, Isaac y Jacob: no mires la dureza de este
pueblo, ni su impiedad y pecado; 28 no sea que digan los
moradores de la tierra de donde nos has sacado: No podía
el Señor introducirlos en la tierra [17] que les prometió, y
los aborrecía; por eso los sacó para matarlos en el desierto.
29 Ellos son tu pueblo y la herencia tuya que sacaste de
Egipto con tu gran poder y a fuerza de tu brazo.

¿Sabías que?

En 1659, Rembrandt pintó a Moisés alzando sobre su cabeza las tablas de la ley, con el rostro grave y la mirada baja. El cuadro está hoy en la Gemäldegalerie de Berlín. En la tabla que se ve de frente se distingue el texto hebreo del decálogo, trazado con cuidado: Rembrandt había vivido muchos años en el barrio judío de Ámsterdam. Los estudiosos discuten qué momento representa: si Moisés está a punto de romper las tablas, como en 9,17, o si muestra al pueblo las segundas, como en 10,5. El cuadro deja abierta la pregunta, como el propio relato, que une la ruptura y el perdón.

PAUSA

1. Moisés repite tres veces «no por tus virtudes». ¿Te descubres pensando que mereces lo que Dios te da?
2. Israel conservó la memoria de sus rebeldías. ¿Sabes recordar tus caídas sin desesperar, como el lugar donde Dios te mostró su misericordia?
3. Moisés intercedió cuarenta días por su pueblo. ¿Por quién podrías orar con esa perseverancia?

Para orar. *Señor, no mires mi dureza, sino tu misericordia, y acuérdate de que soy tuyo.*

10

¿Qué pide de ti el Señor?

El capítulo termina el recuerdo del Horeb y da un giro hacia el corazón de la Ley. Tiene dos partes: las nuevas tablas, guardadas en un arca, con un fragmento del itinerario del desierto y la elección de la tribu de Leví (vv. 1-11), y una exhortación que pregunta qué pide Dios a Israel y responde con cinco verbos: temer, andar, amar, servir y guardar (vv. 12-22). El Dios de los dioses, dueño del cielo, se ha enamorado de unos patriarcas, hace justicia al huérfano y a la viuda y ama al extranjero. Israel debe parecerse a él, con un corazón circuncidado.

Las nuevas tablas y el arca

[1]En aquel tiempo me dijo el Señor: Lábrate dos tablas de
piedra semejantes a las primeras, y sube a mí al monte; y
harás un Arca de madera [1]. [2]Y yo escribiré en las tablas las
palabras que hubo en las que antes quebrantaste, y las
pondrás en el Arca [2]. [3]Hice, pues, un Arca de madera de
setim o incorruptible; y labradas dos tablas de piedra
como las primeras, subí al monte con ellas en las manos.
[4]Y escribió el Señor en estas tablas como había hecho so-
bre las primeras, los diez Mandamientos, que os comunicó
en el monte desde en medio del fuego, cuando fue congre-
gado el pueblo; y me las dio. [5]Y a la vuelta bajando del

monte, puse las tablas en el Arca que había hecho, donde están todavía [3], como me mandó el Señor.

[6] Después los hijos de Israel alzaron el campo de Berot, distrito de los hijos de Jacan, caminando a Mosera al pie del monte Hor [4], donde Aarón murió y fue sepultado: al cual sucedió en las funciones del Sacerdocio su hijo Eleazar. [7] Desde allí pasaron a Gadgad, de donde habiendo partido acamparon en Jetebata, tierra de aguas y arroyos.

[8] Por aquel tiempo separó el Señor la tribu de Leví [5] para que llevara el Arca del Testamento del Señor, y le sirviese ante sus ojos en el ministerio, y para que diese al pueblo la bendición en su nombre, como lo hace hasta el presente. [9] Por lo cual Leví no tuvo porción, ni entró a la parte en la posesión con sus hermanos [6]; por cuanto el mismo Señor es su herencia, según se lo prometió el Señor Dios tuyo.

[10] Yo, pues, estuve en el monte, como la vez primera, cuarenta días y cuarenta noches, y también esta vez el Señor oyó mi súplica [7], y no pasó a exterminarte. [11] Antes me dijo: Anda, ve y capitanea el pueblo para que entre en posesión de la tierra que juré yo a sus padres que les daría.

¿Qué pide de ti el Señor?

[12] Ahora bien, Israel, ¿qué pide de ti el Señor Dios tuyo [8], sino que temas a tu Señor Dios, y sigas sus caminos, y le ames, y que sirvas al Señor Dios tuyo con todo tu corazón

y con toda tu alma; [13] y guardes sus mandamientos y ceremonias, que hoy te prescribo, para que seas feliz? [14] Mira cómo siendo del Señor Dios tuyo el cielo y el cielo de los cielos [9], la tierra y todo cuanto hay en ella; [15] esto no obstante, el Señor Dios se unió estrechísimamente con entrañable amor con tus padres [10], y después de ellos escogió a su linaje, esto es, a vosotros de entre todas las naciones, como se ve hoy por experiencia. [16] Circuncidad, pues, las pasiones de vuestro corazón [11], y no seáis más de dura cerviz,

[17] porque el Señor Dios vuestro es el Dios de los dioses y el Señor de los señores [12]; Dios grande y poderoso y terrible, que no es aceptador de personas, ni se gana con dones; [18] hace justicia al huérfano y a la viuda, ama al extranjero [13], y le da sustento y vestido. [19] Y así vosotros amad también a los extranjeros [14], pues lo fuisteis igualmente en la tierra de Egipto.

[20] Temerás, ¡oh Israel!, al Señor Dios tuyo, y a él solo servirás; con él te unirás [15], y únicamente en su nombre harás tus juramentos. [21] Porque él es tu gloria y el Dios tuyo: el que ha hecho por ti las cosas grandiosas y terribles que han visto tus ojos. [22] En número de setenta almas bajaron tus padres a Egipto [16]; y estás viendo que el Señor Dios tuyo te ha multiplicado como las estrellas del cielo.

¿Sabías que?

Hasta 1972, quien entraba en el estado clerical recibía primero la tonsura: el obispo le cortaba unos mechones de pelo mientras el candidato decía en latín las palabras del Salmo 16: «El Señor es la parte de mi herencia y de mi copa; tú eres quien me restituirá mi herencia» (*Dominus pars hereditatis meae et calicis mei*...). Era hacer propia la herencia de Leví (10,9): renunciar a una porción de la tierra para tener a Dios por herencia. San Pablo VI suprimió la tonsura en 1972 con la carta *Ministeria quaedam*, y desde entonces se entra en el clero por el diaconado.

PAUSA

1. Dios hace justicia al huérfano, a la viuda y al extranjero. ¿Quiénes son hoy, a tu alrededor, los que no tienen quien los defienda?
2. ¿Qué cosas endurecen tu corazón y lo cierran a Dios, como un prepucio que habría que circuncidar?
3. «El Señor es su herencia». ¿Qué lugar ocupa Dios entre tus seguridades?

Para orar. *Señor, circuncida mi corazón para que te ame a ti y ame al extranjero como tú lo amas.*

11

La bendición y la maldición

El capítulo cierra la gran exhortación que empezó con el Shemá. Moisés se dirige a la generación que vio las obras de Dios en Egipto y en el desierto (vv. 1-9); describe la tierra que no se riega con el esfuerzo humano, sino con la lluvia del cielo, regalo del Señor y señal de la fidelidad de Israel (vv. 10-17); repite el mandato de grabar las palabras en el corazón, en la familia y en la casa (vv. 18-25), y pone delante del pueblo la bendición y la maldición, que se proclamarán desde los montes Garizim y Hebal (vv. 26-32). Los vv. 13-21 forman la segunda parte del Shemá.

Acordaos de lo que visteis

1 Ama, pues, a tu Señor Dios, y observa en todo tiempo sus
preceptos y ceremonias, sus leyes y mandamientos.
2 Considerad hoy las cosas que ignoran vuestros hijos [1];
los cuales no vieron los castigos del Señor Dios vuestro, ni
su grandeza, ni el poder de su robusta mano, ni la fuerza
de su brazo, 3 ni las maravillas y prodigios que hizo en me-
dio de Egipto contra el rey Faraón y todo su reino, 4 y todo
el ejército de los egipcios y sus caballos y carros: cómo los
anegaron las olas del mar Rojo cuando iban en vuestro al-
cance, dejándolos el Señor destruidos y aniquilados hasta
el día de hoy.

5 Acordaos asimismo de cuanto ha hecho por vosotros en
el desierto, hasta que habéis llegado a este lugar; 6 y lo su-
cedido con Datán y Abirón [2], hijos de Eliab, hijo que fue
de Rubén; a los cuales la tierra, abriendo su boca, se los
tragó con sus familias y tiendas y todo cuanto poseían en
medio de Israel. 7 Vuestros ojos han visto todas estas gran-
des maravillas que hizo el Señor, 8 a fin de que guardéis to-
dos sus mandamientos, que yo os comunico en el día de
hoy, y podáis poneros en posesión de la tierra donde vais a
entrar, 9 y viváis en ella largo tiempo: tierra que mana le-
che y miel, y que el Señor prometió con juramento a vues-
tros padres y a su descendencia.

La tierra que bebe la lluvia del cielo

10 Porque la tierra que vais a poseer, no es como la tierra de
Egipto de donde salisteis, en la cual después de haber sem-
brado, se conducen a fuerza de trabajo aguas de regadío
como en las huertas [3]: 11 sino que es tierra de montes y de
vegas, que aguarda las lluvias del cielo; 12 la cual Dios vues-
tro Señor siempre visita con oportunos temporales, te-
niendo puestos sus ojos en ella desde el principio del año
hasta su fin [4].

13 Si obedeciereis, pues, a los mandatos [5] que yo os comu-
nico hoy, amando a Dios vuestro Señor, y sirviéndole con
todo vuestro corazón y toda vuestra alma, 14 dará él a vues-
tra tierra la lluvia temprana y la tardía [6] para que cojáis

granos, y vino, y aceite, 15 y dará heno en los prados para
pasto de los ganados, a fin de que vosotros tengáis qué co-
mer y quedéis saciados.

16 Guardaos que no se deje seducir vuestro corazón y os
apartéis del Señor, y sirváis a dioses extraños, y los ado-
réis; 17 no sea que irritado el Señor, cierre el cielo, y no cai-
gan lluvias [7], ni la tierra produzca su fruto, y seáis luego
exterminados del fertilísimo país que os ha de dar el Se-
ñor.

Grabad estas palabras

18 Grabad estas palabras mías en vuestros corazones y en
vuestras almas; y traedlas atadas para memoria en vues-
tras manos [8] y pendientes sobre la frente entre vuestros
ojos. 19 Enseñad a vuestros hijos a meditarlas [9]; ora estés,
¡oh Israel!, sentado en casa, o andando de camino, y al
acostarte y al levantarte. 20 Las escribirás sobre los postes y
las puertas de tu casa; 21 a fin de que se multipliquen tus
días y los de tus hijos en la tierra que el Señor juró a tus pa-
dres que les daría para mientras que el mundo fuere
mundo [10].

22 Porque si guardareis los mandamientos que os comuni-
co, y los cumpliereis amando al Señor Dios vuestro, y si-
guiendo todos sus caminos [11], estrechándoos con él, 23 el
Señor destruirá todas esas naciones delante de vosotros, y

las sojuzgaréis, aunque sean mayores y más fuertes que vosotros. 24 Todo lugar en que pusiereis el pie, será vuestro. Se extenderán vuestros términos desde el desierto y desde el Líbano, desde el gran río Eufrates hasta el mar Occidental o Mediterráneo [12]. 25 Nadie podrá resistiros. El Señor Dios vuestro esparcirá el terror y espanto de vuestro nombre [13] por cualquier país donde entrareis, según os ha prometido.

La bendición y la maldición

26 Ya veis que hoy os pongo delante la bendición y la maldición [14]: 27 la bendición si obedeciereis a los mandamientos de Dios vuestro Señor que os prescribo hoy; 28 la maldición si desobedeciereis dichos mandamientos del Señor Dios vuestro, desviándoos del camino que yo ahora os muestro, y siguiendo a dioses ajenos que no tenéis conocidos [15].

29 Así cuando el Señor Dios tuyo te hubiere introducido en la tierra que vas a habitar, publicarás la bendición sobre el monte Garizim, y la maldición sobre el monte Hebal [16], 30 montes que están a la otra parte del Jordán, siguiendo el camino que tira hacia poniente en tierra del cananeo, que habita en las campiñas enfrente de Gálgala; la cual está junto a una vega que se dilata y extiende por largo trecho [17]. 31 Porque vosotros pasaréis el Jordán para ocupar la tierra de que Dios vuestro Señor os ha de dar el do-

minio y la posesión. [32] Por tanto mirad que cumpláis con las ceremonias y leyes que yo voy a proponer ahora delante de vosotros [18].

¿Sabías que?

La oración judía sigue todavía el ritmo de 11,14. La Misná (Taanit 1,1-3) discute desde qué día se «menciona» en la plegaria el poder de la lluvia: desde la fiesta de los Tabernáculos, cuando empieza la estación de las lluvias. Desde entonces hasta la Pascua, la plegaria diaria de las Dieciocho Bendiciones alaba a Dios «que hace soplar el viento y caer la lluvia» (mashiv ha-rúaj u-morid ha-guéshem). La petición expresa de lluvia se dejaba para más tarde: el 7 de Marjeshván, dice Rabán Gamaliel, quince días después de la fiesta, para que el último peregrino de Israel tuviera tiempo de volver a su casa, hasta el río Éufrates. El calendario agrícola de Guézer, con sus meses de siembra y de siega, se describe en el recuadro de Éx 23.

PAUSA

1. La tierra de Canaán dependía de la lluvia del cielo. ¿En qué te pide Dios que dejes de confiar solo en tu esfuerzo?
2. ¿Hablas de Dios con tu familia «sentado en casa o andando de camino»?
3. Hoy Dios pone delante de ti la bendición y la maldición. ¿Qué decisión concreta te está pidiendo?

Para orar. *Señor, que hoy elija tu camino, y que tu palabra quede grabada en mi corazón y en mi casa.*

12

El lugar que el Señor escogerá

Con este capítulo empieza el corazón legal del libro, el llamado «código deuteronómico» (12 – 26). Su primera ley es también la más característica: Israel solo ofrecerá sacrificios en el lugar que el Señor escoja. El capítulo tiene cuatro partes: destruir los santuarios de los pueblos de Canaán (vv. 1-4), llevar todas las ofrendas al lugar escogido (vv. 5-14), comer carne en cualquier ciudad, pero sin la sangre (vv. 15-28), y no imitar el culto de las naciones (vv. 29-32). La clave es una inversión: Israel no adora donde le parece, sino donde Dios elige hacerse encontrar.

Los santuarios de Canaán

1 Estos son los preceptos y ordenanzas [1] que debéis observar en la tierra que os ha de dar el Señor Dios de vuestros
padres, para que la poseáis todos los días de vuestra vida.
2 Asolad todos los lugares en donde las gentes que habéis
de conquistar, adoraron a sus dioses sobre los altos montes
y collados, y a la sombra de todo árbol frondoso [2].
3 Destruid sus altares, y quebrad sus estatuas; entregad al
fuego sus bosques profanos [3], desmenuzad los ídolos, y
borrad sus nombres de aquellos lugares [4]. 4 No lo habéis
de hacer así con el Señor Dios vuestro [5];

El lugar que el Señor escogerá

5 sino que iréis al lugar que Dios vuestro Señor escogiere
de todas vuestras tribus [6], para colocar allí su Nombre o
Tabernáculo [7], y poner en él su morada; 6 y en aquel lugar
ofreceréis vuestros holocaustos y víctimas, los diezmos y
las primicias de las obras de vuestras manos, y los votos y
donativos, y los primerizos de las vacas y ovejas. 7 Allí co-
meréis de ellos en el atrio a vista de Dios vuestro Señor, y
os regocijaréis junto con vuestras familias [8], disfrutando
de todos los productos del trabajo de vuestras manos, so-
bre los cuales el Señor Dios vuestro haya echado su bendi-
ción.

8 No haréis allí lo que aquí hacemos hoy nosotros, cada
cual lo que bien le parece [9]. 9 Porque todavía no habéis lle-
gado al lugar del reposo [10], ni a la posesión que os ha de
dar el Señor Dios vuestro. 10 Pasaréis el Jordán, y habita-
réis en la tierra que os ha de dar el Señor Dios vuestro,
donde libres de todos los enemigos del contorno tengáis
descanso, y habitéis sin temor alguno. 11 En el lugar que
Dios vuestro Señor eligiere para que allí esté su Nombre o
Tabernáculo; allá habéis de llevar todas las cosas que os
prescribo, los holocaustos, y los sacrificios, y los diezmos,
y las primicias del trabajo de vuestras manos, y todo lo
precioso de los dones que prometisteis con voto al Señor.
12 Allí celebraréis vuestros banquetes delante del Señor

Dios vuestro, vosotros y vuestros hijos e hijas, vuestros criados y criadas; y también los levitas que moran en vuestras ciudades, ya que no tienen otra parte ni posesión entre vosotros [11], sino las ofrendas.

[13] Guárdate de ofrecer tus holocaustos en todo lugar que se te antoje [12]; [14] sino en aquel que Dios habrá escogido en una de tus tribus [13], allí ofrecerás los sacrificios, y harás todo lo que te ordeno.

Carne en las ciudades, sangre sobre la tierra

[15] Que si quieres comer, y te gusta la comida de carne, mata y come de la bendición que el Señor Dios tuyo te habrá dado en tus ciudades: ora sea cosa inmunda, esto es, defectuosa [14]; ora limpia, esto es, entera y sin defecto, como las que pueden ser ofrecidas a Dios. De todas puedes comer, ni más ni menos que de la gacela y del ciervo [15], [16] salvo la sangre [16], la cual derramarás como agua sobre la tierra. [17] No podrás comer en tus pueblos el diezmo de los granos, del vino y aceite, ni los primerizos de las vacas y ovejas, ni tampoco todas aquellas cosas que por voto y espontáneamente quisieres ofrecer, ni las primicias de tus productos: [18] sino que las has de comer delante del Señor Dios tuyo, en el lugar por él escogido, tú y tus hijos e hijas, y tus siervos y siervas, y los levitas que moran en tus ciudades; y tomarás así alimento con alegría delante del Señor tu Dios, usando de todo aquel bien que está en tu

mano. 19 Mira que no desampares al levita mientras vivas sobre la tierra.

20 Cuando el Señor Dios tuyo hubiere dilatado tus términos, como te tiene prometido, y quisieres comer las carnes que apetece tu alma; 21 si el lugar que tu Señor Dios escogiere para poner allí su nombre o Tabernáculo está muy distante, matarás reses de las vacadas y rebaños que tuvieres, como te lo he prevenido, y las comerás en tus pueblos a tu placer. 22 Como comes la gacela y el ciervo, así podrás comer de ellas; el limpio y el no limpio igualmente pueden comerlas. 23 Guárdate solamente de comer sangre; porque la sangre en los animales hace las veces de alma [17]; y por esto no debes comer con la carne lo que es la vida o alma de ella: 24 sino que la verterás como agua sobre la tierra; 25 para que te vaya bien a ti, y a tus hijos después de ti, con hacer lo que es grato a los ojos del Señor.

26 Mas las cosas que hubieres consagrado y ofrecido por voto al Señor, las tomarás contigo, y vendrás al lugar que habrá escogido el Señor; 27 y presentarás tus ofrendas de la carne y de la sangre sobre el altar del Señor Dios tuyo; la sangre de las víctimas la derramarás en torno del altar; pero sus carnes te las comerás. 28 Observa y escucha bien todo lo que yo te mando, para que tú y tus hijos después de ti seáis para siempre dichosos, ejecutando lo que es bueno y agradable a los ojos del Señor tu Dios.

No imitarás a las naciones

29 Cuando el Señor Dios tuyo hubiere exterminado delante
de tus ojos las naciones que vas a conquistar, y las sojuzga-
res, y ocupares su tierra, 30 mira que no las imites, después
que a tu entrada fueren destruidas, ni andes averiguando
sus ceremonias [18], diciendo: A manera del culto que die-
ron estas naciones a sus dioses, así lo daré yo. 31 No has de
dar tú un culto semejante al Señor Dios tuyo; porque ellas
han hecho para honrar a sus dioses todas las abominacio-
nes que detesta el Señor, ofreciéndoles los hijos e hijas, y
quemándolos en el fuego [19]. 32 Lo que yo te prescribo, eso
sólo es lo que has de hacer en honor del Señor, sin añadir
ni quitar nada [20].

¿Sabías que?

En 1973, en Bersabee, el equipo del arqueólogo Yohanan Aharoni encontró en el muro de un almacén unas grandes piedras talladas que no encajaban allí: eran las de un altar con cuatro cuernos en las esquinas, desmontado y reutilizado como material de construcción. Una de ellas lleva grabada una serpiente. Reconstruido, mide unos 1,6 metros de alto, casi los tres codos del altar del Éxodo (Éx 27,1). Aharoni lo relacionó con la reforma de Ezequías, que suprimió los altares fuera de Jerusalén (2 Re 18,4.22); otros lo fechan más tarde. El original está en el Museo de Israel, en Jerusalén, y en Bersabee se muestra una réplica.

«El lugar que el Señor escogerá»

Época	Santuario	Cita
Jueces	Siló: la tienda y el arca; «donde hice habitar mi nombre al principio»	Jos 18,1; 1 Sam 1 – 4; Jer 7,12
David	Hacia el 1000 a. C., el arca sube a Jerusalén, la ciudad de David	2 Sam 6
Salomón	El templo: «allí estará mi Nombre»	1 Re 8,16.29
Jeroboán I	Hacia el 930 a. C., Betel y Dan, santuarios rivales del reino del norte	1 Re 12,26-33
Ezequías	Suprime los lugares altos: «delante de este altar adoraréis, en Jerusalén»	2 Re 18,4.22
Josías	Hacia el 622 a. C., profana los altos y celebra la Pascua en Jerusalén	2 Re 23,4-23
587 a. C.	Nabucodonosor incendia el templo	2 Re 25,9
515 a. C.	Se termina el segundo templo, después del destierro	Esd 6,15
Samaritanos	Templo del monte Garizim, destruido hacia el 110 a. C.	Jn 4,20
Herodes	Desde el 20 a. C. reconstruye el templo; Tito lo destruye el 70 d. C.	Jn 2,20; Mc 13,2
Jesús	«Hablaba del templo de su cuerpo»; «ni en este monte ni en Jerusalén»	Jn 2,19-21; 4,21-24
Apocalipsis	La Jerusalén del cielo: «no vi en ella templo»	Ap 21,22

El Deuteronomio nunca nombra Jerusalén: dice veintiuna veces «el lugar que el Señor escogerá», de 12,5 a 31,11. El Pentateuco samaritano lee «ha escogido» y lo entiende del Garizim. El culto de la nueva alianza, «en espíritu y en verdad», no está ligado a un lugar exclusivo (Catecismo, n. 1179).

PARA PROFUNDIZAR

«El *lugar que el Señor escogerá*»: un solo santuario

El capítulo 12 abre el código con una ley que lo cambia todo: holocaustos, sacrificios, diezmos, primicias y votos se llevarán a un solo lugar, «el que el Señor escoja» (12,5-14). Hasta entonces se podían levantar altares «en todo lugar donde yo haga memoria de mi nombre» (Éx 20,24). Las consecuencias recorren el código: se permite matar y comer carne en casa, sin la sangre (12,15-25); el diezmo de quien vive lejos se convierte en dinero (14,24-26); la Pascua deja de celebrarse en cada casa (16,5-7); en el lugar escogido está el tribunal supremo (17,8-13), y allí pueden servir los levitas que se han quedado sin santuario (18,6-8).

El libro nunca dice cuál es ese lugar: la fórmula aparece veintiuna veces y Jerusalén no se nombra. Moisés habla antes de la conquista, y la promesa queda abierta. Jeremías recuerda que el primer lugar fue Siló (Jer 7,12); los libros de los Reyes lo identifican después con Jerusalén, «la ciudad que el Señor escogió de entre todas las tribus de Israel para poner allí su nombre» (1 Re 14,21). El Pentateuco samaritano dice siempre «el lugar que el Señor ha escogido», en pasado, y lo entiende del monte Garizim, el monte de la bendición (11,29; 27,12). Allí hubo un templo samaritano, destruido por Juan Hircano hacia el 110 a. C. (Flavio Josefo, *Antigüedades judías* XIII,9,1); de ahí la pregunta de la samaritana a Jesús (Jn 4,20).

¿Qué significa que Dios ponga allí su «Nombre»? Desde Gerhard von Rad, a mediados del siglo XX, muchos hablaron de una «teología del Nombre»: Dios está en el cielo (26,15), y en el santuario

habita su Nombre. La oración de Salomón lo expresa: si los cielos no pueden contener a Dios, ¡cuánto menos esta casa!, pero él escuchará a quien ore hacia el lugar del que dijo «allí estará mi Nombre» (1 Re 8,27-30). Otros estudiosos ven en la expresión una fórmula de los reyes de Mesopotamia, que grababan su nombre en un monumento para declararlo suyo: Dios reclama el lugar como propiedad. Las dos lecturas pueden unirse. El Nombre es la presencia de Dios que se deja invocar: Dios se ata a un lugar sin quedar encerrado en él.

La historia fue más lenta que la ley. Los libros de los Reyes juzgan a cada rey por los «lugares altos», que casi todos toleraron (1 Re 15,14; 22,44). Ezequías los suprimió (2 Re 18,4.22), y algunos santuarios de Judá dejaron de usarse por esas fechas: el de la fortaleza de Arad fue desmantelado, y en Bersabee las piedras de un altar aparecieron reutilizadas en un muro (ver el recuadro), aunque la cronología se discute. La reforma decisiva fue la de Josías, hacia el 622 a. C. (2 Re 22 – 23; ver el ensayo del cap. 31). La razón de fondo está en 12,29-31: un solo altar protege de mezclar el culto del Señor con el de los dioses de Canaán. Josefo lo resumió así: que no haya altar ni templo en ninguna otra ciudad, «porque Dios es uno, y uno el pueblo de los hebreos» (*Antigüedades judías* IV,8,5).

Jesús respetó el templo: fue presentado en él, subía a las fiestas y lo llamó «la casa de mi Padre» (Catecismo, nn. 583-584). Pero se identificó con él: «destruid este templo, y en tres días lo levantaré», dijo, y «hablaba del templo de su cuerpo» (Jn 2,19-21; Catecismo, n. 586). A la samaritana le anunció la hora en que no se adoraría al Padre «ni en este monte ni en Jerusalén», sino «en espíri-

tu y en verdad» (Jn 4,21-24). Por eso el culto de la nueva alianza «no está ligado a un lugar exclusivo» (Catecismo, n. 1179), y la Jerusalén del cielo no tiene templo, «porque su templo es el Señor Dios todopoderoso y el Cordero» (Ap 21,22).

La intuición del Deuteronomio permanece. No somos nosotros quienes decidimos dónde encontrar a Dios: él escoge su lugar, y lo escogió para siempre en la carne de su Hijo. También la unidad del altar pasó a la Iglesia. San Ignacio de Antioquía, hacia el año 110, pedía a los cristianos de Filadelfia que tuvieran una sola Eucaristía, porque hay una sola carne de Cristo y un solo cáliz, y «un solo altar, como un solo obispo» (*A los filadelfios*, 4). La Eucaristía se celebra en muchos lugares, como anunció Malaquías (Mal 1,11), pero es siempre el único sacrificio de Cristo.

PAUSA

1. Israel no adoraba donde le parecía, sino donde Dios quería ser encontrado. ¿Dónde te espera Dios a ti, aunque no sea el lugar que tú habrías elegido?
2. El culto del Deuteronomio es un banquete con la familia, los criados y el levita. ¿A quién invitas a tu alegría?
3. ¿Qué costumbres de tu entorno has adoptado sin preguntarte si van de acuerdo con el Evangelio?

Para orar. *Señor, que te busque donde tú quieres ser encontrado, y que mi culto sea alegría compartida con los que no tienen nada.*

13

Fidelidad a prueba

Tres casos, cada vez más cercanos, de alguien que invita a servir a otros dioses: un profeta que hace prodigios (vv. 1-5), un pariente o un amigo íntimo que lo propone en secreto (vv. 6-11) y una ciudad entera arrastrada por unos «hijos de Belial» (vv. 12-18). Cada caso termina con la pena de muerte y con el estribillo «arrancarás el mal de en medio de ti». Es una de las páginas más duras del libro, escrita con el lenguaje de los juramentos de lealtad del antiguo Oriente: nada, ni un milagro ni la sangre, está por encima de la fidelidad al Dios único.

El profeta que invita a otros dioses

1 Si en medio de tu pueblo se presentare un profeta, o
quien diga haber tenido alguna visión en sueños [1],
y pronosticase alguna señal o prodigio, 2 y sucediendo lo que
predijo [2], te dijere: Vamos y sigamos a los dioses ajenos
que no conoces, y sirvámosles: 3 no escucharás las pala-
bras de aquel profeta o forjador de sueños; porque el Señor
Dios vuestro os prueba [3] para que se haga patente si le
amáis o no con todo vuestro corazón y con toda vuestra
alma. 4 Seguid al Señor Dios vuestro, y temedle, y guardad
sus mandamientos, y oíd su voz: a él habéis de servir, y
con él debéis estrecharos [4]. 5 Pero aquel profeta o fingidor

de sueños será castigado de muerte; porque trató de apartaros del Señor Dios vuestro que os sacó de la tierra de Egipto, y redimió del estado de servidumbre, para desviaros del camino que tu Señor Dios te ha enseñado; y así arrancarás el mal de en medio de ti [5].

El pariente o el amigo

[6] Si un hermano tuyo, un hijo de tu madre, si tu hijo o tu hija, o tu mujer que es la prenda de tu corazón [6], o el amigo a quien más amas como a tu misma alma, quisiere persuadirte, y te dijere en secreto [7]: Vamos y sirvamos a los dioses ajenos no conocidos de ti ni de tus padres, [7] dioses de las naciones que te rodean, vecinas o lejanas, de un cabo del mundo al otro, [8] no condesciendas con él, ni lo oigas, ni la compasión te mueva a tenerle lástima [8] y a encubrirlo; [9] sino que al punto lo matarás [9]. Tú serás el primero en alzar la mano contra él, y después hará lo mismo todo el pueblo. [10] Muera cubierto de piedras [10]; por cuanto intentó apartarte del culto del Señor Dios tuyo, que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud; [11] para que así oyéndolo todo Israel tema [11], y jamás ningún otro ose hacer cosa semejante.

La ciudad apóstata

[12] Si en alguna de las ciudades que tu Señor Dios te dará para habitar, oyeres a algunos que dicen: [13] De tu seno han

salido unos hijos de Belial [12], y han pervertido a los vecinos de su ciudad, diciendo: Vamos y sirvamos a dioses ajenos, que vosotros no conocéis: [14] infórmate con cuidado [13]: y averiguada bien la verdad del hecho, si hallares ser cierto lo que se dice, y que efectivamente se ha cometido una tal abominación,

[15] inmediatamente pasarás a cuchillo a los moradores de aquella ciudad [14], y la arrasarás con todas las cosas que en ella haya, matando hasta las bestias. [16] Y todas las alhajas y muebles que hubiere los juntarás en medio de sus plazas y los entregarás a las llamas a una con la misma ciudad, de manera que todo se consuma en honor del Señor Dios tuyo; y quede la ciudad como un sepulcro y monumento sempiterno [15]. No será jamás reedificada; [17] ni reservarás en tu poder cosa chica ni grande de este anatema [16]; a fin de que deponga el Señor su enojo, y se compadezca de ti, y te multiplique, como tiene jurado a tus padres que lo hará, [18] siempre que oyeres la voz del Señor Dios tuyo, guardando todos sus mandamientos, que yo te repito el día de hoy, para que hagas lo que es agradable a los ojos de tu Señor Dios.

¿Sabías que?

Tel Aviv lleva en su nombre la palabra de 13,16. En 1902, Nahum Sokolow tradujo al hebreo la novela de Theodor Herzl *Altneuland* («Tierra vieja y nueva») y le puso por título *Tel Aviv*, el nombre del lugar de Babilonia donde vivió desterrado Ezequiel (Ez 3,15). Tel es la colina de ruinas antiguas, y aviv, la primavera: lo viejo y lo nuevo. En 1910, los fundadores del nuevo barrio levantado junto a Jafa adoptaron ese nombre, que unía la memoria de lo destruido con la esperanza de lo que vuelve a brotar.

PAUSA

1. El falso profeta podía hacer prodigios. ¿Qué te ayuda a reconocer que una voz viene de Dios?
2. ¿Hay afectos o amistades que te alejan de Dios? ¿Cómo podrías serle fiel sin dejar de amar?
3. Jesús no tiró la primera piedra. ¿Con quién tiendes a ser un juez implacable?

Para orar. *Señor, que nada ni nadie me aparte de ti, y que mi fidelidad vaya siempre unida a la misericordia.*

14

Hijos del Señor

Israel es un «pueblo consagrado», y sus miembros, «hijos del Señor»: eso se nota en el luto, en la mesa y en el uso de los bienes. El capítulo tiene tres partes: la prohibición de los ritos fúnebres paganos (vv. 1-2); la lista de los animales que se pueden comer y los que no (vv. 3-21), que repite con variantes la del Levítico (ver Lv 11), y el diezmo: el de cada año, que se come con alegría en el santuario, y el de cada tres años, para el levita, el forastero, el huérfano y la viuda (vv. 22-29). La santidad pasa por el plato y por el bolsillo.

Un pueblo consagrado

1 Portaos como hijos del Señor Dios vuestro [1]: no hagáis en
vuestra carne sajaduras [2], ni os cortéis el cabello por ra-
zón de un muerto. 2 Porque tú eres, ¡oh Israel!, un pueblo
consagrado al Señor Dios tuyo, y él te ha escogido para que
seas su pueblo peculiar [3] entre las naciones todas que hay
sobre la tierra.

Lo puro y lo impuro

3 No comáis manjares que son inmundos [4]. 4 Estos son los
animales que debéis comer: el buey y la oveja, y la cabra,
5 el ciervo y el corzo, el búfalo, el capriciervo, el pigargo, el

orige [5], el camello pardal [6]. [6] Todo animal que tiene la uña hendida en dos partes y rumia, le podéis comer. [7] Mas no debéis comer de los que rumian y no tienen la uña hendida, como el camello, la liebre, el querogrilo: a éstos los tendréis por inmundos, porque aunque rumian, no tienen hendida la uña. [8] Asimismo tendréis por inmundo el cerdo; porque si bien tiene la uña hendida, no rumia. No comeréis de la carne de estos animales, ni tocaréis sus cuerpos muertos.

[9] De todos los animales que moran en las aguas comeréis aquellos que tienen aletas y escamas: [10] los que están sin aletas y escamas no los comáis, porque son inmundos.

[11] Comed de todas las aves limpias. [12] No comáis de las inmundas: es a saber, el águila y el grifo; el esmerejón, [13] el ixión [7] y el buitre, y el milano con su casta, [14] y toda raza de cuervos, [15] y el avestruz y la lechuza, y el laro, y el alcotán, con su casta, [16] el herodión, el cisne, y el ibis, [17] y el somormujo, el calamón y el búho, [18] la cigüeña, y la garza [8] con sus especies, como también la abubilla y el murciélago. [19] Todo lo que va arrastrando y tiene alas [9] será inmundo y no se comerá. [20] Comed todo aquello que es limpio.

[21] Pero de carne mortecina no comáis nada: la darás al extranjero que se halla dentro de tus muros [10] para que la coma, o se la venderás: por cuanto tú eres un pueblo con-

sagrado al Señor Dios tuyo. No cocerás el cabrito en la leche de su madre [11].

El diezmo

22 Cada año separarás el diezmo [12] de todos los frutos que
nacen en tus tierras. 23 Y comerás en la presencia del Señor
Dios tuyo en el lugar que escogiere para que sea invocado
en él su nombre, el diezmo de tu trigo, y vino, y aceite, y
los primerizos de tus vacas y ovejas; a fin de que aprendas
a temer a tu Señor Dios en todo tiempo [13]. 24 Mas cuando
tuvieres que andar un largo camino, por estar lejos del lugar que tu Señor Dios hubiere escogido, y hubiese echado
sobre ti o tu casa su bendición, de tal suerte que no pudieses llevar allá todas estas cosas, 25 las venderás, y reducidas
a dinero, las llevarás contigo, e irás al lugar que tu Señor
Dios haya escogido; 26 donde comprarás con aquel mismo
dinero todo lo que te gustare, sea de vaca, o sea de ovejas,
así como también vino y sidra [14], y cuanto apetece tu
alma; y lo comerás delante del Señor Dios tuyo, y celebrarás un convite con tu familia, 27 y al levita que habita dentro de tus muros, mira no le abandones, porque no tiene
otra parte en tu posesión.

28 De tres en tres años separarás otro diezmo de todas las
cosas que te han nacido en aquel tiempo, y lo depositarás
en tu casa. 29 Y vendrá el levita, que no tiene otra parte ni
otra herencia entre vosotros, y el extranjero, y el huér-

fano, y la viuda [15] que habitan contigo dentro de unos mismos muros, y comerán hasta saciarse; para que tu Señor Dios te bendiga en todas las obras de tus manos.

¿Sabías que?

La jirafa, el «camello pardal» de 14,5, fascinó al mundo antiguo. Según una descripción que conserva el escritor griego Ateneo, una jirafa desfiló en la gran procesión de Tolomeo II en Alejandría, en el siglo III a. C., y Plinio el Viejo cuenta que Roma vio la primera en los juegos de Julio César, el año 46 a. C. (*Historia natural* VIII,27). En 1486, el sultán de Egipto regaló otra a Lorenzo de Médici, y Florencia entera salió a verla. Ninguna pasó por los montes de Judá: los traductores pusieron un nombre exótico a un animal que no sabían identificar.

Los animales puros de 14,4-5

Hebreo	Torres Amat (Vulgata)	Identificación
שׁוֹר **shor**	buey (*bos*)	Buey
שֵׂה כְשָׂבִים **seh kesabim**	oveja (*ovis*)	Oveja
שֵׂה עִזִּים **seh izzim**	cabra (*capra*)	Cabra
אַיָּל **ayyal**	ciervo (*cervus*)	Ciervo o gamo
צְבִי **tsebí**	corzo (*caprea*)	Gacela
יַחְמוּר **yajmur**	búfalo (*bubalus*)	¿Corzo? ¿Gamo?
אַקּוֹ **aqqó**	capriciervo (*tragelaphus*)	¿Cabra montés?
דִּישׁוֹן **dishón**	pigargo (*pygargus*)	¿Íbice? ¿Adax?
תְּאוֹ **teó**	orige (*oryx*)	¿Uro o toro salvaje? ¿Antílope?
זֶמֶר **zémer**	camello pardal (*camelopardalus*)	¿Muflón o carnero salvaje?

El Levítico da solo los criterios del animal puro (Lv 11,3); el Deuteronomio nombra además siete animales salvajes que se pueden comer. La Vulgata tomó sus nombres de la versión griega, y el «camello pardal» es la jirafa, que nunca vivió en Canaán. Las identificaciones del hebreo son inciertas y las traducciones modernas no coinciden; el Targum de Onquelos entiende el teó como un «buey salvaje» (torbalá). Para los animales impuros, ver el cuadro de Lv 11.

PAUSA

1. «Hijos sois del Señor». ¿Cambia algo en tu manera de vivir el saber que eres hijo de Dios?
2. El diezmo se comía con alegría y se compartía con el pobre. ¿Qué parte de tus bienes reservas para Dios y para los demás?

Para orar. *Señor, que en mi mesa y en mis gastos se note que soy hijo tuyo.*

15

El año de la remisión

Cada siete años, Israel debía celebrar un «año de la remisión»: perdonar las deudas del hermano (vv. 1-11) y dejar libre, con las manos llenas, al esclavo hebreo que lo había servido seis años (vv. 12-18). El capítulo termina con la ley de los primogénitos del ganado (vv. 19-23). En el centro hay una paradoja: «no debe haber entre vosotros ningún menesteroso» (v. 4) y «no faltarán pobres en la tierra» (v. 11). La ley no se resigna a la pobreza ni se hace ilusiones: manda abrir la mano, y abrirla de buena gana, porque Israel también fue esclavo en Egipto.

La remisión de las deudas

1 Al séptimo año perdonarás las deudas [1], 2 el perdón se
hará de esta manera: Aquel a quien su amigo o prójimo y
hermano suyo debe algo [2], no podrá demandárselo, por-
que es éste el año de la remisión del Señor [3]. 3 Del fora-
stero y advenedizo podrás exigir la deuda [4]; pero no tienes
facultad de obligar al vecino y hermano tuyo a la paga.

4 Y absolutamente no debe haber entre vosotros ningún
menesteroso ni mendigo [5]: para que tu Señor Dios te ben-
diga en la tierra cuya posesión te ha de dar. 5 Como escu-
ches la voz del Señor Dios tuyo, y observes todas las cosas

que te he mandado, y las que yo te digo ahora, él te bendecirá como lo tiene prometido. 6 Prestarás a mucha gente, y tú no necesitarás empréstito de nadie; serás señor de muchísimas naciones, y nadie tendrá sobre ti dominio.

7 Si viniere a quedar pobre alguno de tus hermanos, que moran dentro de tus ciudades, en la tierra que tu Señor Dios te ha de dar, no endurezcas tu corazón, ni cierres para con él tu mano [6], 8 sino ábrela, y préstale lo que vieres que él necesita [7]. 9 Cuidado que no te sorprenda el desapiadado pensamiento [8] de decir en tu corazón: Se acerca el año séptimo de la remisión, y apartes con eso los ojos de tu pobre hermano, rehusando darle prestado lo que pide: no sea que clame contra ti al Señor, y se te impute a pecado. 10 Sino que le darás lo que pide: ni usarás de superchería [9], ni malicia alguna al aliviar sus necesidades: para que te bendiga el Señor Dios tuyo en todo tiempo, y en todas las cosas en que pusieres la mano. 11 No faltarán pobres en la tierra de tu morada [10]: por tanto te mando que alargues la mano a tu hermano menesteroso y pobre, que mora contigo en tu tierra.

La libertad del esclavo hebreo

12 Cuando alguno de tus hermanos hebreo o hebrea [11] fuere vendido, sólo te servirá seis años, y al séptimo lo dejarás ir libre; 13 y al que dieres libertad, no lo dejarás ir vacío; 14 sino que le darás para pasar el camino algo de tus reba-

ños, de tu panera y de tu bodega [12], de los bienes con que el Señor Dios tuyo te ha bendecido. [15] Acuérdate que tú también fuiste esclavo en la tierra de Egipto [13], y que el Señor Dios tuyo te puso en libertad; y por eso te doy yo ahora este mandamiento.

[16] Mas si tu siervo dijere: No quiero irme; por cuanto te ama a ti y a tu casa [14], y reconoce que le va bien contigo; [17] tomarás una lezna, y le horadarás la oreja en la puerta de tu casa [15], y te servirá para siempre. Lo mismo harás con tu sierva. [18] No apartes de ellos tus ojos después de haberlos puesto en libertad; pues te han servido seis años, como hubiere hecho un jornalero que gana su salario [16]: atiéndelos, pues, para que tu Señor Dios te bendiga en todas las cosas que hagas.

Los primogénitos del ganado

[19] Consagrarás al Señor Dios tuyo todos los primerizos machos [17] que nacieren de tus vacas y ovejas. No pondrás al trabajo al primerizo de la vaca, ni esquilarás los primerizos de las ovejas. [20] Todos los años los comerás en la presencia del Señor Dios tuyo en compañía de tu familia, en el lugar que habrá escogido el Señor. [21] Pero si el primerizo tuviere alguna tacha o defecto legal, si fuere cojo o ciego [18], o disforme en alguna parte del cuerpo o estropeado, no será sacrificado al Señor Dios tuyo; [22] sino que le comerás dentro de tu ciudad; tanto el hombre limpio como

el inmundo podrán comer igualmente de él, ni más ni menos que de una gacela o de un ciervo. [23] Sólo te guardarás de comer su sangre; la cual has de derramar en el suelo como agua.

¿Sabías que?

La ley de 15,1-11 tuvo el efecto que el v. 9 temía: al acercarse el año séptimo, nadie quería prestar. Según la Misná, Hillel el Viejo, el gran maestro judío de los tiempos de Herodes, creó entonces el prosbul, probablemente del griego prós boulé, «ante el consejo»: el acreedor declaraba ante un tribunal que le confiaba el cobro de sus deudas, y como la remisión obligaba a los particulares y no al tribunal, el préstamo no se perdía (Sheviít 10,3-4). Así se protegía el crédito de los pobres, que era lo que la ley quería proteger.

El año sabático, la remisión y el jubileo

Ley	Qué manda	Cita
Esclavos	Sirven seis años y salen libres sin pagar; el que quiere quedarse, con la oreja horadada	Éx 21,2-6
Barbecho	Al séptimo año la tierra descansa; lo que brote es para los pobres y las bestias	Éx 23,10-11; Lv 25,1-7
Jubileo	Cada cincuenta años la tierra vuelve a su familia y los esclavos quedan libres	Lv 25,8-55
Remisión	Cada siete años se perdona la deuda del hermano; prestar aunque se acerque	Dt 15,1-11
Esclavas	El esclavo y la esclava salen libres, y no con las manos vacías	Dt 15,12-18
Lectura	En el año de la remisión, la Ley se lee ante todo el pueblo en los Tabernáculos	Dt 31,10-13
Pacto roto	Liberan a los esclavos y vuelven a someterlos; Jeremías anuncia el castigo	Jer 34,8-22
Destierro	La tierra desolada recupera los sábados perdidos (Lv 26,34-35)	2 Cro 36,21
Nehemías	El pueblo se compromete a dejar el séptimo año la tierra y toda deuda	Neh 10,32
Macabeos	Betsur se rinde por hambre, porque era año sabático	1 Mac 6,49.53
Nazaret	Jesús lee Is 61,1-2, «el año de gracia del Señor»: «hoy se ha cumplido»	Lc 4,18-21

La «remisión» (en griego, áfesis) es también la palabra del perdón de los pecados (Mt 26,28). Para el prosbul de Hillel, ver el recuadro del cap. 15. Juan Pablo II propuso para el año 2000 reducir o condonar la deuda de los países pobres (*Tertio millennio adveniente*, 51).

PARA PROFUNDIZAR

«Que no haya pobres entre vosotros»: el año de la remisión

Cada siete años, el israelita debía perdonar lo que le debía su hermano (15,1-3) y dejar libre al esclavo hebreo que lo había servido seis años (15,12-18). Es el ritmo del sábado aplicado a la economía: así como la tierra descansa el séptimo año (Éx 23,10-11; Lv 25,1-7), descansa también el endeudado. El Deuteronomio renueva la ley del Éxodo sobre los esclavos (Éx 21,2-11) y le añade tres cosas: la esclava sale libre igual que el esclavo, nadie se va con las manos vacías, y todo se motiva con la memoria: «acuérdate que tú también fuiste esclavo en la tierra de Egipto» (15,15). El Levítico llevará la idea más lejos con el jubileo, cada cincuenta años (ver Lv 25).

En el centro del capítulo hay una paradoja. El v. 4 promete: «no debe haber entre vosotros ningún menesteroso»; el v. 11 reconoce: «no faltarán pobres en la tierra». No es una contradicción, sino un ideal con los pies en la tierra. La pobreza no desaparecerá sola: desaparecerá si Israel escucha la voz del Señor (15,5) y abre la mano (15,11). El v. 4 se cumplió por un momento en la primera comunidad cristiana de Jerusalén, donde «no había entre ellos ningún necesitado» (Hch 4,34). El v. 11 lo citó Jesús en Betania, al defender a la mujer que lo ungió (Mt 26,11; Jn 12,8), pero no para justificar la indiferencia: Marcos añade «y podréis hacerles bien cuando queráis» (Mc 14,7), y el Catecismo explica que Jesús hace suyas estas palabras para que lo reconozcamos en los pobres, que son sus hermanos (n. 2449).

Lo más original del capítulo es que legisla sobre el corazón. Ningún tribunal podía castigar un «pensamiento de Belial» (15,9) ni obligar a dar sin que pesara (15,10), y sin embargo la ley los nombra. Prevé incluso la trampa: negarse a prestar porque se acerca el año séptimo. Eso fue lo que ocurrió, y Hillel tuvo que inventar el prosbul (ver el recuadro): una ley pensada para los pobres podía volverse contra ellos si el corazón no cambiaba. Por eso el texto insiste en la generosidad: «abrirás tu mano», «le prestarás lo que le falte», «le cargarás el cuello de regalos» (15,8.14). Y la medida no es lo mínimo exigible, sino la bendición recibida: «de los bienes con que el Señor Dios tuyo te ha bendecido» (15,14).

El Nuevo Testamento recoge este espíritu. La versión griega tradujo «remisión» por áfesis, la palabra que el Evangelio usa para el perdón de los pecados; Jesús proclamó en Nazaret «el año de gracia del Señor» (Lc 4,18-21) y enseñó a pedir: «perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Mt 6,12). La parábola del siervo sin entrañas puede leerse a la luz de esta ley: al hombre a quien su señor perdonó una deuda inmensa se le reprocha no haber perdonado a su compañero una pequeña (Mt 18,23-35). Y san Pablo organizó entre las Iglesias una colecta para los pobres de Jerusalén, recordando que «Dios ama al que da con alegría» (2 Cor 9,7).

Los Padres de la Iglesia predicaron con fuerza este deber. San Ambrosio escribió: «No es parte de tus bienes lo que tú das al pobre; lo que le das le pertenece», porque la tierra ha sido dada a todos y no solo a los ricos (*Sobre Nabot* 12,53, citado por Pablo VI en *Populorum progressio*, 23). El Catecismo ve en las leyes del Antiguo Testamento a favor de los pobres (el año jubilar, la prohibi-

ción de la usura, el diezmo, el salario pagado en el día, el derecho de rebusca) una respuesta al mandato de 15,11 (n. 2449). Juan Pablo II citó Dt 15,1-6 al preparar el jubileo del año 2000 (*Tertio millennio adveniente*, 12) y propuso pensar en «una notable reducción, si no en una total condonación, de la deuda internacional, que grava sobre el destino de muchas naciones» (n. 51).

El año de la remisión nunca fue fácil de cumplir, como muestran Jeremías (Jer 34,8-22) y el mismo prosbul, pero sigue siendo una pregunta incómoda. No deja espiritualizar la pobreza: pide gestos concretos, perdonar, prestar, dar provisiones. Y los apoya en la gratitud: quien sabe que fue esclavo y que Dios lo liberó gratis no puede retener a su hermano en la esclavitud de la deuda.

PAUSA

1. «Que no te pese en el corazón cuando le des». ¿Das de buena gana, o como quien paga un impuesto?
2. ¿Hay alguna deuda, de dinero o de ofensas, que Dios te pide perdonar?
3. Fuiste esclavo y Dios te liberó. ¿De qué te ha liberado a ti, y cómo puedes devolverlo a otros?

Para orar. *Señor, ábreme la mano y el corazón, para que nadie a mi lado se quede sin lo que necesita.*

16

Las tres fiestas y los jueces

El capítulo reúne las tres fiestas de peregrinación: la Pascua con los Ázimos (vv. 1-8), Pentecostés (vv. 9-12) y los Tabernáculos (vv. 13-17). El Éxodo y el Levítico ya las conocían (ver Éx 23); lo propio del Deuteronomio es que todas se celebran «en el lugar que el Señor escoja», que la alegría es un mandamiento y que a la mesa se sientan el esclavo, el levita, el forastero, el huérfano y la viuda. Desde 16,18 comienzan las leyes sobre las autoridades: los jueces (vv. 18-20), con dos prohibiciones sobre el altar (vv. 21-22).

La Pascua y los Ázimos

1 Ten cuidado con el mes de los nuevos frutos [1], que es al
principio de la primavera, para celebrar en él la Pascua del
Señor Dios tuyo: por cuanto en este mes te sacó de Egipto
tu Señor Dios durante la noche [2]. 2 Y sacrificarás en la Pas-
cua ovejas y bueyes [3] al Señor Dios tuyo en el lugar que
hubiere escogido el mismo Señor para establecer allí el
culto de su Nombre. 3 No comerás durante esta fiesta pan
con levadura: durante siete días comerás pan ázimo, pan
de aflicción [4]; porque con azoramiento [5] saliste de Egip-
to: a fin de que te acuerdes del día de tu salida de Egipto
todo el tiempo de tu vida. 4 No aparecerá levadura en to-

dos los términos de tu país durante los siete días, ni quedará nada de la carne de la víctima inmolada en la tarde del primer día, hasta otro día por la mañana.

5 No podrás sacrificar el cordero pascual en cualquiera de
tus ciudades [6] que te dará el Señor Dios tuyo; 6 sino sola-
mente en el lugar que tu Señor Dios escogiere para estable-
cer allí el culto de su Nombre: e inmolarás la Pascua por la
tarde al ponerse el sol, y en el tiempo en que saliste de
Egipto. 7 Así que aderezarás, y comerás [7] el cordero pas-
cual en el lugar que tu Señor Dios eligiere; y a la mañana,
levantándote, podrás volver a tu casa. 8 Seis días comerás
panes sin levadura, y el día séptimo por ser la solemne
reunión en honor del Señor [8] Dios tuyo, no trabajarás.

Pentecostés y los Tabernáculos

9 Contarás siete semanas [9], comenzando desde el día en
que metieres la hoz en las mieses; 10 y celebrarás la fiesta
de las siete semanas o de Pentecostés [10] al Señor Dios tuyo,
con la oblación voluntaria del fruto de tus manos, que
ofrecerás conforme a la bendición recibida de Dios tu Se-
ñor: 11 y en su presencia celebrarás banquetes, tú, tu hijo y
tu hija, tu siervo y tu sierva, y el levita que reside en tu ciu-
dad, el extranjero y el huérfano, y la viuda [11] que mora en-
tre vosotros: todo en el lugar que tu Señor Dios señale para
establecer allí su culto o Tabernáculo: 12 y acordándote que

fuiste esclavo en Egipto, observarás y harás lo que queda ordenado.

13 Celebrarás también la solemnidad de los Tabernáculos [12] por siete días, después de recogidos los frutos de la era y del lagar; 14 y en esta festividad celebrarás banquetes tú, tu hijo e hija, tu esclavo y esclava, como también el levita y el extranjero, el huérfano y la viuda que viven dentro de tus ciudades. 15 Siete días celebrarás fiesta al Señor Dios tuyo en el lugar que hubiere escogido; y con eso tu Señor Dios echará la bendición sobre todas tus cosechas y sobre todas las obras de tus manos, y estarás alegre [13].

16 Tres veces al año se presentarán todos tus varones ante el Señor Dios tuyo, en el lugar que señalare: en la fiesta de los ázimos, en la fiesta de las Semanas o Pentecostés, y en la fiesta de los Tabernáculos. Nadie comparecerá con las manos vacías delante del Señor [14]; 17 sino que cada uno ofrecerá a proporción de lo que tuviere, a medida de la bendición que su Señor Dios le habrá dado.

Los jueces

18 Constituirás jueces y magistrados en todas las ciudades [15], que el Señor Dios tuyo te diere, en cada una de tus tribus: para que juzguen al pueblo con juicio recto; 19 sin inclinarse más a una parte que a otra. No serás acep-

tador de personas, ni de dádivas, porque las dádivas ciegan los ojos de los sabios [16], y pervierten los dictámenes de los justos. [20] Administrarás la justicia con rectitud [17], para que vivas y poseas la tierra que te dará el Señor Dios tuyo.

[21] No plantarás bosquetes [18], ni árbol ninguno cerca del altar del Señor Dios tuyo. [22] No te fabricarás ni erigirás estatua [19]; porque tu Señor Dios aborrece todas estas cosas.

¿Sabías que?

Ruth Bader Ginsburg, jueza del Tribunal Supremo de los Estados Unidos de 1993 a 2020, tenía en su despacho varias obras de arte con las palabras hebreas de 16,20: tsédeq tsédeq tirdof, «la justicia, la justicia perseguirás». Dijo que eran para ella un recordatorio constante de lo que deben hacer los jueces. El versículo no promete que se posea la justicia: manda perseguirla. El calendario agrícola de Guézer, que sigue el mismo ritmo de las tres fiestas de este capítulo, se describe en el recuadro de Éx 23.

PAUSA

1. El Deuteronomio manda alegrarse. ¿Qué te roba la alegría en tus celebraciones de fe?
2. ¿A cuál de los «cuatro de Dios», el que está solo, el extranjero, el huérfano, el que pasa necesidad, podrías sentar a tu mesa?
3. «La justicia, la justicia perseguirás». ¿Dónde te pide Dios hoy ser justo, aunque te cueste?

Para orar. *Señor, que celebre tus fiestas con alegría, y que en mi mesa haya sitio para los que nadie invita.*

17

La ley del rey

Siguen las leyes sobre las autoridades. El capítulo tiene tres partes: el castigo de quien adora a otros dioses, con la garantía de dos o tres testigos (vv. 1-7); el tribunal supremo del lugar escogido, para los casos difíciles (vv. 8-13), y la ley del rey (vv. 14-20). Israel podrá tener rey, pero muy distinto de los de su tiempo: elegido por Dios, hermano de los demás, sin acumular caballos, mujeres ni riquezas, y sometido a una ley escrita que debe copiar y leer cada día. De esa «copia de la ley» (v. 18) recibió el libro su nombre griego.

Dos o tres testigos

1 No sacrificarás a tu Señor Dios oveja o buey que tenga
tacha [1] o algún vicio: por ser esto abominable delante del
Señor Dios tuyo.

2 En el caso que se hallaren en tu país dentro de alguna de
tus ciudades que Dios tu Señor te dará, hombre o mujer
que cometan la maldad en presencia del Señor Dios tuyo,
de quebrantar su pacto [2], 3 yéndose a servir y adorar a dio-
ses ajenos, al sol, y a la luna, y a todas las estrellas del
cielo [3], contraviniendo al mandato mío, 4 y eso te fuere
denunciado; si después de haber tenido el aviso hicieres

diligentes pesquisas y hallares ser cierto que tal abominación se ha cometido en Israel: 5 sacarás al hombre y a la mujer que cometieren tan enorme pecado, a la puerta de tu ciudad [4], y serán muertos a pedradas. 6 Por deposición de dos o tres testigos [5] perderá la vida el que es digno de muerte. Ninguno será condenado a muerte por el dicho de un solo testigo contra él. 7 La mano de los testigos será la primera [6] en tirar piedras para matarlo, y después todo el pueblo acabará de apedrearle: a fin de expeler al malo de en medio de ti [7].

El tribunal del lugar escogido

8 Si estando pendiente ante ti una causa, hallares ser difícil y dudoso el discernimiento entre sangre y sangre, entre pleito y pleito, entre lepra y lepra [8], y vieres que son varios los pareceres de los jueces que tienes en tu ciudad, marcha y acude al lugar que habrá escogido el Señor Dios tuyo, 9 donde recurrirás a los sacerdotes del linaje levítico, y al que como sumo sacerdote fuere en aquel tiempo juez supremo del pueblo [9]; y los consultarás, y te manifestarán cómo has de juzgar según tu verdad. 10 Y harás todo lo que te dijeren los que presiden en el lugar escogido por el Señor, y lo que te enseñaren, 11 conforme a su ley, y seguirás la declaración de ellos, sin desviarte a la diestra ni a la siniestra [10].

12 Mas quien se ensoberbeciere, y no quisiere obedecer la
determinación del sacerdote que por aquel tiempo es mi-
nistro del Señor Dios tuyo, ni al decreto del juez, ese tal
será muerto [11]; con lo que arrancarás el mal de en medio
de Israel: 13 Y todo el pueblo al oírlo temerá, para que en
adelante ninguno se hinche de soberbia.

La ley del rey

14 Cuando hubieres entrado en la tierra que te dará el Se-
ñor Dios tuyo, y poseídola y habitado en ella, y dijeres: Yo
quiero poner sobre mí un rey, como lo tienen todas las na-
ciones de alrededor [12]: 15 pondrás a aquel que tu Señor
Dios señalare de entre tus hermanos [13]. No podrás alzar
por rey a hombre de otra nación y que no sea hermano
tuyo. 16 Una vez que fuere establecido, no ha de reunir mu-
chos caballos [14], ni engreído con su numerosa caballería,
hará volver al pueblo a Egipto, mayormente teniéndoos
mandado el Señor no volver jamás por aquel camino. 17 No
tendrá número excesivo de mujeres [15], que con halagos se
enseñoreen de su corazón, ni tesoros inmensos de oro y
plata.

18 Luego que se hubiere sentado en su real solio, escribirá
para su uso en un volumen este deuteronomio o recopila-
ción de la ley [16], copiándole del ejemplar original que le
darán los sacerdotes de la tribu de Leví; 19 y le tendrá con-
sigo, leyendo en él todos los días de su vida [17], para que

aprenda el temor del Señor su Dios y a guardar sus mandamientos y ceremonias prescritas en la ley. 20 Y para que su corazón no se ensoberbezca sobre sus hermanos 18, ni decline a la diestra, ni a la siniestra de la Ley del Señor; a fin de que reine largo tiempo así él como sus hijos sobre Israel.

¿Sabías que?

El gran código de la ley judía escrito por Maimónides, el sabio nacido en Córdoba hacia 1138, se titula *Mishné Torá*, como el nombre rabínico del Deuteronomio (17,18). Lo terminó en Egipto hacia 1180, en catorce libros, y explica en el prólogo el porqué del título: quien lea primero la Torá escrita y después esta obra conocerá toda la ley oral, sin necesitar ningún otro libro. Para muchos fue una «segunda ley» en sentido literal, y por eso mismo la obra fue muy admirada y muy discutida.

La ley del rey y Salomón

La ley del rey (Dt 17)	Salomón (1 Reyes)
Elegido por el Señor, «de entre tus hermanos» (17,15)	Elegido por Dios entre los hijos de David y ungido en Guijón (1 Re 1,32-40; 1 Cro 28,5)
No reunirá muchos caballos ni hará volver al pueblo a Egipto (17,16)	Mil cuatrocientos carros y doce mil jinetes; caballos traídos de Egipto y de Cilicia (1 Re 10,26-29)
No tendrá muchas mujeres «que se enseñoreen de su corazón» (17,17)	Setecientas esposas y trescientas concubinas, que «le desviaron el corazón» hacia otros dioses (1 Re 11,1-4)
Ni tesoros inmensos de oro y plata (17,17)	Seiscientos sesenta y seis talentos de oro al año; la plata, «como las piedras» (1 Re 10,14.27)
Escribirá una copia de la ley y la leerá todos los días (17,18-19)	Pide un corazón dócil (1 Re 3,9), pero al final «no guardó lo que el Señor le había mandado» (1 Re 11,10)
Que su corazón no se ensoberbezca sobre sus hermanos (17,20)	Impone trabajos forzados; el pueblo pide a su hijo que aligere «el yugo pesado» (1 Re 9,15; 12,4)
Para que reine largo tiempo, él y sus hijos (17,20)	A su muerte, diez tribus se separan de la casa de David (1 Re 11,31; 12,16-20)

Samuel ya había advertido lo que haría un rey «como todas las naciones»: tomar los hijos, los campos y los rebaños del pueblo (1 Sam 8,11-18). El rey que mejor cumplió esta ley fue Josías, que se gobernó por el libro hallado en el templo (2 Re 22 – 23). Jesús da la medida definitiva: «el que quiera ser grande entre vosotros, será vuestro servidor» (Mc 10,42-45).

PARA PROFUNDIZAR

La ley del rey

De todas las autoridades que el Deuteronomio regula, jueces, rey, sacerdotes y profeta, el rey es la más sorprendente. Israel podrá tenerlo «como todas las naciones» (17,14), pero no será como los reyes de las naciones. Lo escoge Dios, y debe ser un hermano, no un extranjero (17,15). No acumulará caballos, ni mujeres, ni plata y oro (17,16-17). Su única tarea positiva es escribir una copia de la ley, tenerla consigo y leerla todos los días, para que no se ensoberbezca sobre sus hermanos (17,18-20). La ley no dice nada de guerras, de tribunales ni de construir el templo: le importa menos lo que el rey puede hacer que lo que no debe hacer.

En el antiguo Oriente, los reyes presumían de lo contrario: de sus carros y caballos, de sus harenes, de sus tesoros. El rey era el garante de la ley, y a veces su autor: Hammurabi se presenta en su código como el rey justo al que los dioses encargaron establecer el derecho. No se conoce un paralelo claro de un rey sometido a una ley escrita que debe copiar y leer como cualquier israelita, aunque la comparación se discute. La misma Biblia guarda la memoria de una desconfianza hacia la monarquía: Gedeón rechazó la corona (Jue 8,23), y Samuel advirtió al pueblo que el rey tomaría a sus hijos, sus campos y sus rebaños (1 Sam 8,11-18); después escribió en un libro «el derecho del reino» y lo depositó ante el Señor (1 Sam 10,25).

Los libros de los Reyes parecen escritos con esta ley delante. Salomón, el más sabio y el más rico, la quebrantó punto por punto: importó caballos de Egipto (1 Re 10,28-29), acumuló tanto oro que

la plata «era como las piedras» en Jerusalén (1 Re 10,27) y tuvo setecientas esposas que le desviaron el corazón hacia otros dioses (1 Re 11,1-4; ver el cuadro al final del capítulo). El reino se dividió a su muerte. El rey que mejor la cumplió fue Josías, que se gobernó por el libro hallado en el templo; de él se dice que se volvió al Señor «con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas», las palabras del Shemá (2 Re 23,25; Dt 6,5).

La tradición judía siguió precisando la ley. La Misná limita las mujeres del rey a dieciocho y sus caballos a los necesarios para sus carros, y lo imagina con el rollo de la Ley a su lado en la guerra, en el tribunal y en la mesa (Sanedrín 2,4). En Qumrán, el *Rollo del Templo* (11Q19, columnas 56-59) desarrolla una «ley del rey» todavía más estricta: según su reconstrucción habitual, el rey tendría una sola esposa mientras ella viviera, gobernaría con un consejo de doce jefes, doce sacerdotes y doce levitas, y no saldría a la guerra sin consultar al sumo sacerdote.

Santo Tomás de Aquino comentó esta ley al estudiar el gobierno de Israel (*Suma teológica* I-II, q. 105, a. 1). Para él, la monarquía es el mejor régimen mientras no se corrompa, pero degenera con facilidad en tiranía, porque son pocos los que tienen la virtud necesaria para tanto poder. Por eso, dice, Dios no dio a Israel desde el principio un rey con plena potestad, y cuando se lo concedió fijó condiciones: esperar la elección de Dios, no poner a un extranjero, no buscar caballos, mujeres ni riquezas, porque por ellas los príncipes se vuelven tiranos, leer la ley y no despreciar a los súbditos. Y elogia un gobierno mixto, en el que uno preside, otros colaboran y todos pueden elegir y ser elegidos.

El Nuevo Testamento presenta a Jesús como el rey que cumple esta ley y la supera. Entra en Jerusalén «manso, montado en un asno» (Zac 9,9; Mt 21,5), no en un caballo de guerra. Dice ante Pilato que su reino «no es de este mundo» (Jn 18,36), y a sus discípulos, que entre ellos no debe ser como entre los gobernantes de las naciones: «el que quiera ser grande entre vosotros, será vuestro servidor», porque el Hijo del hombre vino a servir y a dar su vida (Mc 10,42-45). El Catecismo lo aplica a toda autoridad, que debe ejercerse «como un servicio» (n. 2235), y a todo cristiano: «servir a Cristo es reinar» (n. 786). La ley del rey se convierte así en un espejo para todo el que manda: sometido a la Palabra, hermano entre hermanos, sin ensoberbecerse.

PAUSA

1. El rey debía leer la ley todos los días de su vida. ¿Qué lugar tiene la palabra de Dios en tus días?
2. ¿Dónde ejerces tú alguna autoridad: en casa, en el trabajo, en la comunidad? ¿La vives como un servicio?
3. «El que esté sin pecado, que tire la primera piedra». ¿Te cuesta más acusar a otros o examinarte a ti mismo?

Para orar. *Señor, que la autoridad que me confíes la ejerza como hermano y servidor, a la luz de tu ley.*

18

Los levitas y el profeta como Moisés

El capítulo cierra la sección de las autoridades del pueblo (16,18 – 18,22): después de los jueces, el rey y los sacerdotes, llega el profeta. Tiene tres partes: los derechos de los sacerdotes y levitas, que viven del altar porque el Señor es su herencia (vv. 1-8); la prohibición de toda adivinación y magia, propias de los cananeos (vv. 9-14), y la promesa central: Dios no dejará a su pueblo sin palabra, sino que suscitará un profeta como Moisés, y da criterios para distinguirlo del falso (vv. 15-22). Israel no tendrá que arrancar a los astros ni a los muertos el secreto del futuro: Dios mismo le hablará.

Los sacerdotes y los levitas

1 Los sacerdotes y levitas, y cuantos son de esa tribu, no tendrán parte ni herencia [1] entre los demás hijos de Israel; porque se han de sustentar de los sacrificios del Señor y de sus ofrendas; 2 y así ninguna otra cosa recibirán de lo que poseen sus hermanos; por cuanto el Señor mismo es su herencia [2], como se lo tiene dicho.

3 He aquí lo que los sacerdotes tendrán derecho de tomar del pueblo y de los que ofrecen víctimas; ya sacrifique buey, ya oveja, darán al sacerdote la espalda y el vientre [3]; 4 también le darán las primicias del grano, del vino y del

aceite [4], y parte de las lanas en el esquileo de sus ovejas.
5 Porque el Señor Dios tuyo lo escogió a él de todas tus tribus, para que asista y sirva al culto divino perpetuamente, así él como sus hijos.

6 Si saliere un levita de tus ciudades esparcidas por todo Israel, donde mora, y sin estar de turno, quisiere venir por devoción al lugar escogido por el Señor [5], 7 ejercerá su ministerio en nombre del Señor Dios suyo, como todos los levitas sus hermanos, que en aquella sazón estarán de servicio en la presencia del Señor; 8 recibirá la misma porción de alimento que los otros, además de lo que le es debido en su patria por razón de su patrimonio [6].

Contra la adivinación

9 Cuando hubieres entrado en la tierra que tu Señor Dios te dará, guárdate de querer imitar las abominaciones de aquellas gentes [7]. 10 No se vea en tu país quien purifique a su hijo o hija, pasándolos por el fuego [8]; ni quien consulte adivinos [9], y haga caso de sueños y de agüeros; no haya hechicero, 11 ni encantador, ni quien pida consejo a los que tienen espíritu pitónico [10] y a los astrólogos, ni quien intente averiguar por medio de los difuntos la verdad [11].

12 Porque todas estas cosas las abomina el Señor; y por haber cometido semejantes maldades aquellos pueblos, acabará con ellos a tu entrada. 13 Tú has de ser perfecto y sin

mácula [12] para con el Señor Dios tuyo. [14] Esas gentes, cuya tierra tú has de poseer, dan crédito a los agoreros y adivinos; pero tú has sido educado diversamente por el Señor [13] Dios tuyo.

El profeta como Moisés

[15] Tu Señor Dios te suscitará un PROFETA de tu nación y de entre tus hermanos como yo [14]. A él oirás [15], [16] conforme se lo pediste al Señor Dios tuyo en Horeb, cuando se juntó todo el pueblo diciendo: No oiga yo otra vez la voz del Señor Dios mío [16], ni vea más este fuego espantoso, porque no muera. [17] A lo que me contestó el Señor: En todo lo que ha dicho ha hablado bien ese pueblo. [18] Yo le suscitaré un profeta de en medio de sus hermanos semejante a ti, y pondré mis palabras en su boca [17] y les hablará todo lo que yo le mandare. [19] Mas el que no quisiere escuchar las palabras que hablará en mi nombre, experimentará mi venganza [18].

[20] Pero si un profeta, corrompido por la soberbia [19], emprendiere a hablar en mi nombre lo que yo no le mandé decir, o hablare en nombre de dioses ajenos, será castigado de muerte. [21] Y si tú allá en tu interior replicares: ¿cómo puedo yo discernir cuál es la palabra [20] que no ha hablado Dios de la que realmente me ha dicho? [22] Tendrás esto por señal: si lo que aquel profeta hubiere vaticinado en el nombre del Señor, no se verificare [21], esto no lo habló el

Señor, sino que se lo forjó el profeta por la soberbia de su espíritu, y por lo mismo no le temas, ni respetes.

¿Sabías que?

Entre los manuscritos de la cueva 4 de Qumrán apareció una sola hoja, hoy llamada 4Q175 o *Testimonia*, que reúne cuatro textos sin comentario: Dt 5,28-29 seguido de 18,18-19 (el profeta como Moisés), el oráculo de Balaam sobre la estrella de Jacob (Nm 24,15-17), la bendición de Leví (Dt 33,8-11) y la maldición contra quien reconstruya Jericó (Jos 6,26), ampliada con un pasaje de otra obra. Muchos especialistas piensan que la copió la misma mano que escribió la Regla de la comunidad, donde se espera «la venida de un profeta y de los mesías de Aarón y de Israel» (1QS 9,11).

El profeta como Moisés

Texto	Lectura
Dt 18,15-19	Un profeta «como yo», con las palabras de Dios en su boca: «a él oirás»
Dt 34,10-12	«Ni después se vio jamás en Israel un profeta como Moisés»
1 Mac 4,46; 14,41	Se espera a «un profeta fiel» que diga lo que hay que hacer
Qumrán: Regla de la comunidad (1QS 9,11) y Testimonia (4Q175)	«Hasta que venga el profeta y los mesías de Aarón y de Israel»; 4Q175 cita 18,18-19
Rashi (siglo XI)	«Como yo, en mi lugar, y así de profeta en profeta»
Jn 1,21.25; 6,14; 7,40	«¿Eres tú el profeta?»; «este es verdaderamente el profeta»
Mt 17,5	En la Transfiguración, junto a Moisés: «escuchadle»
Hch 3,22-23; 7,37	Pedro y Esteban: el profeta anunciado es Jesús
Heb 3,1-6	Moisés fue fiel como siervo; Cristo, como Hijo

Torres Amat escribe «PROFETA» con mayúsculas en 18,15, la única vez en todo el libro, y anota que «desde este verso 15 al 20 se habla literalmente del Cristo o Mesías». La tradición judía lo ha leído sobre todo de la serie de los profetas; el Nuevo Testamento, de Jesús. Se lee el 4.º domingo del tiempo ordinario, ciclo B.

PARA PROFUNDIZAR

«Un profeta como yo»: la promesa y su cumplimiento

La promesa del profeta cierra la sección del Deuteronomio dedicada a las autoridades del pueblo: los jueces, el rey, los sacerdotes y, por último, el profeta (16,18 – 18,22). Su contexto inmediato es una prohibición. Los pueblos de Canaán buscaban conocer el futuro con agüeros, hechicerías y consultas a los muertos (18,9-14); Israel no lo necesita, porque Dios mismo le hablará, como en el Horeb, cuando el pueblo, aterrado por el fuego, pidió un mediador (5,23-27): «Yo le suscitaré un profeta de en medio de sus hermanos semejante a ti, y pondré mis palabras en su boca» (18,18). El profeta no adivina: transmite. Quien no lo escuche tendrá que responder ante Dios, y quien hable sin mandato o en nombre de otros dioses es un falso profeta (18,19-22; 13,1-5).

¿De quién se habla? El hebreo dice «un profeta», en singular, pero puede entenderse en sentido colectivo: cada vez que haga falta, Dios suscitará un profeta. Es la lectura más común en la tradición judía, y Rashi la resume así: «como yo, en mi lugar, y así de profeta en profeta». Encaja con el contexto, que regula instituciones permanentes, y con la historia: Samuel, Elías o Jeremías, a quien Dios dice casi las mismas palabras (Jr 1,9), fueron la voz de Dios en su tiempo. Pero el mismo Deuteronomio termina con una constatación que abre otra puerta: «ni después se vio jamás en Israel un profeta como Moisés, con quien conversase el Señor cara a cara» (34,10). Si ninguno estuvo a su altura, la promesa seguía pendiente.

De esa espera hay testimonios antes de Jesús. El primer libro de los Macabeos cuenta que las piedras del altar profanado se guardaron «hasta que viniera un profeta» que dijera qué hacer con ellas, y que Simón fue jefe y sumo sacerdote «hasta que surgiera un profeta fiel» (1 Mac 4,46; 14,41). En Qumrán, la Regla de la comunidad manda observar sus normas «hasta que venga el profeta y los mesías de Aarón y de Israel» (1QS 9,11), y la hoja llamada Testimonia (4Q175) pone 18,18-19 junto a la estrella de Balaam y la bendición de Leví, quizá como anuncio de tres figuras: un profeta, un rey y un sacerdote. Los samaritanos esperaban un restaurador, el Taheb, inspirado en este pasaje; aunque las fuentes que lo describen son tardías, ayudan a entender las palabras de la samaritana: «sé que va a venir el Mesías» (Jn 4,25).

El Nuevo Testamento recoge esa expectativa. A Juan Bautista le preguntan: «¿Eres tú el profeta?» (Jn 1,21.25); la multitud alimentada en el desierto, como Israel con el maná, exclama: «este es verdaderamente el profeta que había de venir al mundo» (Jn 6,14; 7,40). En la Transfiguración, con Moisés presente, la voz del Padre repite el mandato de 18,15: «escuchadle» (Mt 17,5). Pedro en el templo y Esteban ante el Sanedrín lo dicen abiertamente: el profeta como Moisés es Jesús (Hch 3,22-23; 7,37). La Carta a los Hebreos marca a la vez la semejanza y la diferencia: Moisés fue fiel en la casa de Dios como siervo; Cristo, como Hijo (Heb 3,1-6).

Los Padres desarrollaron el argumento. Eusebio de Cesarea observa que ninguno de los profetas posteriores fue, como Moisés, legislador y libertador: todos remitían a su ley. Solo Cristo es legislador, y no de un pueblo, sino de todas las naciones, y sus obras recuerdan las de Moisés: el ayuno de cuarenta días, el pan

en el desierto, la liberación de una esclavitud (Demostración evangélica III,2). Torres Amat se sitúa en esa tradición: escribe «PROFETA» con mayúsculas y afirma en su prólogo que «toda la antigua sinagoga» entendió este lugar del Mesías. Es una afirmación de su época: el Nuevo Testamento muestra que muchos judíos esperaban «al profeta», pero la exégesis judía posterior leyó el pasaje sobre todo de la sucesión de los profetas.

Las dos lecturas no se excluyen. La promesa fundó en Israel la institución profética, por la que Dios siguió hablando a su pueblo, y, leída a la luz de todo el canon, apunta a aquel en quien esa palabra llega a su plenitud (Heb 1,1-2; Catecismo, nn. 128-129). Jesús es más que un profeta como Moisés: Moisés habló con Dios «cara a cara»; Jesús es el Hijo, que está en el seno del Padre y nos lo ha dado a conocer (Jn 1,17-18). Por eso el mandato del Deuteronomio sigue vigente para el cristiano en dos palabras: «a él oirás».

PAUSA

1. Israel no debía buscar el futuro en agüeros. ¿Hay en tu vida pequeñas «adivinaciones», como horóscopos, supersticiones o la ansiedad por controlarlo todo, que ocupan el lugar de la confianza en Dios?
2. «A él oirás». ¿Qué lugar tiene en tu semana escuchar de verdad la palabra de Jesús?
3. Entre las muchas voces que te rodean, ¿cómo distingues lo que viene de Dios de lo que no?

Para orar. *Señor Jesús, profeta y Palabra del Padre, dame oídos para escucharte y un corazón dispuesto a seguirte.*

19

Las ciudades de refugio y los testigos

El capítulo trata de la sangre derramada y de la verdad en el juicio. Tiene dos partes. La primera regula las tres ciudades de refugio al oeste del Jordán: el que mata sin querer encuentra allí protección frente al vengador de la sangre, mientras que el asesino es entregado a la justicia (vv. 1-13). La segunda reúne tres leyes sobre la justicia: no mover los linderos del prójimo (v. 14), no condenar a nadie por un solo testigo (v. 15) y castigar al testigo falso con la pena que buscaba para el inocente (vv. 16-21). La Ley distingue la culpa del accidente y protege al acusado de la calumnia.

Las ciudades de refugio

1 Cuando el Señor Dios tuyo hubiere destruido las naciones, cuya tierra te ha de dar, y tú la poseyeres, y habitares
en sus ciudades y casas, 2 separarás tres ciudades [1] en medio del país, cuya posesión te dará el Señor tu Dios;
3 allanando con cuidado el camino [2], y dividiendo en tres partes iguales toda la extensión de tu tierra, a fin de que así tenga lugar cercano a donde poder refugiarse quien anda huyendo por razón de homicidio involuntario.

4 Esta será la ley o calidad del homicida [3] fugitivo, cuya vida debe salvarse: el que hiriere a su prójimo sin advertir-

lo, y de quien no consta que tuviese el día antes o el otro
más allá ningún rencor contra él; 5 sino que de buena fe sa-
lió, por ejemplo, con él al bosque a cortar leña, y al tiempo
de cortarla se le fue el hacha de la mano [4], y saltando el
hierro del mango hirió y mató a su amigo: este se refugia-
rá en una de las sobredichas ciudades y salvará la vida:
6 no sea que arrebatado de dolor algún pariente de aquel
cuya sangre fue derramada [5], le persiga y prenda si el ca-
mino es muy largo, y le quite la vida; no siendo reo de
muerte, puesto que no se prueba que hubiese antes tenido
odio alguno contra el muerto. 7 Por eso te mando yo que
repartas las tres ciudades a iguales distancias entre sí.

8 Pero en ensanchando el Señor Dios tuyo tus términos,
como lo tiene jurado a tus padres, y en dándote toda la tie-
rra que les prometió 9 (con la condición de que guardes sus
mandamientos y hagas lo que hoy te mando, esto es, que
ames a tu Señor Dios y sigas sus caminos en todo tiempo),
añadirás otras tres ciudades [6] a las sobredichas, duplican-
do así el número de ciudades de refugio: 10 a fin de que no
se derrame sangre inocente [7] en medio de la tierra cuya
posesión te dará el Señor Dios tuyo; ni tú seas reo de este
derramamiento.

11 Mas si alguno, por el odio que tiene a su prójimo, armare
asechanzas a su vida, y arremetiendo contra él le hiriere y
matare, huyéndose después a una de las ciudades sobredi-

chas: [12] los ancianos de la ciudad de él enviarán a sacarle
del lugar de asilo; y prendiéndole le entregarán en mano
del pariente del muerto [8], y se le quitará la vida. [13] No ten-
drás lástima de él [9]; y con eso quitarás de en medio de Is-
rael el crimen cometido por la efusión de sangre inocente;
a fin de que te vaya prósperamente.

Los linderos y los testigos

[14] No te apropiarás, ni traspasarás los lindes de tu
prójimo [10], que fijaron los mayores en tu heredad que te
dará el Señor tu Dios en la tierra de que has de tomar pose-
sión.

[15] No bastará para condenar a nadie un solo testigo, cual-
quiera que sea el pecado y el crimen; sino que todo se deci-
dirá por deposición de dos o tres testigos [11].

[16] Si un testigo falso depone contra un hombre [12], acusán-
dole de prevaricación, [17] comparecerán los dos cuya causa
se trata ante el Señor en presencia de los sacerdotes y
jueces [13] que fueren en aquellos días. [18] Y si después de una
exacta pesquisa, hallaren que el testigo falso ha dicho
mentira contra su hermano, [19] le impondrán la pena que él
intentó hacer caer sobre su hermano [14], y así arrancarás el
mal de en medio del pueblo; [20] para que oyéndolo los de-
más entren en temor, y de ningún modo osen hacer tales
cosas. [21] No te compadecerás de él: sino que le harás pagar

vida por vida, ojo por ojo, diente por diente [15], mano por mano, pie por pie.

¿Sabías que?

La estela de Mesá, rey de Moab (hacia el 840 a. C.), descubierta en 1868 en Dibón y conservada hoy en el Museo del Louvre, enumera las ciudades que el rey reconstruyó tras sacudirse el dominio de Israel. Entre ellas dice: «Yo construí Bosor, porque estaba en ruinas». Es, con toda probabilidad, la misma Bosor «en el desierto, en una llanura» que fue ciudad de refugio de la tribu de Rubén (4,43). Su emplazamiento exacto, en la meseta cercana a Madaba, en Jordania, todavía se discute.

Las ciudades de refugio

Ciudad	Tribu	Hoy
Bosor	Rubén, «en el desierto, en una llanura», al este del Jordán (4,43)	En la meseta de Moab, cerca de Madaba (Jordania); el lugar exacto se discute
Ramot de Galaad	Gad, al este del Jordán (4,43)	¿Tell er-Rumeith, cerca de Ramtha, en el norte de Jordania?
Golán	Manasés, en Basán (4,43)	¿Sahem el-Jolán, al este del lago de Galilea (Siria)? Da nombre a los Altos del Golán
Cedes	Neftalí, en los montes de Galilea (Jos 20,7)	Tel Kedesh, al noroeste del antiguo lago Hula (Israel)
Siquem	Efraín, en la montaña central (Jos 20,7)	Tell Balata, en Nablus (Cisjordania)
Hebrón	Judá; antes Cariat-Arbe (Jos 20,7)	Hebrón, al-Jalil en árabe (Cisjordania)
Tres más	Si Dios ensanchaba las fronteras (19,8-9)	Nunca se señalaron, anota Torres Amat; Maimónides las esperaba para los días del Mesías

Tres al este del Jordán, señaladas por Moisés (4,41-43), y tres al oeste, fijadas por Josué (Jos 20,7-8), repartidas de norte a sur para que ninguna quedara lejos; las seis eran ciudades levíticas (Jos 21). El que había matado sin querer quedaba allí a salvo del vengador de la sangre (goel ha-dam) hasta la muerte del sumo sacerdote (Nm 35,25-28). Las identificaciones con signo de interrogación son probables, no seguras.

PAUSA

1. Las ciudades de refugio protegían al que había causado un daño sin querer. ¿Ofreces tú refugio a quien te ha herido sin intención?
2. ¿Has movido alguna vez un «lindero», aprovechándote de lo que no era tuyo?
3. El falso testimonio no solo se da en los tribunales. ¿Cuidas la fama de los demás cuando hablas de ellos?

Para orar. *Señor, refugio mío, enséñame a decir siempre la verdad y a ser amparo para los demás.*

20

Las leyes de la guerra

El Deuteronomio no glorifica la guerra, pero la regula. El capítulo tiene tres partes: la arenga del sacerdote y las exenciones, que mandan a casa al que estrena casa o viña, al novio y al cobarde (vv. 1-9); el asedio de las ciudades, con la oferta de paz y una distinción terrible entre las ciudades lejanas y las de Canaán, sometidas al anatema (vv. 10-18), y la protección de los árboles frutales (vv. 19-20). Junto a páginas que hoy hieren, hay intuiciones sorprendentes: la victoria depende de Dios y no del número, y ni siquiera la guerra justifica destruirlo todo.

Antes de la batalla

1 Cuando salieres a la guerra contra tus enemigos, y vieres
su caballería y carros [1], y hallares que su ejército es más
numeroso que el tuyo, no los temas; pues el Señor tu Dios,
que te sacó de la tierra de Egipto, está contigo. 2 Al acercar-
se ya la hora del combate, se pondrá el sacerdote o
pontífice [2] a la cabeza del ejército, y hablará al pueblo de
esta manera: 3 Escucha, ¡oh Israel! [3], vosotros entráis hoy
en batalla contra vuestros enemigos; no desmaye vuestro
corazón, no os intimidéis, no volváis pies atrás, no los te-
máis: 4 porque el Señor Dios vuestro está en medio de vo-

sotros, y peleará por vosotros [4] contra los enemigos, para libraros del peligro.

[5] Los capitanes asimismo al frente de sus respectivos escuadrones gritarán, de modo que todos los oigan: ¿Hay alguno que ha edificado casa nueva y no la haya estrenado todavía [5]? Váyase y vuélvase a su casa; no sea que muera en batalla y otro la estrene. [6] ¿Hay alguno que haya plantado una viña y todavía no ha podido disfrutar de ella [6]? Váyase y vuélvase a su casa; no sea que muera en la guerra y la disfrute otro. [7] ¿Hay alguno que tenga mujer apalabrada [7] y aún no la ha tomado? Váyase y vuélvase a su casa, no sea que muera en el combate y la tome otro.

[8] Dicho esto añadirán aún, y dirán al pueblo: ¿Qué hombre hay aquí medroso y de corazón apocado? [8] Váyase y vuélvase a su casa, porque no comunique a sus hermanos el miedo de que él está poseído. [9] En callando los capitanes del ejército, concluida su amonestación, cada cual ordenará sus escuadrones para la batalla.

El asedio de las ciudades

[10] En el caso de acercarte a sitiar una ciudad, ante todas cosas le ofrecerás la paz [9]. [11] Si la aceptare y te abriere las puertas, todo el pueblo que hubiere en ella está a salvo, y te quedará sujeto, y será tributario tuyo [10]. [12] Mas si no quisiere rendirse y empieza contra ti las hostilidades, la

batirás; [13] y cuando el Señor Dios tuyo la hubiere entregado en tus manos, pasarás a cuchillo a todos los varones de armas tomar [11] que hay en ella. [14] Mas no harás daño a las mujeres, ni a los niños [12], bestias y demás cosas que hubiere en la ciudad. Repartirás entre la tropa todo el botín, y comerás de los despojos de tus enemigos, que tu Señor Dios te habrá dado.

[15] Así harás con todas las ciudades, que están muy distantes de ti, y no son de aquellas de que has de tomar posesión. [16] Porque en las ciudades que se te darán en la tierra prometida, no dejarás alma viviente [13]; [17] sino que a todos sin distinción, los pasarás a cuchillo: es a saber al heteo, y al amorreo [14], y al cananeo, y al ferezeo, y al heveo, y al jebuseo, como el Señor tu Dios te tiene mandado; [18] para que no os enseñen a cometer todas las abominaciones que han usado ellos con sus dioses, y ofendáis a Dios vuestro Señor.

Los árboles frutales

[19] Cuando sitiares una ciudad por mucho tiempo, y la cercares con trincheras para tomarla, no has de cortar los árboles frutales [15], ni talar a golpes de hacha las arboledas del contorno; pues leños son y no hombres [16] que puedan aumentar contra ti el número de combatientes. [20] Si hay árboles que no dan fruta, sino que son silvestres y propios

para otros usos, córtalos y forma de ellos máquinas [17], hasta tomar la ciudad que se resiste contra ti.

¿Sabías que?

En el Museo Británico de Londres se conservan los relieves que adornaban una sala del palacio de Senaquerib en Nínive, descubiertos por Austen Henry Layard a mediados del siglo XIX. Muestran el asedio de Laquis, la segunda ciudad de Judá, el año 701 a. C. (2 Re 18,13-14): arietes que suben por una rampa de tierra, arqueros y honderos, defensores que arrojan antorchas, prisioneros empalados y familias que parten al destierro con sus carros. En Laquis los arqueólogos han excavado la rampa de asedio asiria, la más antigua que se conoce.

PAUSA

1. La Ley mandaba a casa al medroso «porque no comunique a sus hermanos el miedo». ¿Qué contagias tú a los demás: miedo o confianza?
2. Ni siquiera en la guerra se podían talar los árboles frutales. ¿Cómo cuidas la creación en tus decisiones diarias?
3. Antes del asedio, la oferta de paz. ¿Buscas la paz antes de entrar en un conflicto?

Para orar. *Señor, que confíe en ti más que en mis fuerzas, y hazme instrumento de tu paz.*

21

La sangre sin culpable y la casa del israelita

Leyes de muy distinto tipo, unidas por la vida y la muerte en la comunidad y en la familia. El capítulo empieza con un rito para el homicidio de autor desconocido: la ciudad más cercana se declara inocente y pide perdón (vv. 1-9). Siguen tres leyes de familia: la mujer tomada en la guerra (vv. 10-14), el derecho del primogénito de la esposa menos amada (vv. 15-17) y el hijo rebelde, juzgado por los ancianos (vv. 18-21). Termina con el cadáver del ajusticiado, que no debe quedar colgado de noche (vv. 22-23), un versículo que san Pablo leerá a la luz de la cruz.

El homicidio sin culpable

1 Cuando en la tierra, que tu Señor Dios te ha de dar, se hallare el cadáver de un hombre asesinado [1], sin que se sepa
quién lo mató, 2 saldrán los ancianos y jueces, y medirán
las distancias de todas las ciudades cercanas desde el lugar
del cadáver. 3 Y los ancianos de aquella ciudad que se hubiere averiguado estar más cercana que las otras, tomarán
de la vacada una ternera que no haya traído yugo [2], ni
arado la tierra; 4 y la conducirán a un valle erial y
peñascoso [3], que nunca haya sido labrado ni sembrado, y
le cortarán allí el pescuezo. 5 Entonces se acercarán los sacerdotes hijos de Leví, elegidos por el Señor tu Dios para

que sean ministros suyos, y te den la bendición en su nombre, y por sentencia de ellos se decida todo negocio, y lo que es limpio o inmundo.

6 Y los ancianos de dicha ciudad irán donde está el cuerpo muerto, y lavarán sus manos sobre la ternera [4] que fue degollada en el valle, 7 y dirán: Nuestras manos no han derramado esta sangre: ni nuestros ojos lo han visto [5]; 8 sé propicio, ¡oh Señor!, a tu pueblo de Israel, a quien rescataste [6], y no le imputes la sangre inocente, derramada en medio de él. Con lo que no recaerá sobre ellos el reato del homicidio. 9 Y tú no quedarás responsable de esta efusión de sangre inocente, habiendo hecho lo mandado por el Señor.

La mujer cautiva y el primogénito

10 Si saliendo a pelear contra tus enemigos, el Señor Dios tuyo los entregare en tus manos, y los cautivares, 11 y vieres entre los cautivos una mujer hermosa [7], y enamorado de ella deseares tenerla por mujer, 12 la introducirás en tu casa; y se raerá el cabello, y cortará las uñas [8]; 13 y dejará el vestido con que fue hecha prisionera, y quedándose de asiento en tu casa, llorará un mes a su padre y a su madre; después de esto te juntarás con ella y tú serás su marido, y ella será mujer tuya. 14 Si andando el tiempo te desagradare, la despacharás libre; no podrás venderla por dinero [9] ni oprimirla con tiranía ya que la desfloraste.

15 Si un hombre tuviere dos mujeres, una amada y otra
desamada [10], y le parieren hijos, y el hijo de la desamada
fuere primogénito, 16 al tratar de repartir su hacienda en-
tre los hijos, no podrá hacer mayorazgo al hijo de la
querida [11], prefiriéndole al hijo de la malquista, o menos
amada; 17 sino que ha de reconocer por primogénito al hijo
de la malquista, y le dará de todos sus haberes porción
doble [12]: porque siendo el primero de sus hijos, a él le toca
el mayorazgo.

El hijo rebelde y el colgado

18 Si un hombre tuviere un hijo rebelde y
desvergonzado [13], que no atiende lo que manda el padre y
la madre, y castigado se resiste con desprecio a obedecer,
19 préndanlo y llévenlo ante los ancianos de su ciudad, y a
la puerta donde está el juzgado, 20 y les dirán: Este hijo
nuestro es desobediente y rebelde: hace burla de nuestras
reprensiones: pasa la vida en merendonas y en disolucio-
nes y convites [14]. 21 Entonces, dada la sentencia, morirá
apedreado por el pueblo de la ciudad: para que arranquéis
el escándalo de en medio de vosotros [15], y todo Israel
oyéndole tiemble.

22 Cuando un hombre cometiere delito de muerte, y sen-
tenciado a morir fuere colgado en un patíbulo [16], 23 no
permanecerá colgado su cadáver en el madero; sino que
dentro del mismo día será sepultado [17]: porque es maldito

de Dios el que está colgado del madero [18]; y tú por ningún acontecimiento has de manchar tu tierra, cuya posesión el Señor tu Dios te hubiere dado.

¿Sabías que?

El Rollo del Templo, hallado en la cueva 11 de Qumrán, es el más largo de los manuscritos del mar Muerto conservados: mide más de ocho metros. El arqueólogo Yigael Yadin lo consiguió en 1967, y hoy se guarda en el Santuario del Libro del Museo de Israel, en Jerusalén. Reescribe buena parte del Deuteronomio poniendo en primera persona las palabras de Dios, y en su columna 64 manda colgar «del madero» al traidor que entrega a su pueblo a una nación extranjera, para que muera: un testimonio de cómo se leía 21,22-23 poco antes de Jesús.

Los delitos castigados con la muerte en el Deuteronomio

Delito	Cita	Garantías y forma
Incitar a la idolatría	13,1-11	Lapidación; el denunciante tira primero (13,9)
Ciudad apóstata	13,12-18	Tras una investigación cuidadosa (13,14), anatema
Culto a otros dioses	17,2-7	Dos o tres testigos, que tiran la primera piedra
Rebeldía ante el tribunal	17,12	Contra la sentencia del tribunal del santuario
Falso profeta	18,20	Lo que anuncia en nombre de Dios no se cumple (18,22)
Asesinato	19,11-13	Sin asilo ni rescate posible (Nm 35,31)
Falso testimonio	19,16-21	Recibe la pena que buscaba para el otro
Hijo rebelde	21,18-21	Padre y madre de acuerdo, ante los ancianos
Esposa no virgen	22,20-21	Solo si se prueba; si es calumnia, se castiga al marido
Adulterio	22,22	Mueren los dos, el hombre y la mujer
Desposada en la ciudad	22,23-24	Los dos, si ella no pidió auxilio
Violación en el campo	22,25-27	Solo el hombre; la joven es inocente
Secuestro	24,7	Si vendió como esclavo a un israelita

Fuera del asesinato, son delitos contra Dios, contra la familia o contra la libertad; ninguno es un robo de cosas, y nunca muere el hijo por el padre (24,16). La Misná llama «destructor» al tribunal que ejecuta una vez en siete años (Makkot 1,10). Hoy la Iglesia enseña que la pena de muerte es inadmisible (Catecismo, n. 2267).

PARA PROFUNDIZAR

La pena de muerte en la Ley de Moisés

El Deuteronomio castiga con la muerte una docena de delitos (ver el cuadro al final del capítulo): la idolatría y la incitación a ella, la desobediencia al tribunal supremo, la falsa profecía, el asesinato, el falso testimonio en una causa capital, la rebeldía obstinada del hijo, varios delitos sexuales y el secuestro de personas. Casi todos atentan contra Dios, contra la vida, contra la familia o contra la libertad; ninguno es un robo de cosas, a diferencia de otros códigos antiguos. La forma habitual es la lapidación por la comunidad, y la fórmula que la acompaña dice su sentido: «arrancarás el mal de en medio de ti» (ver nota a 13,5): todo el pueblo respondía de la alianza.

La Ley rodea estas penas de garantías notables para su tiempo. Nadie puede ser condenado por un solo testigo (17,6; 19,15), y los testigos deben tirar la primera piedra, cargando con su palabra (17,7). Se exige una «exacta pesquisa» (19,18; ver 17,4), y el testigo falso sufre la pena que buscaba para el otro (19,19). Juzgan los ancianos o los jueces, en público, y los casos difíciles se llevan al santuario (17,8-9). Se distingue el asesinato del homicidio involuntario (19,1-13) y no se castiga a los hijos por los padres (24,16). Las garantías podían burlarse, como en el caso de Nabot, condenado con dos testigos comprados (1 Re 21,8-13), pero el principio estaba escrito.

La ley del hijo rebelde (21,18-21) es la que más hiere. No habla de un niño travieso, sino de un joven que rechaza toda corrección, malgasta en comilonas y borracheras y pone en peligro a una fa-

milia que vivía al día. Pero conviene ver lo que limita: el padre no puede actuar solo; padre y madre deben acudir juntos a los ancianos, que juzgan en público a la puerta de la ciudad. Otros pueblos antiguos, como la Roma primitiva, reconocían al padre un poder de vida y muerte sobre sus hijos; aquí esa decisión se le quita y pasa a la comunidad. Es un límite, aunque a nosotros nos parezca todavía terrible.

La tradición judía fue mucho más lejos. La Misná rodeó esta ley de tantas condiciones (una edad precisa, carne y vino robados al padre y consumidos fuera de casa, padres de acuerdo y sin defectos físicos) que la hizo prácticamente inaplicable (Sanedrín 8,1-4), y el Talmud llegó a decir: «nunca hubo ni habrá un hijo rebelde. ¿Por qué se escribió? Para que lo estudies y recibas recompensa» (Sanedrín 71a). La Misná llama «destructor» al tribunal que ejecuta a alguien una vez cada siete años; rabí Eleazar ben Azarías dice que una vez cada setenta, y rabí Tarfón y rabí Aquiba aseguran que, si ellos hubieran estado en el Sanedrín, nadie habría sido ejecutado (Makkot 1,10). No sabemos con qué frecuencia se aplicaron estas leyes en el Israel bíblico: los relatos mencionan muy pocas ejecuciones judiciales.

Jesús no discutió la ley en abstracto. Cuando le llevaron a una mujer sorprendida en adulterio, recordando que «Moisés nos mandó en la ley apedrear a tales mujeres» (Jn 8,5), aplicó a la conciencia de todos la regla de que los testigos tiraran primero: «el que de vosotros esté sin pecado, que le tire la primera piedra»; y a ella le dijo: «tampoco yo te condeno; vete, y no peques más» (Jn 8,7-11). San Agustín observó que san Pablo aplica la fórmula «arrancarás el mal» a la excomunión (1 Cor 5,13): «lo que

entonces hacía la muerte, lo hace ahora en la Iglesia la excomunión» (Cuestiones sobre el Heptateuco V,39).

La Iglesia lee hoy estas páginas dentro de la pedagogía de Dios, que admitió en la antigua alianza «elementos imperfectos y pasajeros» (Catecismo, n. 122). La Pontificia Comisión Bíblica pide reconocer «el carácter histórico» de esta legislación, superada por una comprensión de la justicia más respetuosa de los derechos de la persona, aunque las antiguas normas sigan señalando la gravedad de ciertos crímenes (Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura, 2014, n. 126). San Juan Pablo II escribió que los casos en que sería necesario eliminar al reo son «ya muy raros, por no decir prácticamente inexistentes» (Evangelium vitae 56), y desde 2018 el Catecismo enseña que «la pena de muerte es inadmisible, porque atenta contra la inviolabilidad y la dignidad de la persona» (n. 2267). Lo que permanece de la Ley de Moisés es su seriedad ante la vida, la fidelidad y Dios; el modo de defenderlas lo ha transformado el Evangelio.

PAUSA

1. Los ancianos de la ciudad más cercana se sentían responsables de un crimen que no habían cometido. ¿De qué males de tu entorno te «lavas las manos»?
2. El padre del hijo pródigo hizo lo contrario de lo que preveía la Ley. ¿A quién necesitas recibir con un abrazo en lugar de un juicio?
3. Cristo cargó con la maldición del madero. ¿Qué significa para ti que haya tomado sobre sí tu culpa?

Para orar. *Señor crucificado, que cargaste con nuestra maldición, enséñanos a perdonar y a proteger toda vida.*

22

El cuidado del prójimo y la honra del matrimonio

Un mosaico de leyes que van de lo cotidiano a lo trágico. La primera parte pide atención a lo ajeno y a lo frágil: devolver lo perdido, levantar al asno caído, dejar libre a la madre del nido, poner un pretil a la azotea, no mezclar semillas, animales ni tejidos (vv. 1-12). Las otras dos tratan del matrimonio y de los delitos sexuales: la esposa calumniada (vv. 13-21), y el adulterio, la desposada, la joven forzada y la mujer del padre (vv. 22-30). Algunas de estas leyes reflejan una sociedad muy lejana; otras parecen escritas para hoy.

Lo perdido y lo frágil

1 Cuando veas que un buey o una oveja de tu prójimo andan perdidos, no te pasarás de largo [1], sino que los conducirás a tu hermano. 2 Si dicho tu hermano no es vecino tuyo, ni le conoces, los recogerás en tu casa, y detendrás contigo mientras tu hermano los busca y los recobra. 3 Lo mismo harás con un asno, y con la ropa, y cualquiera otra cosa que hubiere perdido tu hermano [2]: si la hallares, no la dejes abandonada por ser cosa ajena. 4 Si vieres un asno o un buey de tu prójimo caídos en el camino, no pasarás sin hacer caso; sino que le ayudarás a levantarlos [3].

5 La mujer no se vista de hombre [4], ni el hombre se vista
de mujer; por ser abominable delante de Dios quien tal
hace.

6 Si yendo por un camino encontrares algún nido de pája-
ros en un árbol o en el suelo, y a la madre cobijando los po-
llitos o los huevos, no la cogerás con los hijos [5], 7 sino que
la dejarás que se vaya, contentándote con llevar los hijos;
para que te vaya bien a ti y vivas largo tiempo.

8 Cuando edificares casa nueva, harás alrededor del terra-
do un pretil [6], para que no se derrame sangre en tu casa, y
no seas culpable de la caída o precipicio de otro.

9 No sembrarás en tu viña diversas simientes [7]; porque así
la simiente que sembraste, como los frutos que nacen de la
viña, no quede todo inmundo con la mezcla. 10 No ararás
con yunta de buey y asno [8]. 11 No te vestirás ropa entretejida de lana y lino [9].

12 Pondrás a los cuatro cabos del manto o capa, con que te
cubres, unos cordoncillos o flecos [10] en las franjas.

La honra de la esposa

13 Si un hombre se casare con una mujer, y después disgus-
tado de ella 14 buscare pretextos para repudiarla,
infamándola [11], y diciendo: Yo tomé a ésta por mujer, y
juntándome con ella, no la he hallado virgen: 15 el padre y
la madre de ella la tomarán, y presentarán las señales de la

virginidad de su hija [12] en el tribunal de los ancianos a la
puerta de la ciudad; [16] y dirá el padre: Yo entregué a este
hombre mi hija por mujer; y porque la tiene ojeriza, [17] le
imputa un delito muy feo, diciendo: No he hallado virgen
a tu hija. Pues ved aquí las señales de la virginidad de mi
hija; y desplegarán la ropa delante de los ancianos de la
ciudad. [18] Y prenderán éstos al marido, si es culpable, y le
azotarán; [19] multándole además en cien siclos de plata, que
dará al padre de la muchacha, por haber infamado gravísi-
mamente a una virgen de Israel [13]: y la retendrá por mu-
jer; ni podrá repudiarla en todos los días de su vida.

[20] Mas si es verdad lo que le imputa, y la muchacha no fue
hallada virgen, [21] la echarán fuera de la casa de su padre, y
morirá apedreada por los vecinos de aquella ciudad [14],
por haber hecho tan detestable cosa en Israel, pecando o
prostituyéndose en casa de su mismo padre; y con esto
quitarás el escándalo de en medio de tu pueblo.

Adulterio y violencia

[22] Si un hombre pecare con la mujer de otro, ambos a dos
morirán, adúltero y adúltera [15], y quitarás el escándalo de
Israel.

[23] Si un hombre se desposó con una doncella virgen [16], y
otro solicitándola dentro de la ciudad durmiere con ella,
[24] sacarás a los dos a la puerta de la ciudad, y morirán ape-

dreados: la doncella porque no gritó, estando como estaba en la ciudad [17]; y el hombre porque deshonró a la mujer de su prójimo; con lo que quitarás el escándalo de en medio de ti.

25 Pero si el hombre halla en el campo a la doncella desposada, y la fuerza, él solo ha de morir [18]; 26 la doncella ninguna pena sufrirá, ni es culpada de muerte; porque así como un salteador se arroja sobre su hermano y le quita la vida, de la misma manera fue asaltada la doncella: 27 estaba sola en el campo: dio voces, y no apareció ninguno que la auxiliase.

28 Si un hombre hallare a una doncella virgen que no está desposada, y forzándola la desflora, y se pone la cosa en tela de juicio, 29 dará el agresor al padre de la doncella cincuenta siclos de plata [19], y la tomará por mujer, porque la desfloró: ni podrá repudiarla en todos los días de su vida.

30 Ningún hombre tomará por mujer a la de su padre [20], ni le hará este desacato.

¿Sabías que?

El Talmud cuenta que Elisá ben Abuyá, uno de los grandes maestros de comienzos del siglo II, perdió la fe, según una de las versiones, al ver morir a un muchacho que, por orden de su padre, había subido a buscar unos pichones y había dejado ir a la madre del nido: acababa de cumplir a la vez dos leyes que prometen «larga vida», la del nido y la de honrar a los padres, y cayó. Desde entonces lo llamaron Ajer, «el otro». Su nieto, rabí Jacob, sacó la conclusión contraria: la vida larga prometida es la del mundo futuro (Quidushín 39b).

PAUSA

1. «No te pasarás de largo». ¿Ante qué necesidades de tu entorno te has acostumbrado a mirar hacia otro lado?
2. El pretil protegía a los demás de un peligro que el dueño podía evitar. ¿Qué «pretiles» tendrías que poner en tu casa, en tu trabajo o en tu manera de conducir?
3. ¿Defiendes la buena fama de los demás cuando alguien los calumnia?

Para orar. *Señor, dame ojos para ver lo que se ha perdido y manos para levantar al caído.*

23

La asamblea del Señor y el campamento santo

El capítulo reúne leyes de pertenencia, de pureza y de buena convivencia. Primero, quién puede entrar en la «iglesia o pueblo del Señor», la asamblea de Israel: se excluye al eunuco, al bastardo, a los amonitas y a los moabitas, y se acoge al idumeo y al egipcio (vv. 1-8). Después, la limpieza del campamento en tiempo de guerra, porque el Señor camina en medio de él (vv. 9-14). Por último, leyes diversas: el esclavo fugitivo, la prostitución, el préstamo con interés, los votos y lo que se puede comer al pasar por el campo ajeno (vv. 15-25). La misma Biblia abrirá después algunas de estas puertas cerradas.

La asamblea del Señor

1 El eunuco [1], cuyas partes han sido majadas, cercenadas o
cortadas, no entrará en la iglesia o pueblo del Señor [2].
2 Tampoco el bastardo, esto es, el nacido de mujer
prostituta [3], podrá entrar en la iglesia del Señor, hasta la
décima generación.

3 Los amonitas y los moabitas no entrarán jamás [4] en la
iglesia del Señor, ni aun después de la décima generación:
4 porque no quisieron socorreros en el viaje, negándoos el
pan y el agua [5] cuando salisteis de Egipto, y porque sobornaron contra ti a Balaam, hijo de Beor, de la Mesopotamia

de Siria, para que te maldijese. 5 Aunque no quiso el Señor
Dios tuyo oír a Balaam; antes porque te amaba convirtió
su maldición en bendición tuya [6]. 6 Con estos pueblos no
harás paz [7]; ni les procurarás bienes jamás en todos los
días de tu vida.

7 No tendrás en abominación al idumeo, pues que es her-
mano tuyo [8]; ni al egipcio, pues fuiste peregrino en su tie-
rra. 8 Los descendientes de éstos entrarán a la tercera ge-
neración en la iglesia o pueblo del Señor.

La limpieza del campamento

9 Cuando salieres a campaña contra tus enemigos, te guar-
darás de toda acción mala [9]. 10 Si hubiere alguno entre vo-
sotros que se haya hecho inmundo a causa de algún sueño
nocturno [10], saldrá fuera del campamento, 11 y no volverá
hasta que por la tarde se haya lavado con agua y puesto el
sol regresará a los reales.

12 Señalarás un lugar fuera del campamento, a donde vayas
a hacer tus necesidades naturales, 13 llevando un palo pun-
tiagudo en el cinto [11] con el cual harás un hoyo, cubriendo
después con la tierra sacada el excremento. 14 Porque el Se-
ñor Dios tuyo anda en medio del campamento [12], para li-
brarte, y entregar en tus manos a los enemigos; y así tus
campamentos deben estar limpios, y no se debe ver en
ellos cosa sucia, porque el Señor no te abandone.

Leyes diversas

15 No entregarás a su dueño el esclavo que a ti se
acogiere [13]. 16 Habitará contigo en el lugar que gustare y
vivirá tranquilo en una de tus ciudades, sin que lo inquie-
tes.

17 No haya entre las hijas de Israel ninguna ramera [14]; ni
hombre fornicador entre los hijos de Israel. 18 No ofrecerás
en la casa de tu Señor Dios para cumplir cualquier voto
que hayas hecho la paga de la prostitución, ni el precio del
perro [15], por ser el uno y el otro abominable en la presen-
cia del Señor Dios tuyo.

19 No prestarás a usura a tu hermano [16] ni dinero, ni gra-
nos, ni otra cualquiera cosa; 20 sino solamente a los extran-
jeros. Mas a tu hermano le has de prestar sin usura lo que
necesita; para que te bendiga el Señor Dios tuyo en todo
cuanto pusieres mano en la tierra que vas a poseer.

21 Cuando hicieres algún voto al Señor Dios tuyo [17], no re-
tardarás el cumplirlo; porque tu Señor Dios te lo deman-
dará: y si lo retardares, te será imputado a pecado. 22 Si no
llegares a prometer o hacer el voto, no habrá en ti culpa.
23 Pero lo que una vez salió de tus labios, lo has de cumplir
y ejecutar como lo prometiste al Señor Dios tuyo; puesto
que de tu propia voluntad lo has hecho, y con tu misma
boca lo has pronunciado.

[24] Si entrares en la viña de tu prójimo, come cuantas uvas quisieres, mas no te lleves ninguna [18]. [25] Si entras en el sembrado de tu amigo o prójimo, podrás cortar espigas y desgranarlas con la mano [19]; mas no echar en ellas la hoz.

¿Sabías que?

El primer concilio ecuménico, el de Nicea (325), además de confesar la divinidad de Cristo, dedicó uno de sus cánones al préstamo con interés: el canon 17 manda deponer a los clérigos que presten con usura, y cita el Salmo 15,5, que alaba a quien «no presta su dinero a usura». Durante siglos la Iglesia prohibió cobrar intereses por un préstamo, y Benedicto XIV lo reafirmó en la encíclica Vix pervenit (1745). Con los cambios de la economía, la reflexión moral distinguió después entre el interés justo y la usura, que el Catecismo sigue condenando (n. 2269).

PAUSA

1. Isaías y los Hechos abrieron la asamblea al eunuco, y Rut entró en el pueblo de Dios. ¿A quién dejas tú fuera de tu «asamblea»?
2. Israel debía recordar con gratitud la hospitalidad de Egipto. ¿Qué bien recibido de alguien que también te hizo daño podrías agradecer?
3. ¿Cumples lo que prometes, a Dios y a los demás?

Para orar. *Señor, que me convocas en tu Iglesia, haz que nadie se sienta extranjero entre nosotros.*

24

El repudio, la prenda y el jornal del pobre

Leyes de familia y de justicia social. El capítulo empieza con el repudio: el marido que despide a su mujer con escritura no puede volver a tomarla si ella se ha casado con otro (vv. 1-4), y el recién casado queda libre un año de la guerra (v. 5). Siguen leyes que protegen al débil: la muela de molino, el secuestro, la lepra, la prenda del pobre, el jornal del mismo día y la responsabilidad personal (vv. 6-16). Termina con el forastero, el huérfano y la viuda: la gavilla olvidada, las aceitunas y los racimos que quedan son para ellos, «porque fuiste esclavo en Egipto» (vv. 17-22).

El repudio y el recién casado

1 Si un hombre toma una mujer, y después de haber cohabitado con ella, viniere a ser mal vista de él por algún vicio
notable [1], hará una escritura de repudio [2], y la pondrá en
mano de la mujer, y la despedirá de su casa. 2 Si después de
haber salido toma otro marido, 3 y éste también concibiere
aversión a ella, y la diere escritura de repudio, y la despidiere de su casa, o bien si él viene a morir; 4 no podrá el
primer marido volverla a tomar por mujer [3]; pues quedó
amancillada y hecha abominable delante del Señor; no su-

fras que con un tal pecado sea contaminada la tierra, cuya posesión te ha de dar el Señor Dios tuyo.

5 Cuando un hombre acaba de casarse no ha de ir a la guerra, ni se le impondrá cargo público; sino que se le permitirá emplearse enteramente en atender a su casa, y pasar un año en paz y alegría con su esposa [4].

La prenda y el jornal

6 No tomarás en prenda muela de molino [5], sea la de arriba o la de abajo; porque el que eso te ofrece, te empeña lo necesario para su propia vida.

7 Si fuere cogido un hombre que sonsacando a su hermano [6] de entre los hijos de Israel, le haya vendido como esclavo y recibido el precio, será castigado de muerte, y con eso desterrarás la maldad de en medio de tu pueblo.

8 Guárdate bien de incurrir o de merecer la plaga o azote de la lepra; a cuyo fin has de hacer todo lo que te enseñaren los sacerdotes del linaje de Leví, conforme a lo que les tengo mandado, y ejecútalo puntualmente. 9 Acordaos de lo que hizo el Señor Dios vuestro con María [7], en el viaje, después que salisteis de Egipto.

10 Cuando vayas a cobrar de tu prójimo alguna deuda, no entres en su casa para tomarle prenda; 11 sino que te quedarás afuera, y él te sacará lo que tuviere [8]. 12 Mas si es po-

bre, no pernoctará la prenda en tu casa; 13 sino que se la
restituirás antes que se ponga el sol [9], para que durmiendo en su ropa, te bendiga, y tengas mérito delante del Señor Dios tuyo [10].

14 No negarás el jornal a tu hermano menesteroso y pobre,
o al forastero que mora contigo en la tierra y dentro de tus
ciudades; 15 sino que le pagarás en el mismo día [11] antes de
ponerse el sol el salario de su trabajo, porque es un pobre y
con eso sustenta su vida: no sea que clame contra ti al Señor, y se te impute a pecado.

16 No se hará morir a los padres por los hijos, ni a los hijos
por sus padres, sino que cada uno morirá por su pecado [12].

El forastero, el huérfano y la viuda

17 No harás injusticia al extranjero ni al huérfano [13], ni to-
marás a la viuda su ropa en prendas [14]. 18 Acuérdate que
fuiste esclavo en Egipto [15], y que el Señor Dios tuyo te libertó de allí. Por cuya razón te mando que hagas esto:

19 cuando segares las mieses en tu campo, y por descuido
dejares una gavilla [16], no vuelvas atrás a cogerla, sino que
la dejarás para que se la lleve el forastero, el huérfano y la
viuda; para que el Señor tu Dios te bendiga en todas las
obras de tus manos. 20 Cuando cojas las aceitunas, no vuel-
vas a recoger las que quedaren en los árboles [17]; sino que

las has de dejar para el forastero, el huérfano y la viuda.
21 Cuando vendimiares tu viña, no has de rebuscar los racimos que quedan; sino que cederán en utilidad del forastero, del huérfano y de la viuda 18. 22 Acuérdate que tú también fuiste esclavo en tierra de Egipto, y por lo mismo te mando yo que hagas esto.

¿Sabías que?

En 1960 apareció en Mesad Hashavyahu, una pequeña fortaleza junto a la costa, cerca de Yavné-Yam, un óstracon, un fragmento de cerámica escrito con tinta, de finales del siglo VII a. C. Es la súplica de un segador a un funcionario: cuenta que había cumplido su trabajo y que un tal Hoshayahu le había quitado el manto, y pide que se lo devuelvan; sus compañeros, dice, pueden atestiguar que no ha hecho nada malo. Es uno de los raros testimonios directos de un pobre del antiguo Israel, y deja ver por qué la Ley protegía el manto del jornalero (24,12-13).

Leyes del Deuteronomio en el Nuevo Testamento

Ley	Cita	En el Nuevo Testamento
Dos o tres testigos	19,15	Mt 18,16; Jn 8,17; 2 Cor 13,1; 1 Tim 5,19; Heb 10,28
Ojo por ojo	19,21	«No resistáis al que os hace mal» (Mt 5,38-39)
El colgado del madero	21,22-23	«Hecho maldición por nosotros» (Gál 3,13); Hch 5,30; Jn 19,31
Los flecos del manto	22,12	La orla que toca la enferma (Mt 9,20; 14,36); Mt 23,5
«Arrancarás el mal»	22,21.24; 24,7	«Arrojad al malvado de entre vosotros» (1 Cor 5,13)
Cumplir los votos	23,21-23	«No juréis en absoluto» (Mt 5,33-37)
Espigas ajenas	23,25	Los discípulos arrancan espigas en sábado (Mt 12,1-8)
Escritura de repudio	24,1-4	«Por la dureza de vuestro corazón» (Mt 19,7-8; 5,31-32; Mc 10,4)
El jornal del día	24,14-15	El salario defraudado clama (Sant 5,4); Mt 20,8
Cuarenta azotes	25,3	«Cuarenta azotes menos uno», cinco veces (2 Cor 11,24)
El buey que trilla	25,4	El derecho del apóstol a vivir del Evangelio (1 Cor 9,9; 1 Tim 5,18)
El levirato	25,5-6	La pregunta de los saduceos (Mt 22,24; Mc 12,19; Lc 20,28)

Jesús no vino a abolir la Ley, sino a darle plenitud (Mt 5,17): a veces la confirma, como en los testigos; a veces la supera, como en el talión, el repudio y los juramentos. Pablo lee alguna en sentido espiritual: «¿acaso se preocupa Dios de los bueyes?» (1 Cor 9,9).

PARA PROFUNDIZAR

El huérfano, la viuda y el forastero

Tres figuras recorren el Deuteronomio como un estribillo: el forastero, el huérfano y la viuda. Aparecen juntos en once versículos, desde 10,18 hasta la maldición de 27,19, a menudo con el levita, que tampoco tenía tierra. El forastero (guer) es el extranjero que vive en el país sin propiedad ni parientes; el huérfano (yatom), el niño sin padre; la viuda (almaná), la mujer sin marido que la defienda. En una sociedad organizada por la tierra y la familia, eran los que no tenían quien respondiera por ellos: los primeros atropellados en un juicio, en una deuda o en un mal año.

La Ley no se limita a recomendar compasión: crea derechos. Su motivo es doble. Ante todo, el modo de ser de Dios, que «hace justicia al huérfano y a la viuda, ama al extranjero, y le da sustento y vestido»: por eso Israel debe amar al extranjero (10,18-19). Y luego la memoria: «acuérdate que fuiste esclavo en Egipto» (24,18.22). Israel debe tratar al débil como Dios lo trató cuando él no era nadie. Haber sufrido la opresión no autoriza a oprimir; obliga a proteger.

Las leyes son concretas. No se puede torcer el derecho del forastero y del huérfano, ni tomar en prenda la ropa de la viuda (24,17); el jornal del pobre se paga el mismo día (24,14-15), y su prenda se devuelve antes de la noche (24,12-13); la gavilla olvidada, las aceitunas y los racimos que quedan son para ellos (24,19-21); cada tres años, el diezmo se reparte en las ciudades «para que coman y se sacien» (14,28-29; 26,12); en las fiestas se sientan a la mesa con la familia (16,11.14). El libro de Rut muestra

estas leyes en acción: una viuda extranjera espiga en el campo de Booz y llega a ser bisabuela de David y antepasada de Jesús (Rut 2; 4,17; Mt 1,5).

Proteger al huérfano y a la viuda era un ideal compartido en el antiguo Oriente. Hammurabi cierra su código diciendo que lo escribió «para que el fuerte no oprima al débil» y para hacer justicia al huérfano y a la viuda, y el poema de Aqhat, de Ugarit, presenta al legendario Danel sentado a la puerta de la ciudad, juzgando la causa de la viuda y el pleito del huérfano. Pero allí era la gloria del rey o del jefe. En el Deuteronomio es tarea de cada israelita, del campesino que siega su campo o vendimia su viña, y el rey mismo está sometido a la ley (17,18-20). El forastero, además, recibe en Israel una protección que apenas tiene en esos textos.

Los profetas hicieron de la tríada la piedra de toque de la fidelidad: «buscad el derecho, socorred al oprimido, defended al huérfano, abogad por la viuda» (Is 1,17; Jr 7,6; Zac 7,10; Mal 3,5). El Nuevo Testamento la hereda. Jesús devuelve su hijo a la viuda de Naín (Lc 7,11-17), denuncia a los que «devoran las casas de las viudas» y alaba la ofrenda de la viuda pobre (Mc 12,40-44), y se identifica con el extranjero: «fui forastero y me acogisteis» (Mt 25,35). La primera comunidad elige a los Siete para que las viudas no queden desatendidas (Hch 6,1-6), y Santiago resume: la religión pura consiste en «visitar a los huérfanos y a las viudas en su tribulación» (Sant 1,27).

La Iglesia recoge esta herencia. El Catecismo enumera estas leyes, el préstamo sin interés, la prenda devuelta, el jornal diario,

el derecho de rebusca, como respuesta a la exhortación del Deuteronomio a abrir la mano al pobre (n. 2449; Dt 15,11); cuenta entre los pecados que «claman al cielo» el lamento del extranjero, de la viuda y del huérfano y la injusticia con el asalariado (n. 1867), y pide a las naciones prósperas acoger al extranjero que busca seguridad (n. 2241). El papa Francisco cita 24,21-22 como raíz bíblica del deber de acoger al migrante (Fratelli tutti 61). La Ley promete al que deja la gavilla olvidada que «el Señor tu Dios te bendiga en todas las obras de tus manos» (24,19): la bendición de Dios pasa por las manos del pobre.

PAUSA

1. Jesús recordó que el repudio se permitió «por la dureza del corazón». ¿Qué durezas tuyas ponen en riesgo tus relaciones más cercanas?
2. ¿Pagas a tiempo y con justicia a quienes trabajan para ti?
3. ¿Qué «gavilla» podrías dejar esta semana para alguien que lo necesita?

Para orar. *Señor, que me acuerde de todo lo que me has dado y sepa dejar siempre un margen para el pobre.*

25

El hermano, las pesas justas y Amalec

El código de leyes que empezó en el capítulo 12 se acerca a su fin con un puñado de normas sueltas, unidas por una palabra que vuelve una y otra vez: «tu hermano». El capítulo tiene cuatro partes: la justicia con el culpable y con el animal que trabaja (vv. 1-4); el levirato, que impide que se borre el nombre del hermano muerto sin hijos (vv. 5-10); la mujer en la riña y las pesas justas (vv. 11-16), y el recuerdo de Amalec (vv. 17-19). El contraste final es fuerte: el nombre del hermano no debe borrarse; el de Amalec, sí.

El culpable y el buey

1 Si hubiere pleito entre algunos, y recurrieren a los jueces,
adjudicarán éstos la palma de la justicia [1] al que conocie-
ren claramente que la merece; y al que vieren que es impío
o injusto, le condenarán por la impiedad o injusticia. 2 Que
si juzgaren ser el delincuente merecedor de azotes, lo
mandarán tender en el suelo, y lo harán azotar en su pre-
sencia. A medida del delito será también el número de
azotes [2]; 3 con tal que no pasen de cuarenta [3]; a fin de que
tu hermano no salga a tu vista ignominiosamente llagado.
4 No pondrás bozal al buey que trilla [4] tus mieses en la
era.

La ley del levirato

5 Si vivieren juntos dos hermanos, y uno de ellos muriere
sin hijos, la mujer del difunto no se casará con ningún
otro que con el hermano de su marido [5], el cual la tomará
por mujer, y dará sucesión a su hermano; 6 y al primogéni-
to que de ella tuviere, le pondrá el nombre del otro her-
mano, o será reputado por hijo de él [6], a fin de que no se
borre su nombre en Israel.

7 Mas si no quisiere recibir por mujer a la de su hermano,
que por ley debe ser suya, irá dicha mujer a la puerta de la
ciudad, donde está el juzgado [7], y querellándose a los an-
cianos, dirá: El hermano de mi marido no quiere resucitar
el nombre de su hermano [8] en Israel, ni tomarme por mu-
jer. 8 Al punto lo harán citar y lo examinarán. Si respon-
diere: No quiero tomarla por mujer, 9 entonces se llegará a
él la mujer en presencia de los ancianos, y le quitará del
pie el calzado, y le escupirá en el rostro [9], diciendo: Así se
ha de tratar a un hombre que no hace revivir el nombre de
su hermano. 10 Y su casa será llamada en Israel casa del
descalzado [10].

La mano y la bolsa

11 Si riñeren entre sí dos hombres, y el uno empezare a lu-
char con el otro, y queriendo la mujer del uno librar a su
marido de las manos del más fuerte, metiere la mano y le

agarrare por sus vergüenzas, [12] harás cortar la mano de la mujer [11], sin moverte a compasión alguna por ella.

[13] No tendrás en tu bolsa diferentes pesas, unas mayores y otras menores [12] o defectuosas; [14] ni habrá en tu casa pesas mayor y menor [13]. [15] Tu peso será justo y fiel, y la pesa cabal y entera; para que vivas largo tiempo en la tierra, que el Señor Dios tuyo te dará; [16] pues tu Señor Dios abomina de aquel que hace tales cosas [14]; y aborrece toda injusticia.

Acuérdate de Amalec

[17] Acuérdate de lo que hizo contigo Amalec [15] en el viaje, cuando saliste de Egipto; [18] cómo te asaltó, acuchillando a los últimos de tu ejército, que cansados se quedaban atrás [16], estando tú muerto de hambre y de trabajos, y no tuvo temor de Dios. [19] Luego, pues, que el Señor Dios tuyo te diere reposo, y te sujetare todas las naciones del contorno en la tierra que te ha prometido, raerás el nombre de Amalec de debajo del cielo [17]. Mira que no lo olvides.

¿Sabías que?

Los arqueólogos han encontrado en Judá centenares de pesas de piedra caliza de los siglos VIII y VII a. C., pequeñas y con forma de cúpula. Muchas llevan grabado un signo que indica el siclo y un número escrito con cifras egipcias. Al pesarlas hoy se ve que el siclo de Judá pesaba algo más de once gramos, y que las pesas del mismo valor no siempre coinciden del todo. Son las «piedras» de la bolsa de las que habla el v. 13.

PAUSA

1. El castigo no debía humillar a «tu hermano». ¿Cómo tratas a quien se equivocó contigo, aun cuando tienes razón?
2. Las pesas falsas se esconden en la bolsa. ¿Hay alguna «pesa doble» en tu trabajo, en tus cuentas o en tu manera de juzgar a los demás?
3. Amalec atacó a los rezagados. ¿Quiénes se quedan atrás a tu alrededor, y cómo puedes cuidarlos?

Para orar. *Señor, justo y fiel, dame un corazón honrado en lo pequeño y atento a los que se quedan atrás en el camino.*

26

Las primicias y el credo de Israel

Con dos ritos y una alianza termina el código de leyes que empezó en el capítulo 12. Primero, la ofrenda de las primicias en el santuario, acompañada de una confesión de fe que resume la historia de Israel, desde el padre arameo hasta la tierra que mana leche y miel (vv. 1-11). Después, la declaración del que ha entregado el diezmo de los pobres (vv. 12-15). Por fin, el «hoy» de la alianza: Israel ha elegido al Señor, y el Señor ha elegido a Israel (vv. 16-19). Son palabras para decir en primera persona: aquí el creyente no solo escucha la ley, la reza.

Las primicias y el credo

1 Cuando hubieres entrado en la tierra [1] cuya posesión te
dará el Señor Dios tuyo, y la hayas obtenido, y habitares ya
en ella, 2 separarás las primicias de todas tus cosechas, y
las meterás en una banasta [2], e irás al lugar que el Señor
Dios tuyo hubiere escogido para establecer allí su culto, 3 y
te presentarás al sacerdote que fuere por entonces, y le di-
rás: Yo confieso en este día [3] delante del Señor Dios tuyo
que he entrado en la tierra que juró a nuestros padres que
nos daría. 4 Entonces el sacerdote recibiendo la banasta de
tu mano, la pondrá delante del altar [4] del Señor Dios tuyo,

5 y tú dirás en presencia del Señor tu Dios: Labán el sirio
procuraba destruir a mi padre Jacob [5]; el cual descendió
después a Egipto, y estuvo allí como extranjero con poquí-
simas personas [6]; mas luego creció hasta formar una na-
ción grande y robusta, y de infinita gente. 6 Pero los egip-
cios nos oprimieron [7] y persiguieron, imponiéndonos
cargas pesadísimas; 7 por lo que clamamos al Señor Dios
de nuestros padres; el cual nos oyó, y volvió los ojos para
mirar nuestro abatimiento [8], y nuestros trabajos y angus-
tias; 8 y nos sacó de Egipto con mano fuerte, y brazo
poderoso [9], con gran terror, y con señales y portentos, 9 y
nos introdujo en este país, entregándonos esta fertilísima
tierra que mana leche y miel.

10 Y por eso ofrezco ahora las primicias de los frutos de la
tierra [10] que me dio el Señor. Dicho esto, las dejarás en la
presencia del Señor Dios tuyo; y después de haber adorado
a tu Señor Dios, 11 celebrarás un banquete comiendo de to-
dos los bienes que te hubiere dado el Señor Dios tuyo a ti y
a tu familia, tú, y el levita, y el forastero que está
contigo [11].

El diezmo de los pobres

12 Cuando hubieres completado o acabado de dar el diezmo
de todos tus frutos, darás, cada tres años, el diezmo
peculiar [12] al levita y al forastero, y al huérfano y a la viu-
da, para que coman y se sacien dentro de tus ciudades. 13 Y

dirás en presencia del Señor Dios tuyo: Yo he tomado de
mi casa lo que fue consagrado al Señor [13], y dádolo al levi-
ta y al forastero, y al huérfano y a la viuda, como me tienes
mandado: no he traspasado tus mandamientos, ni olvidá-
dome de tus preceptos. [14] Nada he comido de estas cosas en
mis lutos, ni las separé en ocasión de alguna inmundicia,
ni he empleado nada de ellas en funerales [14]. He obedeci-
do a la voz del Señor Dios mío, y lo he ejecutado todo como
me mandaste. [15] Vuelve los ojos desde tu santuario, y desde
la excelsa morada de los cielos [15], y echa la bendición so-
bre tu pueblo de Israel, y sobre la tierra que nos has dado,
conforme juraste a nuestros padres, tierra que mana leche
y miel.

Hoy, tu Dios; tú, su pueblo

[16] Hoy te ha mandado el Señor tu Dios que observes estos
mandamientos y leyes; y que los guardes y cumplas con
todo tu corazón y toda tu alma. [17] Tú, renovando la alian-
za, has elegido hoy al Señor [16] para que sea tu Dios, y tú si-
gas sus caminos, y practiques sus ceremonias, y preceptos
y leyes, y obedezcas a su imperio. [18] Y asimismo el Señor te
ha escogido hoy nuevamente para que seas un pueblo pe-
culiar suyo [17], como te lo tiene dicho, y guardes todos sus
mandamientos; [19] y él, para loor y nombradía, y gloria
suya [18], te haga la nación más ilustre de cuantas naciones

ha creado, y seas el pueblo santo del Señor Dios tuyo, conforme lo tiene prometido.

¿Sabías que?

La Misná describe la peregrinación de las primicias a Jerusalén: delante iba un buey con los cuernos dorados y una corona de olivo, una flauta tocaba durante el camino, y al entrar en la ciudad los artesanos se ponían de pie para saludar a los peregrinos (Bikkurim 3,3). Cuenta también que al principio cada uno recitaba el credo de 26,5-10 si sabía hacerlo, y a los demás se lo dictaban; pero como los que no sabían dejaron de venir por vergüenza, se decidió dictárselo a todos (Bikkurim 3,7).

«Un arameo errante»: las lecturas de 26,5

Versión	Texto	Sentido
Hebreo	אֲרַמִּ֣י אֹבֵ֣ד אָבִ֔י· arammí obed abí	«Un arameo errante (o a punto de perecer) era mi padre»: Jacob, quizá Abrahán
Septuaginta	«Mi padre abandonó Siria» (Syrían apébalen ho patér mou)	El patriarca dejó Aram y bajó a Egipto
Onquelos	«Labán el arameo quiso destruir a mi padre»	El targum lee obed como «hacer perecer»: el enemigo es Labán
Hagadá	«Ve y aprende lo que quiso hacer Labán el arameo a nuestro padre Jacob»	Labán, peor que el faraón: este condenó a los varones; aquel quiso arrancarlo todo
Rashi	Labán quiso exterminar a todo el pueblo	Dios le cuenta la intención como si la hubiera cumplido
Vulgata	Syrus persequebatur patrem meum	«El sirio perseguía a mi padre»
Torres Amat	«Labán el sirio procuraba destruir a mi padre Jacob»	Sigue la Vulgata y la tradición judía, y añade los nombres
Hoy	«Mi padre era un arameo errante»	Vuelve al hebreo: Israel nace de un emigrante sin tierra

«Arameo» y «sirio» son lo mismo: Aram es el nombre antiguo de Siria y de la alta Mesopotamia, donde vivía Labán (Gn 28,5). El verbo hebreo abad significa «perecer» o «andar perdido», como la oveja perdida del Sal 119,176. La Misná manda comentar este pasaje en la cena de Pascua (Pesajim 10,4), y la Iglesia lo proclama el 1.er domingo de Cuaresma del ciclo C (Dt 26,4-10).

PARA PROFUNDIZAR

«Un arameo errante fue mi padre»: el credo de Israel

Una vez al año, cuando maduraban las cosechas, el israelita subía al santuario con una cesta de primicias. Antes de dejarla junto al altar tenía que decir unas palabras que Moisés le pone en la boca (26,5-10). No es una oración sobre el trigo o las uvas, sino una historia en cinco tiempos: un antepasado errante y una familia pequeña, la opresión en Egipto, el clamor escuchado, la salida «con mano fuerte, y brazo poderoso» y la entrada en una tierra que mana leche y miel. Solo al final aparece la cesta: «por eso ofrezco ahora las primicias». La gratitud nace de la memoria. Y a mitad del relato cambia el sujeto: «mi padre» bajó a Egipto, pero a «nosotros» nos oprimieron y a «nosotros» nos sacó el Señor. El campesino que habla siglos después se cuenta entre los esclavos liberados.

En 1938, el exegeta alemán Gerhard von Rad llamó a este texto un «pequeño credo histórico», junto con 6,20-24 y Jos 24,2-13. Pensaba que eran fórmulas muy antiguas, recitadas en los santuarios, y que alrededor de ellas había crecido la gran narración que va del Génesis a Josué; le llamaba la atención, además, que no mencionaran el Sinaí. Hoy muchos estudiosos piensan que el lenguaje de este credo es el del propio Deuteronomio y que no es tan antiguo como él creía, y su teoría sobre la formación del Pentateuco se discute mucho. Pero von Rad vio algo que permanece: Israel confiesa su fe contando una historia. A su Dios no lo conoce primero por definiciones, sino por lo que ha hecho.

Las primeras palabras, arammí obed abí, se han leído de maneras distintas (ver el cuadro). Muchas traducciones modernas entienden «mi padre era un arameo errante», o «a punto de perecer»: Jacob, que vivió veinte años en Aram y bajó a Egipto empujado por el hambre. Israel empieza su credo recordando que su antepasado fue un emigrante sin tierra, y que la tierra que ahora pisa es un regalo. La tradición judía leyó «un arameo quiso destruir a mi padre», y pensó en Labán; la Hagadá de Pascua llega a decir que Labán fue peor que el faraón, porque el faraón solo condenó a los varones, y Labán quiso arrancarlo todo. La Vulgata y Torres Amat siguen esta segunda línea. Las dos lecturas coinciden en lo esencial: el credo empieza por la fragilidad, no por la gloria.

La Misná manda que en la cena de Pascua el padre explique a su hijo la salida de Egipto empezando por la vergüenza y terminando por la gloria, y comentando este pasaje desde «un arameo…» hasta el final (Pesajim 10,4). Así lo hace todavía la Hagadá, frase por frase. El credo de las primicias quedó en el centro de la noche de Pascua, la noche en que Jesús instituyó la Eucaristía.

La Iglesia lee 26,4-10 el primer domingo de Cuaresma del ciclo C, junto con el Salmo 91, la confesión de fe de Rom 10,8-13 («si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor…») y las tentaciones de Jesús en el desierto, que responde al diablo con palabras del Deuteronomio. También los credos cristianos son historias: «Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; fue sepultado y resucitó al tercer día» (1 Cor 15,3-4); Pedro resume en casa de Cornelio la vida de Jesús desde el bautismo de Juan hasta la resurrección (Hch 10,37-43); el Credo de los Apóstoles confiesa que

«nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato». El Catecismo llama anámnesis a este recordar: la liturgia «hace memoria» de las maravillas de Dios (n. 1103), y el memorial, como la Pascua de Israel, hace esos acontecimientos «en cierta forma, presentes y actuales» (n. 1363).

Las primicias tienen también su cumplimiento. San Pablo llama a Cristo resucitado «primicia de los que durmieron» (1 Cor 15,20), y Santiago dice que Dios nos engendró para que fuéramos como las primicias de sus criaturas (Sant 1,18). En cada misa, el pan y el vino, «fruto de la tierra y del trabajo del hombre», repiten el gesto del agricultor: devolver a Dios lo que de él se ha recibido, con una historia de salvación en los labios. Y, como en 26,11, todo termina en una mesa compartida.

PAUSA

1. El credo de Israel empieza con un emigrante que lo había perdido casi todo. ¿Qué historia de tu familia te recuerda que lo que tienes es un don?
2. El agricultor ofrecía lo primero, no lo que sobraba. ¿Qué «primicias» de tu tiempo, de tu dinero o de tu día das a Dios?
3. «Mi padre… nos sacó». ¿Podrías contar tu fe como la historia de lo que Dios ha hecho por ti?

Para orar. *Señor, que me sacaste de tantas esclavitudes, recibe las primicias de mi vida y enséñame a compartirlas con los pobres.*

27

Las piedras del Hebal y las doce maldiciones

El discurso de Moisés se interrumpe: un narrador lo presenta junto con los ancianos y después con los sacerdotes, dando órdenes para el día en que Israel cruce el Jordán. El capítulo tiene tres partes: las grandes piedras enlucidas con la ley y el altar del monte Hebal (vv. 1-8); la proclamación «hoy has sido constituido pueblo del Señor» (vv. 9-10), y la liturgia de los dos montes, con las doce maldiciones que pronuncian los levitas y que el pueblo confirma con su «Amén» (vv. 11-26). Josué lo cumplirá en Jos 8,30-35. El v. 25, perdido en la transcripción, se ha recuperado.

Las piedras y el altar del Hebal

1 Y Moisés con los ancianos de Israel [1], ordenó al pueblo,
diciendo: Guarda todos los mandamientos que te comunico hoy. 2 Y pasado que hubieres el Jordán, y entrado en la
tierra que te dará tu Señor Dios, erigirás unas grandes piedras que alisarás o encostrarás con cal [2], 3 a fin de poder
escribir en ellas todas las palabras de esta ley [3], pasado que hayas el Jordán para entrar en la tierra que te dará el
Señor Dios tuyo, tierra que mana leche y miel, conforme lo tiene jurado a tus padres.

4 Cuando, pues, hubiereis pasado el Jordán, erigid las piedras que hoy os mando, en el monte Hebal [4], alisándolas
con una capa de cal. 5 Y levantarás también allí un altar al
Señor tu Dios, de piedras que no haya tocado el hierro [5],
6 de piedras toscas y sin labrar, y ofrecerás encima de ellas
holocaustos al Señor Dios tuyo. 7 Y sacrificarás hostias
pacíficas [6], de que comerás allí, celebrando un banquete
en presencia del Señor tu Dios. 8 Y escribirás en dichas piedras todas las palabras de esta ley, con distinción y
claridad [7].

Hoy eres el pueblo del Señor

9 Dijeron además Moisés y los sacerdotes del linaje de Leví
a todo Israel: Atiende y escucha, oh Israel [8]: Hoy has sido
constituido pueblo del Señor Dios tuyo [9]: 10 escucharás,
pues, su voz, y ejecutarás sus mandamientos y leyes que yo
te prescribo.

Las doce maldiciones

11 En aquel día Moisés dio esta orden al pueblo diciendo:
12 Pasado que hayáis el Jordán, se pondrán Simeón, Leví,
Judá, Isacar, José y Benjamín [10], sobre el monte Garizim,
para bendecir al pueblo; 13 y en frente de ellos, en el monte
Hebal, estarán para pronunciar las maldiciones Rubén,
Gad, Aser, Zabulón, Dan y Neftalí. 14 Y entonarán los
levitas [11], y dirán en alta voz a todos los varones de Israel:

15 Maldito sea el hombre que hace imagen o ídolo de talla,
o de fundición, obra de mano de artífices, abominada del
Señor, y la coloca en lugar oculto [12]. Y todo el pueblo res-
ponderá diciendo: Amén [13]. 16 Maldito sea el que no honra
a su padre y a su madre. Y responderá todo el pueblo:
Amén. 17 Maldito el que traspasa los linderos de la heredad
de su prójimo. Y responderá todo el pueblo: Amén.
18 Maldito el que hace errar al ciego en el camino [14]. Y res-
ponderá todo el pueblo: Amén. 19 Maldito el que tuerce la
justicia o el derecho del extranjero, del huérfano y de la
viuda. Y responderá todo el pueblo: Amén.

20 Maldito el que duerme con la mujer de su padre [15], y
deshonra así su tálamo. Y responderá todo el pueblo:
Amén. 21 Maldito el que peca con cualquier bestia que sea.
Y responderá todo el pueblo: Amén. 22 Maldito el que duer-
me con su hermana, hija de su padre, o de su madre. Y
dirá todo el pueblo: Amén. 23 Maldito el que duerme con su
suegra [16]. Y dirá todo el pueblo: Amén.

24 Maldito el que matare o dañare gravemente a traición a
su prójimo [17]. Y dirá todo el pueblo: Amén. 25 Maldito el
que recibe regalos para derramar la sangre inocente [18]. Y
dirá todo el pueblo: Amén. 26 Maldito el que no persevera
en la fiel observación de todas las palabras de esta ley [19],
ni las pone por obra. Y dirá todo el pueblo: Amén.

¿Sabías que?

En 1980, el arqueólogo israelí Adam Zertal descubrió en una ladera del monte Hebal una gran estructura rectangular de piedra con una rampa, dentro de un recinto, de los siglos XIII y XII a. C. Dentro había capas de ceniza y huesos de animales, sobre todo de cabras, ovejas y toros jóvenes. Zertal, que la excavó durante años, la identificó con el altar de Josué (Jos 8,30-31). Otros arqueólogos piensan que era una granja, una torre de vigilancia o un lugar de culto sin relación con el relato bíblico. La discusión sigue abierta.

Las doce maldiciones del monte Hebal

Cita	Maldito el que...	Ley relacionada
27,15	hace un ídolo y lo esconde	Éx 20,4; Dt 4,16; 5,8
27,16	no honra a su padre y a su madre	Éx 20,12; 21,17; Dt 5,16
27,17	mueve los linderos de su prójimo	Dt 19,14; Prov 22,28
27,18	hace errar al ciego en el camino	Lv 19,14
27,19	tuerce el derecho del forastero, del huérfano y de la viuda	Éx 22,21-22; Dt 24,17
27,20	se acuesta con la mujer de su padre	Lv 18,8; Dt 22,30
27,21	se une con un animal	Éx 22,19; Lv 18,23
27,22	se acuesta con su hermana	Lv 18,9; 20,17
27,23	se acuesta con su suegra	Lv 18,17; 20,14
27,24	hiere a traición a su prójimo	Éx 21,12-14; Dt 19,11
27,25	recibe soborno para matar al inocente (versículo recuperado)	Éx 23,7-8; Dt 16,19
27,26	no mantiene las palabras de esta ley	Gál 3,10

En Garizim, para bendecir, están los hijos de Lía y de Raquel: Simeón, Leví, Judá, Isacar, José y Benjamín; en Hebal, para maldecir, Rubén, Zabulón y los hijos de las esclavas: Gad, Aser, Dan y Neftalí (27,12-13). Casi todas las faltas son ocultas, «en lugar oculto», «a traición»: las que ningún tribunal descubre. A cada una, el pueblo responde «Amén». La Septuaginta añade una decimotercera, contra el que se acuesta con la hermana de su mujer (Lv 18,18).

PAUSA

1. Los doce «malditos» hablan sobre todo de pecados escondidos. ¿Cómo vives cuando nadie te ve?
2. Cada maldición terminaba con el «Amén» de todo el pueblo. ¿Qué significa para ti decir «Amén» al recibir la comunión o al terminar el Credo?
3. «Hace errar al ciego». ¿Hay alguien a quien tus consejos o tu ejemplo estén llevando por mal camino?

Para orar. *Señor, que ves en lo secreto, haz que mi «Amén» sea verdadero, y que mi vida escondida sea tan limpia como la que todos ven.*

28

La bendición y la maldición

El código termina como terminaban los tratados de la época: con bendiciones para el que cumple y maldiciones para el que rompe el pacto. Es el capítulo más largo del libro, y su desproporción habla por sí sola: catorce versículos de bendición (vv. 1-14) y cincuenta y cuatro de maldición (vv. 15-68). A las seis bendiciones de los vv. 3-6 responden seis maldiciones calcadas (vv. 16-19); después vienen la enfermedad, la sequía y la derrota (vv. 20-44), la nación lejana y el cerco (vv. 45-57), y el destierro, que termina con un regreso a Egipto (vv. 58-68). Israel leerá su historia a la luz de estas páginas.

Las bendiciones

1 Pero si oyeres la voz del Señor tu Dios [1], practicando y
guardando todos sus mandamientos que yo te prescribo
hoy, el Señor Dios tuyo te ensalzará sobre todas las nacio-
nes que pueblan la tierra. 2 Y vendrán sobre ti y te alcanza-
rán todas estas bendiciones con tal que obedezcas sus pre-
ceptos. 3 Bendito serás en la ciudad, y bendito en el
campo [2]. 4 Bendito el fruto de tu vientre [3] y benditos los
frutos de tu tierra, y benditas las crías de tus jumentos, las
majadas de tus vacas, y los apriscos de tus ovejas.
5 Benditos tus graneros, y benditos los repuestos de tus

frutos. [6] Bendito serás en todas tus acciones desde el principio hasta el fin [4].

[7] El Señor pondrá derribados a tus pies los enemigos que se levantaren contra ti: por un camino vendrán a acometerte, y por siete huirán de tu vista. [8] Echará el Señor su bendición sobre tus graneros, y sobre todo aquello en que pongas tu mano; te bendecirá en la tierra que de él habrás recibido. [9] El Señor te constituirá por pueblo santo suyo, conforme te lo ha jurado; con tal que observes los mandamientos de tu Señor Dios, y sigas sus caminos. [10] Y verán todos los pueblos de la tierra que eres llamado con verdad Pueblo de Dios [5]; y te respetarán.

[11] El Señor te colmará de todos los bienes, multiplicando el fruto de tu vientre, el fruto de tus ganados y el fruto de tu tierra, la cual prometió el Señor con juramento a tus padres que te la daría. [12] Abrirá el Señor su tesoro riquísimo, a saber, el cielo [6] para dar las lluvias a tu tierra en sus tiempos, y echará la bendición sobre todas las obras de tus manos. De suerte que tú prestarás a muchas gentes, y de nadie tomarás prestado. [13] El Señor te pondrá siempre a la cabeza de los pueblos, y no detrás de ellos, y estarás siempre encima, y no debajo; con tal que obedezcas los mandamientos del Señor Dios tuyo, que te prescribo yo en este día, y los guardes y cumplas, [14] sin desviarte de ellos ni a la diestra ni a la siniestra, y no sigas ni adores dioses ajenos.

Las maldiciones

15 Pero si no quisieres escuchar la voz de tu Señor Dios [7],
observando y practicando todos sus mandamientos y las
ceremonias que hoy te prescribo, vendrán sobre ti, y te al-
canzarán todas estas maldiciones. 16 Maldito serás en la
ciudad, y maldito en el campo. 17 Maldito tu granero, y
malditos tus repuestos de frutos. 18 Maldito el fruto de tu
vientre, y los frutos de tu tierra, tus vacadas, y los rebaños
de tus ovejas. 19 Maldito serás en todas tus acciones desde
el principio hasta el fin de ellas.

20 Enviará el Señor sobre ti hambre y necesidad, y echará
la maldición sobre cuanto obrares y pusieres tus manos;
hasta desmenuzarte y acabar contigo en poco tiempo, por
causa de tus perversísimas acciones, por las cuales le ha-
brás abandonado. 21 Hará el Señor que se te pegue la peste,
hasta que acabe contigo, en la tierra en cuya posesión en-
trarás. 22 El Señor te castigará con la carestía, con la calen-
tura y el frío, con el ardor y la sequedad, con la corrupción
del aire y la langosta [8], y te perseguirá hasta que perezcas.
23 Se volverá de bronce el cielo que te cubre, y de hierro la
tierra que pisas [9]. 24 El Señor dará a tu tierra polvo en vez
de lluvia, y descenderá del cielo ceniza sobre ti, hasta que
quedes reducido a la nada. 25 El Señor te hará caer postra-
do a los pies de tus enemigos. Por un camino irás a pelear
contra ellos, y no hallarás bastantes sendas por donde

huir; y serás dispersado por todos los reinos de la tierra.
26 Tus cadáveres servirán de pasto a todas las aves del cielo
y bestias de la tierra sin que nadie cuide de ahuyentarlas.

27 Te herirá el Señor con las úlceras y plagas de Egipto [10], y
también con sarna y comezón; de tal manera que no tengas cura. 28 Te castigará el Señor con la locura o delirio,
con la ceguedad y confusión [11]; 29 de suerte que andarás a
tientas en medio del día como suele andar un ciego rodeado de tinieblas [12]; y así no acertarás en ninguna cosa que
emprendas. Y en todo tiempo tendrás que sufrir calumnias, y serás oprimido por la fuerza sin tener quien te libre.

30 Tomarás mujer, y otro la gozará [13]. Edificarás casa, y no
la podrás habitar. Plantarás viña, y no la vendimiarás.
31 Será degollado tu buey delante de ti, y no comerás de él.
A tus ojos será robado tu asno, y no te lo restituirán; tus
ovejas serán dadas a tus enemigos, sin que haya quien te
valga. 32 Tus hijos y tus hijas serán entregados a pueblo extraño, viéndolo tus ojos y consumiéndose con la continua
vista de su miseria, sin haber fuerza en tu mano para librarlos. 33 Los frutos de tu tierra y de todas tus fatigas se
los comerá un pueblo desconocido para ti; y estarás sufriendo continuamente calumnias y abrumado todos los
días, 34 y quedarás despavorido por el terror de las cosas
que verán tus ojos. 35 Te herirá el Señor con úlceras malig-

nísimas en las rodillas y en las pantorrillas, y de un mal incurable desde la planta del pie hasta la coronilla. 36 El Señor te transportará con tu rey [14], que habrás establecido sobre ti, a una nación que ni conoces tú, ni tus padres, en donde servirás a dioses extraños, al leño y a la piedra. 37 Y andarás perdido, siendo el juguete y la fábula de todos los pueblos a donde te llevará el Señor.

38 Echarás mucha simiente en la tierra y cogerás poco; porque las langostas lo devorarán todo. 39 Plantarás una viña, y la cavarás; mas no beberás vino, ni cogerás nada de ella; porque los gusanos la roerán. 40 Tendrás olivares en todos tus términos, y no te darán ni aun aceite con que ungirte, porque se caerán las aceitunas y se pudrirán. 41 Tendrás hijos e hijas, y no gozarás el placer de poseerlos, porque serán llevados cautivos. 42 La langosta consumirá todos tus árboles y los frutos de tu tierra. 43 El extranjero que vive contigo en la tierra te sobrepujará y se alzará sobre ti; y tú caerás y estarás debajo de él. 44 Él te prestará y tú no podrás prestarle: él estará siempre a la cabeza, y tú ocuparás el ínfimo lugar [15].

La nación lejana y el cerco

45 Todas estas maldiciones caerán sobre ti, y te oprimirán hasta que del todo perezcas: porque no escuchaste la voz del Señor tu Dios, ni observaste sus mandamientos y las ceremonias que te ha ordenado. 46 Y así en ti como en tu

descendencia estarán viéndose siempre señales y prodigios de la cólera de Dios, 47 por no haber servido al Señor Dios tuyo con gozo y alegría de corazón [16], habiéndote colmado de toda suerte de bienes. 48 Serás hecho esclavo de un enemigo que conducirá el Señor contra ti, le servirás con hambre y sed, y desnudez, y todo género de miserias; y pondrá un yugo de hierro sobre tu cerviz, hasta que te aniquile.

49 Desde un país remoto, del cabo del mundo hará venir el Señor contra ti, con la rapidez que vuela el águila [17], y se echa impetuosamente sobre la presa una nación cuya lengua no podrás entender: 50 gente sumamente fiera y procaz, que no tendrá respeto al anciano, ni compasión del niño; 51 y que devorará las crías de tus ganados, y los frutos de tus cosechas, de suerte que perezcas; pues no te dejará trigo, ni vino, ni aceite, ni manadas de vacas, ni rebaños de ovejas; hasta que te destruya, 52 y aniquile enteramente en todas tus ciudades, y queden arruinados en toda tu tierra esos altos y fuertes muros en que ponías tu confianza. Quedarás sitiado dentro de las ciudades en todo el país que te dará el Señor Dios tuyo;

53 y llegarás al extremo de comer el fruto de tu vientre [18], la carne de tus hijos y de tus hijas que te hubiere dado el Señor Dios, por la estrechura y desolación a que te reducirá tu enemigo. 54 El hombre más delicado y más regalón de

tu pueblo, mirará mal a su hermano, y a su esposa misma
que duerme en su seno, 55 para no darles de la carne de sus
hijos, que comerá por no hallar otra cosa durante el sitio,
y en la necesidad extrema con que te aniquilarán tus
enemigos dentro de todas tus ciudades. 56 La mujer tierna
y delicada [19], que no sabía dar un paso, ni asentar la plan-
ta del pie sobre la tierra por su demasiada delicadeza y
sensibilidad, no querrá dar a su mismo amado esposo par-
te de las carnes del hijo y de la hija, 57 ni de las secundinas,
o masa inmunda que sale de su vientre, ni del niño que ha
nacido en aquel mismo punto: porque se comerá todo esto
a escondidas, por falta de toda otra cosa con que resistir a
una hambre tan cruel, durante el cerco y devastación con
que te apurará tu enemigo dentro de tus ciudades.

De vuelta a Egipto

58 Si no guardares y cumplieres todas las palabras de esta
ley, que van escritas en este volumen [20], y si no temieres
aquel nombre glorioso y terrible, quiero decir, al Señor
Dios tuyo, 59 el Señor acrecentará tus plagas y las de tu des-
cendencia, plagas grandes y permanentes, enfermedades
malignas e incurables; 60 y arrojará sobre ti todas las pla-
gas de Egipto, que tanto te horrorizaron, las cuales se ape-
garán a ti estrechamente. 61 Además de esto enviará el Se-
ñor sobre ti todas las dolencias y llagas, que no están escri-
tas en el libro de esta ley, hasta aniquilarte. 62 Y quedaréis

en corto número los que antes igualabais en multitud a las estrellas del cielo [21]; porque no has obedecido, ¡oh Israel!, a la voz del Señor Dios tuyo. [63] Y así como en otros tiempos se complació el Señor en haceros bien y multiplicaros, así se gozará en abatiros y arrasaros [22]; para que seáis exterminados de la tierra en cuya posesión vais a entrar.

[64] El Señor te desparramará, ¡oh Israel!, por todos los pueblos desde un cabo del mundo al otro; y allí servirás a dioses ajenos que ni tú, ni tus padres conocisteis, a dioses de palo y de piedra. [65] Aun allí entre aquellas gentes no lograrás descanso, ni podrás asentar el pie, porque el Señor te dará allí un corazón espantadizo, y ojos desfallecidos, y una alma consumida de tristeza. [66] Y estará tu vida como pendiente delante de ti [23]. Temerás de noche y de día, y no confiarás de tu vida. [67] Por la mañana dirás: ¿Quién me diera llegar a la tarde? Y por la tarde: ¿Quién me diera llegar a la mañana? Tan aterrado y despavorido estará vuestro corazón, y tan horribles serán las cosas que sucederán a vuestros ojos. [68] El Señor te volverá a llevar en navíos a Egipto [24], después que te dijo que no volvieras más a ver aquel camino. Allí seréis vendidos a vuestros enemigos por esclavos, y por esclavas vuestras mujeres, y aun no habrá quien quiera compraros.

¿Sabías que?

En 2009, un equipo de la Universidad de Toronto que excavaba Tell Tayinat, en el sur de Turquía, encontró en un templo una gran tablilla con una copia del tratado de sucesión de Asaradón, publicada en 2012. Hasta entonces se conocían sobre todo las copias halladas en 1955 en Nimrud, juradas por príncipes medos. La de Tayinat iba dirigida a una provincia asiria del oeste, no lejos de Israel y de Judá, y parece que estaba expuesta en el santuario como un objeto sagrado: algo parecido a lo que se manda hacer con el libro de la ley junto al arca (ver nota a 31,26).

Las maldiciones de Dt 28 y el tratado de Asaradón

Deuteronomio 28	Tratado de sucesión, 672 a. C.
«Se volverá de bronce el cielo... y de hierro la tierra» (28,23)	Que conviertan vuestro suelo en hierro; que, como no llueve de un cielo de bronce, no caiga lluvia sobre vuestros campos (§§ 63-64)
«Tus cadáveres servirán de pasto a todas las aves del cielo» (28,26)	Que Ninurta llene la llanura con vuestros cadáveres y dé vuestra carne a las águilas y a los buitres (§ 41)
«Te herirá el Señor con las úlceras... con sarna y comezón» (28,27)	Que Sin, el dios luna, os vista de lepra; ¡vagad por el campo como el asno salvaje! (§ 39)
«Con la ceguedad... andarás a tientas en medio del día» (28,28-29)	Que Shamash, el dios sol, os quite la vista: ¡andad en tinieblas! (§ 40)
«Tomarás mujer, y otro la gozará»; tus bienes, para un pueblo extraño (28,30-33)	Que Venus haga yacer a vuestras mujeres en brazos del enemigo ante vuestros ojos, y que un extranjero se reparta vuestros bienes (§ 42)
«Las langostas lo devorarán todo» (28,38)	Que Adad mande langostas que devoren vuestras cosechas (§ 47)
«Comer el fruto de tu vientre, la carne de tus hijos» (28,53)	Que en vuestra hambre comáis la carne de vuestros hijos (§§ 47 y 69)
«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón» (6,5; 30,16)	Si no amáis al príncipe Asurbanipal como a vuestra propia vida... (§ 24)

Los párrafos siguen la edición de D. J. Wiseman (1958); las copias se hallaron en Nimrud (1955) y en Tell Tayinat (2009). En 28,27-29 la llaga y la ceguera siguen el mismo orden que Sin y Shamash en el tratado, y muchos estudiosos ven aquí un eco directo, aunque la relación se discute. El tratado amenaza en nombre de muchos dioses y de un rey; el Deuteronomio, en nombre del único Señor, y añade lo que el tratado no tiene: la promesa de la vuelta (30,1-10).

PARA PROFUNDIZAR

Bendición y maldición: el Deuteronomio y los tratados de Asiria

En el antiguo Oriente, las relaciones entre un gran rey y sus vasallos se fijaban por escrito en tratados. Los más conocidos son los de los hititas, de los siglos XIV y XIII a. C., y los de Asiria, de los siglos VIII y VII. Los estudiosos han descrito sus partes habituales: la presentación del soberano, un prólogo histórico que recuerda sus favores, las cláusulas que obligan al vasallo, la orden de guardar el documento en un templo y leerlo en público, la lista de los dioses que son testigos y, al final, las bendiciones y las maldiciones. El Deuteronomio tiene casi todas esas piezas: la historia (caps. 1–11), las leyes (12–26), el libro guardado junto al arca y leído cada siete años (31,9-13.26), y las bendiciones y maldiciones (27–28). Pero sus testigos no son dioses, sino «el cielo y la tierra» (4,26; 30,19; 31,28; 32,1), porque no hay otro dios que pueda dar fe.

El paralelo más cercano es el tratado de sucesión de Asaradón, rey de Asiria, del año 672 a. C., con el que obligó a sus súbditos y vasallos a jurar fidelidad a su hijo Asurbanipal. Se conservan copias halladas en Nimrud y en Tell Tayinat (ver el recuadro). En esos años Judá, con el rey Manasés, era vasalla de Asiria. Las coincidencias con el Deuteronomio son llamativas. El tratado manda denunciar a quien incite a la rebelión, aunque sea un hermano, un hijo o «un profeta, un extático, un intérprete de sueños» (§ 10), como Dt 13 manda hacer con quien incita a servir a otros dioses. Exige «amar» a Asurbanipal como a la propia vida

(§ 24), y Dt 6,5 manda amar al Señor con todo el corazón. Y sus maldiciones se parecen a las de Dt 28, a veces en el mismo orden (ver el cuadro).

Desde los trabajos de Moshe Weinfeld (1972) y, más tarde, de Hans Ulrich Steymans y Eckart Otto, muchos piensan que el Deuteronomio conoció estos juramentos y les dio la vuelta: Israel debe a su Dios la lealtad total que Asiria exigía para su rey. Sería una teología audaz, casi subversiva: el único señor de Israel es el Señor. Otros estudiosos son más prudentes, y discuten si la dependencia es directa o a través de tratados arameos parecidos, como los de Sefiré (siglo VIII a. C.). Lo que nadie discute es que el Deuteronomio habla el lenguaje político de su tiempo.

¿Qué son, entonces, las maldiciones? No son conjuros que se cumplen solos, sino la descripción de lo que pasa cuando se rompe la alianza con el Dios de la vida: la tierra, la familia y la libertad se deshacen. Y no son la última palabra, porque el capítulo 30 abre la puerta de la vuelta. Los profetas y los desterrados leyeron su historia a la luz de estas páginas: el libro de los Reyes explica así la caída de Samaría (2 Re 17,7-23); Daniel confiesa que han caído sobre Israel la maldición y el juramento escritos en la ley de Moisés (Dn 9,11), y Baruc, que se les han pegado los males anunciados por Moisés (Bar 1,20). Pero la misma Biblia impide un uso mecánico de estas amenazas: Job sufre siendo justo, y Jesús niega que los galileos asesinados o el ciego de nacimiento pagaran sus propios pecados (Lc 13,1-5; Jn 9,3).

Algunas amenazas se cumplieron con una crudeza que estremece, como el hambre del asedio (ver nota a 28,53). La Biblia no

oculta el horror: lo pone delante como advertencia, y Jesús llora sobre la ciudad que no reconoció el tiempo de su visita (Lc 19,41-44).

San Pablo lleva el tema a su centro. Cita 27,26, «maldito todo el que no permanece en todas las palabras de la ley», y concluye que nadie se salva por cumplirla, porque nadie la cumple entera. Pero «Cristo nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose él mismo maldición por nosotros», como está escrito del que cuelga del madero (21,23), para que la bendición de Abrahán llegara a todas las naciones (Gál 3,10-14). La Iglesia ve en la Ley antigua un pedagogo santo, que muestra lo que hay que hacer pero no da por sí misma la fuerza para cumplirlo (Catecismo, n. 1963). En la cruz, el Hijo cargó con la maldición, y desde entonces la palabra de Dios sobre el hombre es la que abre la Carta a los Efesios: nos ha bendecido en Cristo «con toda clase de bendiciones espirituales» (Ef 1,3).

PAUSA

1. Las bendiciones abarcan «el entrar y el salir». ¿En qué rincón de tu vida diaria te cuesta reconocer la bendición de Dios?
2. La desgracia vino por no servir a Dios «con gozo y alegría». ¿Vives tu fe como una alegría o como una carga?
3. Las maldiciones describen lo que pasa cuando se rompe una relación. ¿Qué relación tuya necesita hoy reconciliación?

Para orar. *Señor, que me colmas de bienes, enséñame a servirte con alegría y a no apartarme de tu voz ni a la derecha ni a la izquierda.*

29

La alianza en Moab

Comienza el tercer discurso de Moisés, que ocupa los capítulos 29 y 30. Un encabezado presenta «las palabras de la alianza» de Moab (v. 1). Moisés recuerda los prodigios de Egipto y del desierto, y lamenta que el pueblo no los haya entendido (vv. 2-9); convoca a todos, desde los jefes hasta los aguadores, y a los que aún no han nacido (vv. 10-15); advierte contra la «raíz de hiel» del que se cree a salvo en su idolatría (vv. 16-21), y describe la tierra asolada que hará preguntar a las naciones (vv. 22-28). Termina con una frase enigmática sobre lo oculto y lo revelado (v. 29).

Las palabras de la alianza

1 Estas son las palabras de la alianza [1] que mandó el Señor
a Moisés ratificar con los hijos de Israel en tierra de Moab,
renovando la que hizo con ellos en Horeb [2].

2 Convocó entonces Moisés a todo Israel, y les dijo: Vosotros habéis visto todas las cosas que hizo el Señor en vuestra presencia en la tierra de Egipto contra Faraón, y todos sus ministros, y todo su reino. 3 Visteis con vuestros ojos las grandes plagas con que los probó, aquellos prodigios y maravillas estupendas. 4 Y el Señor por su justo juicio [3] no os ha dado hasta el presente un corazón que sienta, ni ojos

que miren, ni oídos que quieran escuchar. 5 El Señor os ha
conducido hasta aquí por el desierto, durante cuarenta
años; sin que se hayan gastado vuestros vestidos [4]; ni se
ha roto de puro viejo el calzado de vuestros pies. 6 No ha-
béis comido pan, ni bebido vino o sidra, a fin de que por el
maná conocierais [5] que yo soy el Señor Dios vuestro.

7 Y llegasteis a este sitio, donde nos salieron al encuentro
Sehón, rey de Hesebón, y Og, rey de Basán, para pelear
contra nosotros; y los hemos derrotado, 8 y apoderádonos
de su tierra [6], y la hemos dado en posesión a Rubén, y a
Gad, y a la media tribu de Manasés. 9 Ahora, pues, guardad
las palabras o condiciones de esta alianza y cumplidlas, a
fin de que os salga bien cuanto emprendáis.

Todos estáis aquí

10 Vosotros estáis hoy todos juntos en la presencia del Se-
ñor Dios vuestro, vuestros príncipes y tribus, los ancianos
y los doctores: todo el pueblo de Israel. 11 Vuestros hijos y
mujeres, y los extranjeros que moran entre vosotros en el
campamento, sin excluir de este número los leñadores y
aguadores [7], todos estáis aquí; 12 a fin de que, ¡oh Israel!,
renueves la alianza del Señor Dios tuyo, alianza jurada [8]
que hoy ratifica el Señor Dios tuyo contigo, 13 para elevarte
a ser pueblo suyo, y para ser él tu Dios [9], como te lo tiene
dicho, y como lo juró a tus padres Abrahán, Isaac y Jacob.
14 Ni yo concierto esta alianza, y confirmo estos juramen-

tos con solos vosotros, [15] sino con todos, con los presentes y con los venideros [10].

La raíz amarga

[16] Pues bien sabéis de qué manera hemos vivido en la tierra de Egipto, y cómo hemos atravesado por medio de las naciones, donde al pasar [17] habéis visto las abominaciones y suciedades, esto es, sus ídolos, o el leño y la piedra, la plata y el oro [11] que adoraban.

[18] No sea que por desgracia se halle entre vosotros hombre o mujer, familia o tribu, cuyo corazón esté hoy desviado del Señor Dios nuestro, y resuelto a servir a los dioses de aquellas gentes, y que brote entre vosotros raíz que produzca hiel y amargura [12]; [19] y que cuando el tal oyere las palabras de este juramento, se lisonjee a sí mismo, diciendo: Yo tendré paz aunque me abandone al desorden de mi corazón: con lo que embriagado con este error arrastre tras sí a los inocentes [13]. [20] Mas el Señor no le perdonará, antes se encenderá entonces más su furor y celo contra el tal hombre, y caerán sobre él de asiento todas las maldiciones que están escritas en este libro: y borrará el Señor su nombre de debajo del cielo [14], [21] y lo exterminará para siempre de todas las tribus de Israel: cumpliéndose las maldiciones que se contienen en este libro de la ley y de la alianza.

La tierra asolada

22 Y preguntarán la generación venidera y los hijos que nacerán en adelante, y los extranjeros que vinieren de lejos
al ver las plagas de aquella tierra y las enfermedades con
que la afligiere el Señor, 23 (el cual la abrasará con azufre y
salitre ardiente, de suerte que ya no se siembre más, ni
brote hierba, ni verde alguno; representando el asolamiento de Sodoma y de Gomorra, de Adama y de
Seboim [15], que arrasó el Señor, encendido el furor de su
ira).

24 Preguntarán, digo, todas las gentes: ¿Por qué causa trató
así el Señor a esta tierra? [16] ¿Qué saña e inmenso furor es
éste? 25 Y responderán: Porque quebrantaron el pacto del
Señor, que concertó con sus padres cuando los sacó de la
tierra de Egipto, 26 y sirvieron y adoraron a dioses ajenos, a
dioses que no conocían, y a quienes no pertenecían [17].
27 Por esto se encendió el furor del Señor contra esta tierra,
descargando sobre ella todas las maldiciones que están escritas en este libro. 28 Y con ira y furor y con indignación
grandísima, arrojó de este país a sus habitantes, desterrándolos a regiones extrañas, como se ve hoy por experiencia.

29 Arcanos del Señor Dios nuestro, manifestados a
nosotros [18] y a nuestros hijos hasta el fin de los siglos, para

que temerosos y obedientes observemos todas las disposiciones de esta ley.

¿Sabías que?

En la sinagoga, la Torá se lee entera a lo largo del año, repartida en porciones semanales. La que empieza con «Vosotros estáis hoy todos juntos en la presencia del Señor» (29,10; 29,9 en las Biblias hebreas) se llama Nitsavim, «estáis de pie», y se lee el sábado anterior a Rosh Hashaná, el año nuevo judío. Así, cada otoño, al comenzar el año, la comunidad se escucha convocada «hoy» ante Dios, con los presentes y con los que no están.

PAUSA

1. Moisés lamenta que el pueblo vio los prodigios y no los entendió. ¿Qué signos de Dios en tu vida has visto sin entenderlos?
2. En la alianza entraban también los leñadores y los aguadores. ¿A quién dejas fuera, sin darte cuenta, de tu comunidad?
3. «Tendré paz aunque siga mi capricho». ¿Hay alguna «raíz amarga» que dejas crecer pensando que no hace daño?

Para orar. *Señor, dame un corazón que entienda, ojos que vean y oídos que escuchen, para guardar lo que me has revelado.*

30

«Escoge la vida»

Es la cumbre de los discursos de Moisés. Después de las maldiciones, el capítulo abre una puerta: si Israel, disperso entre las naciones, vuelve al Señor, el Señor lo hará volver y le circuncidará el corazón (vv. 1-10). Luego, una afirmación sencilla y audaz: el mandamiento no está en el cielo ni al otro lado del mar, sino muy cerca (vv. 11-14). Y por fin, con el cielo y la tierra por testigos, la elección entre la vida y la muerte (vv. 15-20). San Pablo leerá en los vv. 11-14 la palabra de la fe en Cristo, y la Iglesia escucha los vv. 15-20 al comenzar la Cuaresma.

La vuelta

1 Según esto, cuando se cumpliere lo que te anuncio acerca
de la bendición o maldición, que acabo de proponer ante
tus ojos; y movido a penitencia tu corazón [1] en medio de
todas las naciones, entre las cuales te habrá esparcido el
Señor tu Dios, 2 te volvieres a él [2], con tus hijos, y obede-
cieres a sus mandamientos, de todo tu corazón y con toda
tu alma, como te lo prescribo en este día, 3 el Señor Dios
tuyo te hará volver de tu cautiverio [3], y tendrá misericor-
dia de ti, y otra vez te congregará, sacándote de todos los
pueblos por donde antes te desparramó. 4 Aunque hayas
sido dispersado hasta las extremidades del mundo [4], de

allí te sacará el Señor Dios tuyo, 5y te tomará, e introducirá en la tierra que poseyeron tus padres, y tú la volverás a ocupar, y bendiciéndote, te multiplicará mucho más que a tus padres.

6Entonces el Señor Dios tuyo circuncidará tu corazón [5] y el corazón de tus descendientes, para que ames al Señor Dios tuyo de todo tu corazón y con toda tu alma, a fin de que así consigas la vida. 7Y todas estas maldiciones las convertirá contra tus enemigos y contra los que te aborrecen y persiguen. 8Tú te convertirás y escucharás la voz del Señor Dios tuyo, y cumplirás todos los mandamientos que hoy te prescribo yo. 9Y el Señor Dios tuyo manifestará su bendición en todas las obras de tus manos, en los hijos que saldrán de tu seno y en la cría de tus ganados, en la fecundidad de tu tierra y en la abundancia de todas las cosas. Porque volverá el Señor a complacerse en colmarte de bienes [6], como se complació en orden a tus padres; 10con tal que oigas la voz de tu Señor Dios, y guardes sus preceptos y ceremonias prescritas en esta ley; y te conviertas al Señor Dios tuyo de todo tu corazón y con toda tu alma.

La palabra está cerca

11Este mandamiento que yo te prescribo hoy no está sobre ti, ni puesto lejos de ti [7], 12ni situado en el cielo, de suerte que puedas decir: ¿Quién de nosotros podrá subir al cielo [8] para que nos traiga ese mandamiento y le oigamos

y pongamos por obra? 13 Ni está situado a la otra parte del
mar [9], para que te excuses y digas: ¿Quién de nosotros po-
drá atravesar los mares, y traérnosle de allá para que po-
damos oír y hacer lo que se nos manda? 14 Sino que el di-
cho mandamiento está muy cerca de ti: en tu boca está y
en tu corazón, y en tu mano para que lo cumplas [10].

La vida y la muerte

15 Considera que hoy he puesto a tu vista la vida y el bien
de una parte, y de otra la muerte y el mal [11]. 16 Con el fin de
que ames al Señor tu Dios [12], y sigas sus caminos, y guar-
des sus mandamientos, y ceremonias y ordenanzas, para
que vivas y el Señor te multiplique y bendiga en la tierra,
en cuya posesión entrarás. 17 Mas si tu corazón se apartare
del Señor, y no quisieres obedecer y seducido del error
adorares dioses ajenos, y les sirvieres, 18 desde hoy te pro-
fetizo que vas a perecer [13], y que morarás poco tiempo en
la tierra en cuya posesión, pasado el Jordán, entrarás.

19 Yo invoco hoy por testigos al cielo y a la tierra [14], de que
te he propuesto la vida y la muerte, la bendición y la mal-
dición. Escoge desde ahora la vida [15], para que vivas tú, y
tu posteridad, 20 y ames al Señor Dios tuyo, y obedezcas a
su voz y te unas íntimamente a él [16] (siendo él mismo,
como es, vida tuya [17], y el que ha de darte larga vida), a fin
de que habites en la tierra que juró el Señor a tus padres
Abrahán, Isaac y Jacob, que les había de dar.

¿Sabías que?

La Didajé o «Doctrina de los doce apóstoles», un catecismo cristiano de finales del siglo I o comienzos del II, empieza así: «Hay dos caminos, uno de la vida y otro de la muerte, y la diferencia entre ellos es grande», eco directo de 30,15. Se conocía solo por citas de los Padres hasta que en 1873 el erudito griego Filoteo Brienio la encontró en un códice copiado en 1056, en una biblioteca de Constantinopla, y la publicó en 1883.

Los dos caminos

Texto	El camino
Dt 30,15.19	«He puesto a tu vista la vida y el bien... la muerte y el mal... Escoge desde ahora la vida»
Dt 11,26-28	La bendición, si obedecéis; la maldición, si os apartáis del camino
Sal 1,6	El Señor conoce el camino de los justos; el camino de los malvados se pierde
Jr 21,8	«Pongo ante vosotros el camino de la vida y el camino de la muerte»: ante el asedio de Babilonia
Eclo 15,16-17	Ante el hombre están la vida y la muerte; se le dará lo que él escoja
Mt 7,13-14	La puerta ancha lleva a la perdición; la estrecha, a la vida
Jn 14,6	«Yo soy el camino, la verdad y la vida»
Didakhé 1,1	«Hay dos caminos, uno de la vida y otro de la muerte»
Catecismo, n. 1696	El camino de Cristo «lleva a la vida»; la parábola de los dos caminos sigue presente en la catequesis

Los primeros cristianos se llamaban a sí mismos «el Camino» (Hch 9,2). En Jeremías la fórmula de Moisés da un giro inesperado: en la Jerusalén sitiada, escoger la vida es salir y entregarse a los caldeos (Jr 21,9).

PARA PROFUNDIZAR

«*Escoge la vida*»

El capítulo 30 es la cumbre de los discursos de Moisés. Llega después de las maldiciones del capítulo 28, y no las anula: supone que Israel fallará y será dispersado entre las naciones. Pero abre una puerta. Si en el destierro el pueblo «vuelve» a su corazón y al Señor, el Señor lo «hará volver» y lo reunirá (30,1-5). En el centro hay una promesa: «el Señor tu Dios circuncidará tu corazón» (30,6). Lo que en 10,16 era un mandato se convierte en un don. Jeremías anunciará una alianza nueva escrita en el corazón (Jr 31,31-34), Ezequiel un corazón de carne y un espíritu nuevo (Ez 36,26-27), y san Pablo dirá que la verdadera circuncisión es la del corazón, «según el espíritu» (Rom 2,29). El Catecismo lo resume: la conversión es primeramente una obra de la gracia de Dios, que hace volver a él nuestros corazones (n. 1432).

Después viene una afirmación sorprendente: el mandamiento no está en el cielo ni al otro lado del mar, sino «muy cerca de ti: en tu boca está y en tu corazón» (30,11-14). Frente a la idea de una religión para héroes o para sabios, Moisés afirma que la voluntad de Dios está al alcance de todos. El libro de Baruc aplicó estas preguntas a la Sabiduría, que Dios dio a Israel en la ley (Bar 3,29 – 4,1), y los rabinos sacaron de «no está en el cielo» un principio: la Torá fue entregada a los hombres para que la vivan y la interpreten en la tierra (ver nota a 30,12).

San Pablo hizo la lectura más audaz (Rom 10,6-10). No hace falta subir al cielo para hacer bajar a Cristo, porque ya bajó; ni bajar al abismo para hacerlo subir de entre los muertos, porque ya resu-

citó. La palabra cercana es «la palabra de la fe que predicamos»: confesar con la boca que Jesús es el Señor y creer con el corazón que Dios lo resucitó. Lo que Moisés prometía, una palabra al alcance de la boca y del corazón, se cumple en Cristo, la Palabra hecha carne que acampó entre nosotros (Jn 1,14).

Finalmente, la elección: «he puesto a tu vista la vida y el bien... la muerte y el mal... escoge la vida» (30,15.19). Es la doctrina de los dos caminos, que recorre la Escritura: el Salmo 1, Jeremías (Jr 21,8), el Eclesiástico, que dice que ante el hombre están la vida y la muerte, y se le dará lo que él escoja (Eclo 15,17), y Jesús con la puerta ancha y la estrecha (Mt 7,13-14). La Didajé abre con ella su catequesis, y el Catecismo la recoge (n. 1696). El texto supone la libertad: Dios quiso dejar al hombre «en manos de su propia decisión» (n. 1730). Pero no es una libertad neutral, como quien elige entre dos platos: «no hay verdadera libertad sino en el servicio del bien», y elegir el mal es caer en la esclavitud del pecado (n. 1733). Por eso Moisés no se limita a presentar las opciones: suplica.

San Juan Pablo II escuchó en este versículo una llamada para nuestro tiempo. En Evangelium vitae (n. 28) describe el choque entre la «cultura de la muerte» y la «cultura de la vida», y dice que la invitación de Moisés vale también para nosotros, llamados cada día a decidir. Pero añade que la llamada es más profunda: se trata de orientar toda la existencia según la ley del Señor, amándolo, escuchando su voz y viviendo unido a él, porque en eso está la vida (30,20).

La liturgia pone este capítulo en dos lugares significativos. El jueves después del Miércoles de Ceniza se lee 30,15-20 con Lc 9,22-25: el que quiera salvar su vida la perderá, y el que la pierda por Cristo la salvará. Escoger la vida, para el cristiano, pasa por la cruz. Y el 15.º domingo del ciclo C se lee 30,10-14 antes de la parábola del buen samaritano: el maestro de la ley tiene el mandamiento en la boca y en el corazón, y Jesús le muestra que está todavía más cerca, en el herido del camino (Lc 10,25-37). Al final, la vida que hay que escoger no es una cosa, sino una persona: «él es tu vida» (30,20), y Cristo dirá: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6).

PAUSA

1. «El mandamiento está muy cerca de ti». ¿Qué palabra de Dios sabes de memoria y todavía no has puesto por obra?
2. Dios promete circuncidar el corazón. ¿Qué parte de tu corazón le pides hoy que cambie, porque tú solo no puedes?
3. Escoger la vida es una decisión de cada día. ¿Qué elección concreta de hoy puede ser para ti «escoger la vida»?

Para orar. *Señor, tú que eres mi vida, circuncida mi corazón para que te ame y escoja cada día el camino que lleva a ti.*

31

Josué y el libro de la ley

Moisés tiene ciento veinte años y prepara su ausencia. El capítulo entrelaza dos sucesiones. La de una persona: Josué recibe el mando delante de todo Israel y Dios lo confirma en la tienda del encuentro (vv. 1-8.14-15.23). La de un libro: Moisés escribe la ley, manda leerla ante el pueblo cada siete años y la hace poner junto al arca como testigo (vv. 9-13.24-29). En medio, Dios anuncia que el pueblo será infiel y manda escribir un cántico que lo acompañe en esa hora (vv. 16-22). Cuando falte Moisés, Israel tendrá un jefe, un libro y un canto.

Josué, sucesor de Moisés

1 Fue, pues, Moisés [1], y habló todas estas cosas a todo Israel, 2 y les dijo después: Yo me hallo hoy día en la edad de
ciento veinte años [2]: no puedo ya continuar en ser vuestro
caudillo [3], mayormente habiéndome dicho el Señor: Tú
no has de pasar ese río Jordán. 3 Mas el Señor Dios tuyo,
¡oh Israel!, irá delante de ti: él deshará a tu vista todas esas
naciones, y las conquistarás; y este Josué pasará delante
de ti [4], como lo tiene dicho el Señor; 4 y hará Dios con
ellas lo mismo que hizo con Sehón y con Og, reyes de los
amorreos, y con sus reinos, y las exterminará. 5 Así pues,
cuando también os hubiere entregado estas naciones, ha-

réis con ellas otro tanto, según os tengo mandado [5].
[6] Portaos varonilmente, y con firmeza; no temáis, ni os amedrentéis a su vista: porque el Señor Dios tuyo él mismo es, ¡oh Israel!, tu caudillo, y no te dejará ni te desamparará [6].

[7] Después de esto llamó Moisés a Josué, y le dijo delante de todo Israel: Ten buen ánimo, y cobra aliento [7]; porque tú has de introducir a este pueblo en la tierra que el Señor prometió con juramento a sus padres, y tú se la repartirás por suertes. [8] Y el Señor que es vuestro caudillo, él mismo será contigo: no te dejará ni te desamparará: no temas, ni te amedrentes.

La ley escrita y leída

[9] Escribió, pues, Moisés esta ley [8], y se la entregó a los sacerdotes, hijos de Leví, que llevaban el Arca del Testimonio del Señor, y a todos los ancianos de Israel. [10] Y les mandó, diciendo: Al cabo de siete años, en el año de la remisión, en la fiesta de los Tabernáculos [9], [11] cuando se juntan todos los israelitas para presentarse ante el Señor tu Dios, en el lugar escogido por el Señor, leerás las palabras de esta ley en presencia de todo Israel [10], que las oirá atentamente; [12] haciendo tú congregar a todo el pueblo, así hombres como mujeres y niños y los extranjeros [11] que moran en tus ciudades: para que escuchándolas aprendan, y teman al Señor Dios vuestro, y guarden y cumplan todas las

palabras de esta ley; 13 y a fin también de que sus hijos, que
ahora están ignorantes de ella, puedan aprenderla, y reverencien al Señor Dios suyo todos los días que vivan en la
tierra de que vais a tomar posesión, pasado el Jordán.

Dios anuncia la infidelidad del pueblo

14 Dijo entonces el Señor a Moisés: Mira, ha llegado ya el
día de tu muerte: llama a Josué, y presentaos los dos en el
Tabernáculo del Testimonio, para que le dé mis órdenes.
Fueron, pues, Moisés y Josué, y se presentaron en el Tabernáculo del Testimonio, 15 donde se apareció el Señor en
la columna de nube, la cual se fijó en la entrada del Tabernáculo. 16 Y dijo el Señor a Moisés: He aquí que tú vas a
descansar con tus padres [12]; y ese pueblo se rebelará y
prostituirá a dioses ajenos [13] en la tierra en que va a entrar
para morar en ella: allí me abandonará, y quebrantará el
pacto que tengo con él concertado; 17 con lo cual se encenderá mi furor contra él en aquel día; y lo abandonaré y esconderé de él mi rostro [14], y será consumido; todos los
males y aflicciones caerán sobre él en tanto grado, que
dirá en aquel día: Verdaderamente que por no estar Dios
conmigo, me han acontecido estos males. 18 Pero yo entonces esconderé de él y le ocultaré mi rostro, a causa de todas
las maldades que habrá hecho, por haber seguido a dioses
ajenos.

19 Por tanto escribíos ahora este cántico [15], y enseñádselo a
los hijos de Israel, para que le tomen de memoria y le can-
ten; y este cántico me sirva de testimonio entre los hijos
de Israel. 20 Porque yo los introduciré en una tierra que
mana leche y miel, la que prometí con juramento a sus pa-
dres. Mas ellos cuando habrán comido, y se hayan hartado
y engrosado [16], se pasarán a los dioses ajenos y los servi-
rán, y blasfemarán de mí, y quebrantarán mi pacto. 21 Y
cuando habrán sobrevenido a Israel muchos males y de-
sastres, entonces este cántico dará contra él testimonio;
cántico que estará en la boca de sus hijos, de suerte que ja-
más será olvidado. Porque bien sé yo sus pensamientos [17],
y hoy sé lo que ha de hacer, antes que le introduzca en la
tierra que le tengo prometida. 22 Escribió, pues, Moisés el
cántico siguiente, y lo enseñó a los hijos de Israel. 23 Al
mismo tiempo dio el Señor sus órdenes a Josué [18], hijo de
Nun, y le dijo: Ten buen ánimo, y cobra aliento, porque tú
has de introducir a los hijos de Israel en la tierra que les
prometí, y yo seré contigo.

El libro junto al arca

24 Cuando Moisés hubo acabado de escribir las palabras de
esta ley en un volumen [19], 25 mandó a los levitas, portado-
res del Arca del Testamento del Señor, diciendo: 26 Tomad
este libro, y ponedlo al lado del Arca del Testamento [20] del

Señor Dios vuestro, para que allí quede por testimonio contra ti, ¡oh Israel!

27 Porque yo conozco tu obstinación y tu indómita cerviz. Aun viviendo yo y conversando con vosotros, siempre os habéis portado con rebeldía contra el Señor: ¿cuánto más en habiendo yo muerto? 28 Juntadme a todos los ancianos de vuestras tribus y a los doctores [21]; y oirán las palabras que les voy a hablar, e invocaré contra ellos al cielo y a la tierra. 29 Que bien sé yo que después de mi muerte os portaréis perversamente, y os desviaréis presto del camino que os he enseñado; y que os sobrevendrán desdichas en los últimos tiempos [22], cuando habréis pecado delante del Señor, irritándolo con las obras de vuestras manos. 30 Pronunció, pues, Moisés, escuchando toda la sinagoga junta de Israel [23], las palabras de este cántico, hasta acabarle.

¿Sabías que?

El texto hebreo del libro de Ester no nombra a Dios ni una sola vez (sí lo nombran los pasajes griegos que la Vulgata coloca al final del libro). Los rabinos del Talmud se preguntaron dónde se alude a Ester en la Torá, y respondieron con un juego de palabras sobre el v. 18 de este capítulo: «yo esconderé, esconderé mi rostro» se dice en hebreo *haster astir*, que suena como «Ester» (Talmud, Julín 139b). En Ester, Dios parece ausente, pero salva a su pueblo desde detrás de los acontecimientos: es el Dios escondido de este capítulo.

PARA PROFUNDIZAR

«El libro de la ley»: de Moisés a Josías

En este capítulo la palabra de Moisés se convierte en libro. Moisés escribe «esta ley», la entrega a los sacerdotes y a los ancianos, manda leerla ante el pueblo cada siete años y la hace colocar junto al arca «por testimonio» (31,9-13.24-26). El Deuteronomio ya había hablado de un texto al que no se puede añadir ni quitar (4,2; 12,32) y que el rey debía copiar y leer todos los días de su vida (17,18-19); el libro de Josué empezará con la misma consigna: «no se aparte de tu boca el libro de esta ley» (Jos 1,8). Aquí nace la idea de Escritura: una palabra de Dios fijada por escrito, confiada a una comunidad que la custodia, la proclama y la interpreta.

Siglos después, el año dieciocho del rey Josías, hacia el 622 a. C., mientras se reparaba el templo, el sumo sacerdote Helcías anunció: «He hallado el libro de la ley en la casa del Señor» (2 Re 22,8).

Al oírlo, Josías rasgó sus vestiduras: el libro amenazaba a un pueblo que había servido a otros dioses. Consultó a la profetisa Hulda (2 Re 22,14-20), leyó el libro ante todo el pueblo, renovó la alianza y emprendió una reforma radical: destruyó los santuarios de los lugares altos, profanó el altar de Betel y celebró en Jerusalén una Pascua como no se había celebrado desde los tiempos de los jueces (2 Re 23). Su elogio final suena al Shemá: se volvió al Señor «con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas» (2 Re 23,25; ver Dt 6,5).

¿Qué libro era? Lo que hizo Josías coincide con lo que manda el Deuteronomio: un solo santuario (Dt 12), la destrucción de los lugares altos y de los bosques sagrados, la Pascua celebrada en el lugar escogido (16,1-8), la expulsión de nigromantes y adivinos (18,10-11; 2 Re 23,24). Ya san Juan Crisóstomo pensaba que el libro perdido y hallado era el Deuteronomio (*Homilías sobre san Mateo* 9,6). En 1805, W. M. L. de Wette propuso en una disertación que se trataba de una forma primitiva del libro, escrita poco antes, y desde entonces la mayoría de los estudiosos sitúa su núcleo en el siglo VII a. C., aunque los detalles se discuten (ver «Antes de empezar»).

En 1943, Martin Noth propuso que Josué, Jueces, Samuel y Reyes forman una sola obra, con el Deuteronomio como portada, escrita en el destierro para responder a una pregunta dolorosa: ¿por qué cayeron Samaria y Jerusalén? La respuesta se mide con los criterios del Deuteronomio, la fidelidad a un solo Dios y a un solo santuario: por eso el autor juzga a cada rey según haya tolerado o destruido los lugares altos, explica la caída del reino del norte (2 Re 17,7-23) y ve en la ruina de Jerusalén (2 Re 24 – 25) el cumpli-

miento de las maldiciones de Dt 28. Los estudiosos han matizado mucho esta «historia deuteronomista»: F. M. Cross habló de una primera edición en tiempos de Josías y otra en el destierro, R. Smend y su escuela de varias capas sucesivas, y algunos dudan de que fuera nunca una obra unitaria. Casi todos admiten, con todo, que el Deuteronomio es la clave con que Israel leyó su propia historia.

La lectura pública de 31,10-13 tampoco se interrumpió. A la vuelta del destierro, Esdras leyó la ley ante hombres, mujeres y niños desde el alba hasta el mediodía, los levitas la explicaban y el pueblo lloraba al escucharla (Neh 8). En tiempos de Jesús, «Moisés es leído cada sábado en las sinagogas» (Hch 15,21), y en la de Nazaret Jesús lee a Isaías y dice: «Hoy se ha cumplido esta Escritura» (Lc 4,16-21). La Iglesia heredó la costumbre. El concilio Vaticano II enseña que venera las Escrituras como el Cuerpo mismo del Señor, y que de ambas mesas, la de la Palabra y la de la Eucaristía, ofrece a los fieles el pan de vida (*Dei Verbum* 21); y exhorta a todos a leerlas con frecuencia, recordando con san Jerónimo que desconocer la Escritura es desconocer a Cristo (*Dei Verbum* 25).

El libro, dice Moisés, queda junto al arca «por testimonio contra ti». No es un trofeo, sino un espejo. Josías mostró la actitud justa: no discutió la palabra, se dejó juzgar por ella. «La palabra de Dios es viva y eficaz» (Heb 4,12): generación tras generación, sigue llamando a la conversión a quien la escucha.

PAUSA

1. Moisés preparó con tiempo su sucesión. ¿Qué te gustaría dejar en la fe a los que vienen detrás de ti?
2. Dios dijo a Josué: «no te dejará ni te desamparará». ¿Qué tarea te da miedo y necesita oír esa promesa?
3. ¿Qué lugar tiene la lectura de la Palabra de Dios en tu casa y en tu semana?

Para orar. *Señor, que tu palabra escrita sea mi luz y mi testigo, y que nunca me falte tu compañía.*

32

El cántico de Moisés

El cántico que Dios mandó escribir (31,19) es uno de los poemas más antiguos y difíciles de la Biblia. Avanza como un pleito: Moisés pone por testigos al cielo y a la tierra (vv. 1-3), proclama la fidelidad de Dios, la Roca, que eligió a Israel y lo cuidó en el desierto (vv. 4-14), denuncia la ingratitud del pueblo, que engordó y se fue tras otros dioses (vv. 15-18), y anuncia el castigo (vv. 19-35). Pero el final da un giro: Dios se compadece de su pueblo y se muestra el único Dios (vv. 36-43). Después, cita a Moisés en el monte Nebo para morir (vv. 44-52).

La Roca y su pueblo

[1] Oíd, cielos [1], lo que voy a proferir: escuche la tierra las
palabras de mi boca. [2] Destilen y empápense como lluvia
los documentos míos [2]: desciendan como el rocío mis pa-
labras, como sobre la hierba la menuda lluvia, como llo-
vizna sobre las dehesas. [3] Porque yo invocaré el nombre
del Señor: ensalzad vosotros la grandeza de nuestro Dios.

[4] Perfectas son todas las obras de Dios [3] y rectos todos sus
caminos. Dios es fiel y sin sombra de iniquidad, íntegro y
justo. [5] Sus hijos, indignos ya de este nombre, pecaron
contra él con sus inmundos ídolos: generación depravada

y perversa [4]. [6] ¿Así correspondes al Señor, pueblo necio e
insensato? ¿Por ventura no es él tu padre [5], que te rescató,
que te hizo y te crió?

[7] Acuérdate de los tiempos antiguos, recorre de una en una
las generaciones: pregúntalo a tu padre, y él te informará;
a tus antepasados y te lo dirán. [8] Cuando el Altísimo divi-
día las naciones; cuando separaba los hijos de Adán, fijó ya
entonces los límites de los pueblos de Canaán, según el nú-
mero de los hijos de Israel [6]. [9] Porque el Señor escogió a
éstos como porción suya: tomó a Jacob por herencia pro-
pia.

[10] Le halló después en una tierra desierta, en un lugar de
horror, en una vasta soledad: le condujo por diferentes ro-
deos durante cuarenta años [7], y le adoctrinó, y le guardó
como la niña de sus ojos [8]. [11] Como el águila incita a volar
a sus polluelos [9] extendiendo las alas y revoloteando so-
bre ellos: así el Señor extendió sus alas sobre su pueblo, y
le tomó y transportó sobre sus hombros. [12] El Señor fue su
único caudillo; y no había con él dios ajeno. [13] Le hizo due-
ño de una tierra superior y excelente, para que comiera de
los frutos de los campos, para que chupara la miel que se
hace en las cavidades de las peñas, y gustara el rico aceite
de los olivos que se crían entre las más duras rocas. [14] La
manteca de vacas y la leche de ovejas, gordos corderos y
carneros del país de Basán, machos cabríos, la flor del tri-

go; y para que bebiera la sangre de las uvas en purísimo vino.

Yeshurún olvida a la Roca

15 Se engrosó ese pueblo tan amado de Dios [10], y viéndose
opulento se rebeló contra él [11]. Ya engrosado, engordado y
abundante de todo, abandonó a Dios su hacedor, y se alejó
de Dios, salvador suyo. 16 Provocaron al Señor con adorar
dioses ajenos, e incitaron su cólera con sus abominaciones
o idolatrías. 17 Porque en lugar de ofrecer sus sacrificios a
Dios, los ofrecieron a los demonios [12]: a dioses no conoci-
dos, a dioses nuevos y recién venidos que jamás habían
adorado sus padres. 18 ¡Pueblo insensato! Has abandonado
al Dios que te engendró [13], y te olvidaste del Señor Crea-
dor tuyo.

19 Lo vio el Señor, y se encendió en cólera, por ser sus mis-
mos hijos e hijas los que así le provocaban. 20 Y dijo: Yo es-
conderé de ellos mi rostro, y estaré mirando su fin desgra-
ciado: porque raza perversa es, son unos hijos infieles.
21 Ellos han querido como picarme de celos, con adorar lo
que no era dios, y me han irritado con sus vanidades: yo
también los provocaré a celos, con amar a aquellos que no
eran pueblo mío [14], y los irritaré sustituyendo en su lugar
una gente necia y despreciable. 22 Mi furor se ha encendido
como un fuego grande que los abrasará hasta el abismo del

infierno [15]: arrasará la tierra y todas sus plantas, y arderán hasta los cimientos de los montes.

[23] Amontonaré males y males sobre ellos, hasta apurar todas las flechas de mi aljaba. [24] Serán consumidos de hambre y devorados por las aves carniceras [16] con mordiscos cruelísimos: armaré contra ellos los dientes de las fieras, y la venenosa rabia de las que van arrastrando y serpeando sobre la tierra. [25] Por fuera los desolará la espada y dentro de sus casas el pavor y espanto: el joven y la doncella, el niño que aún mama y el anciano, todos serán exterminados.

«Ved cómo yo soy el solo Dios»

[26] Y diré entonces: ¿Dónde están esos rebeldes? Yo borraré de entre los hombres su memoria. [27] Pero lo difiero, porque veo tanta arrogancia en sus enemigos: no sea que éstos se engrían y digan: Nuestra mano robusta, y no el Señor, es la que ha hecho todo esto contra Israel. [28] Gente es ésta sin consejo, ni prudencia. [29] ¡Ojalá que tuviesen sabiduría e inteligencia, y previesen sus postrimerías!

[30] ¿Cómo podría jamás suceder lo que ahora, que un solo enemigo persiguiera a mil hebreos, y que dos hiciesen huir a diez mil? ¿No es esto porque su Dios los ha vendido, y los ha entregado el Señor? [31] Porque no es nuestro Dios como los dioses de ellos: júzguenlo los mismos enemigos.

32 La viña del Señor es ya como viña de Sodoma y de los extramuros de Gomorra: sus uvas son uvas de hiel; y llenos están de amargura sus racimos. 33 Hiel de dragones es su vino, y veneno de áspides para el cual no hay remedio. 34 ¿Y acaso no tengo yo reservado todo esto, dice el Señor, acá en mis adentros, y sellado en mis tesoros para el debido castigo? 35 Sí: mía es la venganza [17], y yo les daré el pago a su tiempo, para derrocar su pie: cerca está ya el día de su perdición, y ese plazo viene volando.

36 El Señor juzgará a su pueblo, y será misericordioso con sus siervos [18], cuando verá debilitada su fortaleza, y que aún los encastillados desmayaron, y que fueron consumidos los que quedaron. 37 Y dirá entonces: ¿Dónde están sus dioses, en los cuales tenían puesta la confianza, 38 a quienes invocaban al comer la grasa de las víctimas ofrecidas, y al beber el vino de sus profanas libaciones? Levántense ahora, y vengan a socorreros y a ampararos en la necesidad. 39 Ved cómo yo soy el solo y único Dios [19], y cómo no hay otro fuera de mí. Yo mato, y doy la vida: yo hiero, y yo curo [20]: y no hay quien pueda librar a nadie de mi poder.

40 Alzaré mi mano al cielo, y diré: Vivo yo para siempre, 41 que si aguzare mi espada y la hiciere como el rayo, y empuñare mi mano la justicia, tomaré venganza de mis enemigos, y daré el pago a los que me aborrecen. 42 Embriagaré de sangre suya mis saetas [21], de la sangre de

los muertos y de los prisioneros, que a manera de esclavos van con la cabeza rapada; en sus carnes cebarse ha mi espada. 43 Ensalzad, ¡oh naciones!, a su pueblo [22], porque el Señor vengará la sangre de sus siervos, y tomará venganza de sus enemigos, y derramará su misericordia sobre la tierra del pueblo suyo.

Sube al monte Nebo

44 Pronunció, pues, Moisés, con Josué, hijo de Nun [23], todas las palabras de este cántico en presencia del pueblo. 45 Y después que concluyó su razonamiento a todo Israel, 46 les dijo: Grabad en vuestro corazón todas las cosas que yo os he dicho en este día; para que recomendéis a vuestros hijos que guarden, ejecuten y cumplan todo cuanto está escrito en esta ley. 47 Porque no en vano se os han dado estos preceptos; sino a fin de que cada uno halle la vida en ellos, y ejecutándolos permanezcáis largo tiempo en la tierra en cuya posesión vais a entrar, pasado el Jordán.

48 En este mismo día habló el Señor a Moisés, diciendo: 49 Sube a esa montaña de Abarim, esto es, de los pasajes [24], al monte o colina de Nebo, que está en el país de Moab, enfrente de Jericó; y contemplarás la tierra de Canaán, cuya posesión yo entregaré a los hijos de Israel. Y después morirás en el monte, 50 al cual habrás subido, y serás incorporado con tu pueblo: al modo que Aarón tu hermano murió en el monte Hor, y fue reunido con sus gentes: 51 por cuan-

to prevaricasteis contra mí en medio de los hijos de Israel,
allá en las aguas de Contradicción [25], en Cades del desier-
to de Tsin; por no haberme honrado como debíais, entre
los hijos de Israel. [52] Verás delante de ti la tierra que yo
daré a los hijos de Israel, pero no entrarás en ella.

¿Sabías que?

En los grandes manuscritos griegos de la Biblia, como el Códice Alejandrino, del siglo V, que hoy guarda la Biblioteca Británica, el libro de los Salmos va seguido de una colección de «Odas»: los cánticos bíblicos que se cantaban en la oración. La primera es el cántico del mar (Éx 15) y la segunda, este cántico de Moisés. En la liturgia bizantina, los cánones de la oración de la mañana se componen de nueve odas inspiradas en esos cánticos; pero la segunda, la de Dt 32, tan severa, se omite casi todo el año y por lo general solo se canta en Cuaresma.

El cántico de Moisés en el Nuevo Testamento

Dt 32	Nuevo Testamento	Uso
32,4	Ap 15,3-4	Los vencedores cantan «el cántico de Moisés y del Cordero»: «justos y verdaderos tus caminos»
32,4.15.18	1 Cor 10,4	Dios, «la Roca»; Pablo, pensando en el agua del desierto: «la roca era Cristo»
32,5	Mt 17,17; Hch 2,40; Flp 2,15	«Generación perversa»: Jesús, Pedro y Pablo describen así a su propio tiempo
32,17	1 Cor 10,20	Sacrificar a los demonios y no a Dios: los banquetes de los ídolos
32,21	Rom 10,19; 11,11.14	Celos por un «no-pueblo»: la entrada de los gentiles mueve a Israel a volver
32,21	1 Cor 10,22	«¿Vamos a provocar los celos del Señor?»
32,35	Rom 12,19	«Mía es la venganza»: no tomarse la justicia por su mano
32,35-36	Heb 10,30-31	«El Señor juzgará a su pueblo»: advertencia a quien abandona la fe
32,39	Jn 8,24.28.58	«Yo soy»: eco probable en las palabras de Jesús
32,43	Rom 15,10	«Alegraos, naciones, con su pueblo» (en griego): los gentiles alaban a Dios con Israel
32,43	Heb 1,6	«Adórenlo todos los ángeles de Dios» (en griego): los ángeles adoran al Hijo

Varias citas siguen la traducción griega de los Setenta, cuyo v. 43 es mucho más largo que el hebreo. La Iglesia reza el comienzo del cántico (32,1-12) en Laudes del sábado de la 2.ª semana. El otro cántico de Moisés, el del mar (Éx 15), se canta al salir de Egipto; este, a las puertas de la tierra.

PARA PROFUNDIZAR

El cántico de Moisés

Dios mismo encarga el cántico y explica para qué: cuando lleguen las desgracias, «este cántico dará contra él testimonio», porque estará en la boca de sus hijos y nunca será olvidado (31,19-21). Un poema se graba en la memoria mejor que una ley; por eso Moisés lo enseña al pueblo y lo recita entero ante la asamblea (31,22.30; 32,44). Cuando Israel, en el destierro, se pregunte si Dios lo ha abandonado, el cántico le recordará que fue el pueblo quien abandonó a Dios, y que Dios no ha dicho la última palabra. Según el Talmud, los levitas lo cantaban en el templo dividido en seis partes, una cada sábado (Rosh Hashaná 31a).

El poema avanza como un pleito. Moisés convoca como testigos al cielo y a la tierra (vv. 1-3), proclama la fidelidad de Dios (vv. 4-6), recuerda la elección de Israel (vv. 7-9; ver nota a 32,8) y los cuidados del desierto, con la imagen del águila (vv. 10-14); después denuncia la ingratitud del pueblo, que engordó y se fue tras dioses nuevos (vv. 15-18), y anuncia el castigo con imágenes de fuego, hambre, peste y espada (vv. 19-25). Pero cuando la destrucción parece decidida, Dios se detiene (vv. 26-27): juzgará a su pueblo para salvarlo, cuando lo vea sin fuerzas, y mostrará que no hay otro Dios (vv. 36-43). Muchos estudiosos reconocen aquí la forma del «pleito profético» (en hebreo rib), en el que Dios acusa a su pueblo ante testigos, como en Is 1,2-3 o Miq 6,1-8; otros subrayan sus rasgos sapienciales («¡ojalá tuviesen sabiduría!», v. 29). Su fecha se discute mucho: la lengua arcaica ha hecho pensar a

algunos en los primeros siglos de Israel, y a otros, en la época de los profetas o del destierro.

El título de Dios en el cántico es «la Roca» (tsur): «la Roca, perfecta es su obra» (v. 4). Vuelve en los vv. 15, 18, 30, 31 y 37, siempre en contraste: Israel desprecia «la Roca de su salvación» (v. 15) y olvida «la Roca que lo engendró» (v. 18); al final, Dios pregunta con ironía dónde está la roca en que confiaban los idólatras (v. 37), porque «su roca no es como nuestra Roca» (v. 31). En una tierra de peñascos y de cuevas, la roca es refugio y firmeza, lo que no cambia; los salmos rezarán: «Señor, mi roca, mi alcázar» (Sal 18,3). Los Setenta y la Vulgata lo tradujeron por «Dios», o lo omitieron, y Torres Amat los sigue, de modo que en esta traducción la imagen se pierde. San Pablo la recupera al hablar de la roca que dio agua en el desierto: «la roca era Cristo» (1 Cor 10,4).

El cántico es también una historia escrita por adelantado: la elección, el desierto, la idolatría en la tierra, la catástrofe y la restauración. Los profetas lo tienen presente: Isaías empieza como él («Oíd, cielos», Is 1,2) y repite su «yo soy» (Is 43,10). El Nuevo Testamento lo cita a menudo (ver el cuadro al final del capítulo). San Pablo lee en el «no-pueblo» del v. 21 y en las naciones del v. 43 la entrada de los gentiles, que no anula la vocación de Israel, sino que lo provoca a volver (Rom 10,19; 11,11-14; 15,10); toma del v. 35 la renuncia a la venganza (Rom 12,19), y la Carta a los Hebreos aplica a Cristo el v. 43 en su forma griega: «adórenlo todos los ángeles de Dios» (Heb 1,6).

La Iglesia reza la primera parte del cántico (32,1-12) en Laudes del sábado de la segunda semana: el Dios fiel, el Padre que adquiere a

su pueblo, el águila que extiende las alas. Conviene leerlo junto al otro cántico de Moisés, el del mar (Éx 15). Aquel se canta al salir de Egipto, en la alegría de la liberación; este, a las puertas de la tierra, con la conciencia de la infidelidad que vendrá. Los dos terminan con Dios vencedor. En el Apocalipsis, los que han vencido a la bestia cantan junto al mar de cristal «el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero»: «Grandes y maravillosas son tus obras… justos y verdaderos tus caminos» (Ap 15,3), palabras que recuerdan el v. 4 de este cántico.

PAUSA

1. El cántico dice que Dios encontró a Israel «en una vasta soledad». ¿En qué desierto de tu vida te encontró Dios?
2. Yeshurún engordó y se rebeló. ¿Qué abundancias de tu vida te alejan de Dios en lugar de acercarte a él?
3. ¿Qué canción, salmo u oración aprendida de memoria te devuelve a Dios cuando todo lo demás se olvida?

Para orar. *Señor, Roca mía, guárdame como a la niña de tus ojos y llévame sobre tus alas.*

33

La bendición de Moisés

Antes de morir, Moisés bendice a las tribus, como Jacob a sus hijos (Gn 49). Es un poema antiguo con un marco de himno: el Señor viene del Sinaí y se hace rey de su pueblo (vv. 2-5), y no hay Dios como el de Yeshurún (vv. 26-29). En medio, una bendición para cada tribu: Judá y Leví en primer plano, José con la más larga, Benjamín como el amado del Señor, y Simeón ausente. El hebreo es de los más oscuros del Pentateuco, y la Vulgata y Torres Amat lo interpretan con libertad; las notas señalan dónde.

El Señor viene del Sinaí

1 Esta es la bendición que Moisés, varón de Dios [1], dio antes de su muerte a los hijos de Israel. 2 Dijo así: De Sinaí
vino el Señor, y de Seir nos esclareció [2]; resplandeció desde el monte Farán, y con él millares de santos. En su mano
derecha traía la ley que nos dio desde en medio del fuego [3]. 3 El Señor amó a los pueblos: bajo su mano protectora están todos los santos, y aquellos que se sientan a
sus pies [4], recibirán sus instrucciones y doctrinas. 4 Moisés nos dio la ley [5], la cual será la herencia de la numerosa posteridad de Jacob. 5 Ella será el rey [6] que man-

dará en su recto o amado pueblo; estando los príncipes del pueblo unidos con las tribus de Israel.

La bendición de las tribus

6 Viva Rubén y no muera, mas sea pequeño en número [7].

7 He aquí la bendición de Judá: Escucha, ¡oh Señor!, la voz de Judá [8], y dale entre su pueblo la parte que le has destinado: sus manos pelearán por Israel y serás su protector contra los enemigos.

8 Dijo después a Leví: Tu perfección, Señor, y tu doctrina [9] fue concedida a tu varón santo, a quien probaste en la tentación y juzgaste en las aguas de la Contradicción. 9 Aquellos que dijeron a su padre y a su madre: No os conozco [10]; y a sus hermanos: No sé quién sois; y ni a sus propios hijos perdonaron, éstos cumplieron tus mandamientos y guardaron inviolable tu pacto. 10 Estos enseñarán tus derechos a Jacob y tu ley a Israel; y cuando estés irritado, te ofrecerán incienso [11] y holocaustos sobre tu altar. 11 Bendice, oh Señor, su fortaleza y acepta las obras de sus manos. Hiere las espaldas de sus enemigos; y no levanten cabeza los que lo aborrecen.

12 Y de Benjamín dijo: Benjamín el muy amado del Señor, estará cerca de él con confianza; allí morará siempre como en cámara nupcial y reposará en sus brazos [12].

13 Dijo también a José: Sea la tierra de José bendita del Señor, colmada de frutos y bendiciones del cielo, del rocío y
de los manantiales que brotan de debajo de la tierra; 14 de
los frutos que son producciones del sol y de la luna; 15 de
los que crecen en la cumbre de los montes antiguos y sobre
los antiquísimos collados; 16 de todos los frutos de la tierra
y de toda la riqueza de ella. La bendición de aquel que se
apareció en la zarza [13], venga sobre la cabeza de José, so-
bre la coronilla de la cabeza del nazareo o consagrado al
Señor entre sus hermanos [14]. 17 Es cual la del toro primeri-
zo su gallardía; como las del rinoceronte son sus astas [15];
con ellas volteará las gentes hasta los fines de la tierra: tal
será la gloria de la numerosa tribu de Efraín: y tal la de los
millares de hijos de la de Manasés.

18 A Zabulón le dijo: Regocíjate, ¡oh Zabulón!, en tu tráfico
por el mar [16]; como tú, Isacar, en la quietud de tu casa.
19 Tus hijos exhortarán los pueblos a ir al monte santo del
Señor, donde le inmolarán víctimas de justicia. Chuparán
como leche las riquezas de la mar y los tesoros que escon-
den sus arenas [17].

20 Dijo también a Gad: Bendito sea Gad en su expansión o
ancho territorio: se echó a descansar como un león, arre-
bató de una vez brazo y cabeza. 21 Y reconoció su prerroga-
tiva en que Moisés el doctor de Israel [18] debía ser deposita-
do en su porción o herencia. Él fue con los príncipes del

pueblo a la conquista de Canaán, y cumplió los mandatos del Señor y su obligación con Israel.

22 Asimismo dijo a Dan: Dan como un joven león [19] correrá en busca de presa desde Basán y se extenderá mucho.

23 Y a Neftalí le dijo: Neftalí gozará de todo en abundancia: será colmado de las bendiciones del Señor; poseerá el mar de Genezaret [20], y el país hacia el mediodía.

24 Dijo también a Aser: Bendito sea en su prole. Será agradable a sus hermanos: y bañará en aceite sus pies [21]. 25 De hierro y cobre será su calzado. Como en los días de tu juventud, así serás fuerte en los de tu vejez [22].

Nadie como el Dios de Yeshurún

26 No hay otro Dios como el Dios del rectísimo o muy amado Israel. El que está sentado sobre los cielos es tu protector [23]. Su gran poder es el que hace correr las nubes de una parte a otra. 27 Arriba en lo más alto de los cielos está su morada y llegan acá abajo sus brazos o poder eterno. Arrojará de tu presencia al enemigo, y le dirá: Quédate reducido a polvo. 28 Con esto Israel estará en su país seguro y separado [24]. Tiende, ¡oh Jacob!, la vista por tu tierra abundante de trigo y de vino: el rocío caerá con tanta abundancia, que se oscurecerá el cielo. 29 Bienaventurado eres, ¡oh Israel! [25] ¿Quién hay semejante a ti, ¡oh pueblo afortunado!, que hallas tu salud en el Se-

ñor? Él es el escudo que te cubre y defiende, y la espada que te llena de gloria. Tus enemigos rehusarán reconocerte; pero tú los sojuzgarás y pondrás el pie sobre su cuello.

¿Sabías que?

El «unicornio» de la Biblia griega tuvo una larga vida. El *Fisiólogo*, un libro cristiano antiguo sobre los animales y su sentido simbólico, cuenta que el unicornio es tan fiero que ningún cazador puede atraparlo, pero se recuesta manso en el regazo de una doncella, y lo interpreta como Cristo, que se encarnó en el seno de la Virgen. De ahí nacieron obras como los tapices de *La caza del unicornio*, tejidos hacia el año 1500, que se conservan en The Cloisters, la sección de arte medieval del Museo Metropolitano de Nueva York.

Las bendiciones de Jacob y de Moisés

Tribu	Jacob (Gn 49)	Moisés (Dt 33)
Rubén	Pierde la primogenitura (49,3-4)	Que viva, aunque sea pequeño (33,6)
Simeón	Maldito con Leví (49,5-7)	No aparece
Leví	Será dispersado (49,7)	Urim y Tumim; enseña y ofrece (33,8-11)
Judá	León; el cetro (49,8-12)	«Escucha la voz de Judá» (33,7)
Zabulón	Puerto de naves (49,13)	Alegría en sus salidas (33,18-19)
Isacar	Asno robusto (49,14-15)	Alegría en sus tiendas (33,18-19)
Dan	Juez; serpiente (49,16-17)	Cachorro de león (33,22)
Gad	Asaltado, asaltará (49,19)	León; la mejor parte (33,20-21)
Aser	Pan sabroso (49,20)	Pies bañados en aceite (33,24-25)
Neftalí	Cierva suelta (49,21)	El mar y el sur (33,23)
José	Rama fecunda; cielo y abismo (49,22-26)	Las mismas bendiciones (33,13-17)
Benjamín	Lobo rapaz (49,27)	«El amado del Señor» (33,12)

Jacob habla a sus hijos; Moisés, a las tribus que van a entrar en la tierra. Coinciden casi palabra por palabra en José. Leví pasa de la maldición a la bendición por su celo ante el becerro de oro (Éx 32,26-29); Simeón, absorbido por Judá (Jos 19,1-9), desaparece, aunque algunos manuscritos griegos lo añaden en 33,6. Su historia posterior, en el cuadro de Gn 49.

PAUSA

1. Moisés bendijo a cada tribu según su carácter y su historia. ¿Por quién de tu familia o de tu comunidad quieres pedir hoy una bendición concreta?
2. Leví antepuso a Dios a los lazos de la sangre. ¿Hay algo que te cuesta poner en segundo lugar para seguir a Cristo?
3. «Llegan acá abajo sus brazos o poder eterno» (33,27). ¿En qué momento de tu vida te has sentido sostenido así?

Para orar. *Señor, Dios de Yeshurún, bendice a los míos uno por uno y sostenme con tus brazos eternos.*

34

La muerte de Moisés

La Torá termina con la muerte de su mediador. Moisés sube al Nebo, y Dios le muestra toda la tierra, de norte a sur (vv. 1-4). Muere «habiéndolo dispuesto así el Señor», que lo sepulta en un lugar que nadie conoce, y el pueblo lo llora treinta días (vv. 5-8). Josué, lleno del espíritu por la imposición de manos, toma el relevo (v. 9), y el libro se cierra con un elogio: nunca más hubo en Israel un profeta como Moisés (vv. 10-12). Es un final abierto: el pueblo queda a las puertas de la tierra, y el lector, esperando al profeta prometido (18,15).

Moisés ve la tierra

[1] Subió, pues, Moisés de la llanura de Moab al monte Nebo,
sobre la cumbre de Fasga [1] enfrente de Jericó y le mostró
el Señor toda la tierra de Galaad hasta Dan [2], [2] y toda la de
Neftalí, y la comarca de Efraín y de Manasés, y todo el país
de Judá hasta el mar occidental o Mediterráneo [3], [3] y la
parte meridional, y la espaciosa vega de Jericó, ciudad de
las palmas [4], hasta Segor. [4] Y el Señor le dijo: He aquí la
tierra de la cual juré a Abrahán, a Isaac y a Jacob diciendo:
A tu descendencia se la daré. Tú la has visto con tus ojos;
mas no entrarás en ella [5].

La muerte de Moisés

5 Y murió allí Moisés, siervo del Señor [6], en tierra de
Moab, habiéndolo dispuesto así el Señor [7]; 6 quien le hizo
sepultar [8] en un valle del distrito de Moab, enfrente de
Fogor [9]: y ningún hombre hasta hoy ha sabido su
sepulcro [10].

7 Era Moisés de ciento veinte años cuando murió [11]: no se
ofuscó su vista, ni los dientes se le movieron [12]. 8 Y le llo-
raron los hijos de Israel por espacio de treinta días [13] en
las llanuras de Moab: después de los cuales concluyeron el
luto los que lo lloraban.

Josué y el elogio de Moisés

9 Y Josué, hijo de Nun, estaba lleno del espíritu de sabidu-
ría: porque Moisés le había impuesto las manos [14]. Y los
hijos de Israel le prestaron obediencia, y ejecutaron lo que
mandó el Señor a Moisés.

10 Ni después se vio jamás en Israel un profeta como
Moisés [15], con quien conversase el Señor cara a cara [16];
11 ni que hiciese todos aquellos milagros y portentos [17] que
obró cuando lo envió el Señor a tierra de Egipto contra Fa-
raón y todos sus siervos, y su reino todo; 12 ni que tuviese
aquel universal poderío, y obrase las grandes maravillas
que hizo Moisés a vista de todo Israel [18].

¿Sabías que?

En las paredes de la Capilla Sixtina, bajo la bóveda de Miguel Ángel, una serie de frescos pintados en 1481-1482 presenta en paralelo la vida de Moisés y la de Cristo. La última escena de Moisés, obra de Luca Signorelli y Bartolomeo della Gatta, reúne los capítulos finales del Deuteronomio: Moisés lee la ley ante el pueblo, entrega el bastón de mando a Josué, contempla desde el monte la tierra prometida guiado por un ángel y, al fondo, yace muerto entre los que lo lloran. En la pared de enfrente, su pareja es la Última Cena: el testamento de Moisés frente al de Cristo.

Las tres cuarentenas de Moisés

Edad	Qué pasó	Cita
Nace	Salvado de las aguas y criado en la corte del faraón	Éx 2,1-10; Hch 7,20-22
40 años	Mata a un egipcio y huye a Madián	Éx 2,11-15; Hch 7,23-29
40 – 80	Pastor en Madián; se casa con Séfora	Éx 2,16-22; 3,1
80 años	La zarza ardiente; ante el faraón, con Aarón, de 83	Éx 3; 7,7; Hch 7,30
80 años	La Pascua, el paso del mar, la alianza del Sinaí	Éx 12 – 24
80 – 120	Cuarenta años en el desierto	Dt 8,2; Hch 7,36
Año 40	Meribá: no entrará en la tierra	Nm 20,1-13
Año 40	Aarón muere en el monte Hor, a los 123 años	Nm 33,38-39
120 años	Los discursos en Moab: «hoy cumplo ciento veinte años»	Dt 1,3; 31,2
120 años	Muere en el Nebo; «no se ofuscó su vista»	Dt 34,1-7
Después	Treinta días de luto; Josué lo sucede	Dt 34,8-9
En el NT	En el monte de la Transfiguración, habla del «éxodo» de Jesús	Mt 17,3; Lc 9,30-31

La división en tres cuarentenas viene de los Hechos (Hch 7,23.30.36) y de la tradición judía: un antiguo comentario dice que Moisés vivió cuarenta años en Egipto, cuarenta en Madián y cuarenta al servicio de Israel, como cuenta también de Hillel, Rabán Yojanán ben Zakay y Rabí Aquiba (Sifré a Dt 357). El Éxodo solo da la edad de ochenta años (Éx 7,7); las cifras son redondas y expresan una vida plena.

El Deuteronomio en el Nuevo Testamento

En el Deuteronomio	En el Nuevo Testamento
«Escucha, ¡oh Israel!... Amarás al Señor Dios tuyo» (6,4-5)	El primer mandamiento (Mc 12,29-30)
«El hombre no vive de solo pan» (8,3)	Primera respuesta de Jesús al tentador (Mt 4,4)
«No tentarás al Señor Dios tuyo» (6,16)	Segunda respuesta (Mt 4,7)
«Al Señor Dios tuyo temerás, y a él solo servirás» (6,13)	Tercera respuesta (Mt 4,10)
«Honra a tu padre y a tu madre... para que seas feliz» (5,16)	«El primer mandamiento que lleva promesa» (Ef 6,2-3)
«Un profeta... como yo; a él oirás» (18,15.19)	Pedro y Esteban lo aplican a Jesús (Hch 3,22-23; 7,37)
«Fuego devorador» (4,24)	«Nuestro Dios es un fuego devorador» (Heb 12,29)
Moisés: «temí» ante la ira de Dios (9,19)	«Estoy aterrado y temblando» (Heb 12,21)
«Maldito el que no persevera en... esta ley» (27,26)	Cristo nos rescató de la maldición de la ley (Gál 3,10-13)
Ni ojos que miren, ni oídos que escuchen (29,4)	El endurecimiento de Israel (Rom 11,8)
«En tu boca está y en tu corazón» (30,12-14)	«La palabra de la fe que predicamos» (Rom 10,6-8)
«No te dejará ni te desamparará» (31,6)	«No te dejaré ni te abandonaré» (Heb 13,5)

Jesús responde al diablo y al escriba con palabras del Deuteronomio, y los apóstoles lo leen a la luz de Cristo: es uno de los libros del Antiguo Testamento más citados en el Nuevo. Las leyes de los capítulos 19 a 25 que cita el Nuevo Testamento están en el cuadro del cap. 24; el cántico de Moisés, en el del cap. 32.

PARA PROFUNDIZAR

La muerte de Moisés

El Pentateuco termina con una escena desconcertante: el más grande de los profetas muere a la vista de la tierra prometida, sin poder entrar. El Deuteronomio da dos explicaciones y las deja una junto a otra. En los discursos, Moisés dice que el Señor se irritó con él «por causa vuestra» (1,37; 3,26; 4,21): comparte la suerte de la generación incrédula del desierto, como un pastor que no se separa de su rebaño. En 32,51, en cambio, Dios recuerda su propia falta en Meribá: «no me santificasteis» (ver Nm 20,12). Qué hizo mal exactamente, si golpear dos veces la roca, dejarse llevar por la ira o dudar, se discute desde antiguo; el Salmo 106 une las dos explicaciones: el pueblo amargó su espíritu y él habló sin pensar (Sal 106,32-33). Un dicho del Talmud resume la severidad del castigo: «según el camello, la carga» (Sotá 13b). A quien mucho se le dio, mucho se le pedirá (Lc 12,48).

La muerte misma se cuenta con una sobriedad llena de misterio. Moisés muere «por la boca del Señor», y los rabinos entendieron que murió con un beso de Dios (Baba Batra 17a). Después, «le sepultó»: el hebreo sugiere que fue Dios mismo, y el Talmud saca de ahí una lección: la Torá empieza con una obra de misericordia, Dios vistiendo a Adán y Eva, y termina con otra, Dios enterrando a Moisés (Sotá 14a). La tradición cristiana habló del ministerio de los ángeles, como Torres Amat en su prólogo: a finales del siglo IV, la peregrina Egeria vio en la iglesia del monte Nebo un lugar algo elevado, y los monjes le explicaron que allí «fue puesto el santo Moisés por los ángeles» (*Itinerario* 12,2). La Carta

de Judas alude a una disputa del arcángel Miguel con el diablo por el cuerpo de Moisés (Jds 9), que según Orígenes procede de un apócrifo, la *Asunción de Moisés* (*Sobre los principios* III,2,1).

¿Quién escribió estas líneas? El Talmud recoge dos opiniones: las escribió Josué (ver «Antes de empezar»), o las escribió Moisés mismo, al dictado de Dios, «con lágrimas» (Baba Batra 15a). San Jerónimo, discutiendo el «hasta hoy» del v. 6, no tiene inconveniente en que el autor sea Moisés o Esdras, que restauró la obra (*Contra Helvidio* 7). Lo que importa al narrador es otra cosa: nadie conoce la tumba de Moisés. No queda un sepulcro que venerar, sino una palabra que escuchar.

El elogio final (34,10-12) deja el libro abierto: «Ni después se vio jamás en Israel un profeta como Moisés». La promesa de 18,15 seguía esperando. El Nuevo Testamento la ve cumplida en Jesús. En el monte de la Transfiguración, Moisés aparece junto a Elías hablando con él de su «éxodo», la partida que iba a cumplir en Jerusalén (Lc 9,30-31; Mt 17,3); el Catecismo comenta que Moisés y Elías habían visto la gloria de Dios en la montaña, y que la Ley y los profetas habían anunciado los sufrimientos del Mesías (n. 555). El que no pudo entrar en la tierra está por fin en ella, junto al Hijo. La Carta a los Hebreos lo resume: Moisés fue fiel en toda la casa de Dios como siervo; Cristo, como Hijo (Heb 3,1-6). Y celebra su fe: prefirió el oprobio de Cristo a los tesoros de Egipto, y se mantuvo firme «como si viera al Invisible» (Heb 11,26-27).

San Gregorio de Nisa cerró su *Vida de Moisés* con esta muerte. Para él, el título de «siervo del Señor» (34,5) es la cumbre de una vida entera de ascenso, porque solo sirve de veras a Dios quien

ha dejado atrás todo lo demás; y la meta a la que apunta esa vida es llegar a ser amigo de Dios, obrar el bien no por miedo al castigo ni por la recompensa, sino por amor. Moisés muere en la cima de un monte, con la vista intacta y sin tumba conocida: imagen de una vida que no termina en ruina.

La obra de Moisés continúa en una persona y en un libro. Josué queda «lleno del espíritu de sabiduría, porque Moisés le había impuesto las manos» (34,9; ver Nm 27,18-23). El mismo gesto usarán los apóstoles para transmitir una misión (Hch 6,6; 1 Tim 4,14), y la Iglesia lo conserva como rito esencial de la ordenación (Catecismo, n. 1573). Y la Torá termina con el pueblo todavía al otro lado del Jordán: el libro de la promesa acaba en espera.

PAUSA

1. Moisés vio la tierra sin entrar en ella. ¿Qué promesas de Dios esperas todavía sin ver su cumplimiento?
2. La obra de Moisés continuó en Josué. ¿A quién estás ayudando a crecer para que continúe lo que tú has comenzado?
3. ¿Cómo te gustaría que Dios te encontrara al final de tu camino?

Para orar. *Señor, que al final de mi vida pueda descansar en tu palabra, como Moisés, tu siervo.*

Repaso

Preguntas para comprobar lo aprendido. Responde primero de memoria y luego toca el número para ver la respuesta.

Capítulo 3

1. ¿Cuántas jornadas había del Horeb a Cadesbarne, y cuánto tardó Israel en entrar en la tierra? 1
2. ¿Con qué imagen describe Moisés el cuidado de Dios en el desierto? 2
3. ¿Qué dijo el pueblo en sus tiendas después de oír a los exploradores? 3
4. ¿Por qué no debía Israel atacar a Edom, a Moab ni a Amón? 4
5. ¿Cuánto duró el camino de Cadesbarne al torrente Zared, y por qué? 5
6. ¿Qué se mostraba en Rabbat de Amón como recuerdo del rey Og? 6
7. ¿Qué respondió el Señor cuando Moisés le suplicó pasar el Jordán? 7

Capítulo 5

1. ¿Qué fue lo único que el pueblo oyó en el Horeb, según Moisés? [1]
2. ¿Por qué eligió Dios a Israel, según el capítulo 4? [2]
3. ¿Con quiénes hizo el Señor la alianza del Horeb, según Moisés? [3]
4. ¿Qué motivo da el Deuteronomio para el descanso del sábado? [4]

Capítulos 6 a 8

1. ¿Qué respondió Jesús cuando le preguntaron por el primero de todos los mandamientos? [1]
2. ¿Qué debía responder el padre cuando su hijo le preguntara por el sentido de las leyes? [2]
3. ¿Por qué eligió el Señor a Israel? [3]
4. ¿Por qué iría Dios consumiendo a las naciones poco a poco? [4]
5. ¿Para qué alimentó Dios a Israel con el maná en el desierto? [5]

6. ¿Qué cosas no se gastaron en los cuarenta años del desierto? 6

Capítulos 9 a 11

1. Según Moisés, ¿por qué iba a entrar Israel en la tierra? 1
2. ¿Por quién intercedió Moisés, además de por el pueblo, después del becerro de oro? 2
3. ¿Dónde puso Moisés las segundas tablas de la ley? 3
4. ¿Por qué la tribu de Leví no recibió porción de tierra con sus hermanos? 4
5. ¿En qué montes había que publicar la bendición y la maldición? 5

Capítulo 14

1. ¿Qué podía hacer el israelita que vivía lejos del lugar escogido y quería comer carne? 1
2. ¿Por qué no se debía comer la sangre? 2
3. ¿Qué debía hacer Israel con el profeta que invitaba a seguir a dioses ajenos, aunque se cumpliera lo que había predicho? 3

4. ¿Qué podía hacer quien vivía demasiado lejos del santuario para llevar su diezmo? 4

5. ¿Para quiénes era el diezmo de cada tres años? 5

Capítulo 17

1. ¿Cada cuánto tiempo debía hacerse la remisión de las deudas? 1

2. ¿Qué debía hacer el amo al dejar libre a su esclavo hebreo? 2

3. ¿En qué tres fiestas debían presentarse todos los varones ante el Señor? 3

4. ¿Cuántos testigos hacían falta para condenar a alguien a muerte? 4

5. ¿Qué debía hacer el rey cuando se sentara en su trono? 5

Capítulos 18 a 20

1. ¿Por qué la tribu de Leví no recibía tierra en herencia? 1

2. ¿Qué prometió Dios en lugar de los adivinos de los cananeos? 2

3. ¿Cuántos testigos hacían falta para condenar a alguien? 3

4. ¿Quiénes debían volver a casa antes de la batalla? 4

5. ¿Qué árboles no se podían cortar durante un asedio? 5

Capítulos 21 a 24

1. ¿Qué hacían los ancianos de la ciudad más cercana al cadáver de un hombre asesinado por mano desconocida? 1

2. ¿Qué parte de la herencia correspondía al primogénito, aunque fuera hijo de la esposa menos amada? 2

3. ¿Por qué había que poner un pretil en la azotea de una casa nueva? 3

4. ¿Qué hacía la Ley con el esclavo que huía de su amo y se refugiaba en Israel? 4

5. ¿Cuándo debía pagarse el jornal al trabajador pobre? 5

6. ¿Para quiénes debían quedar la gavilla olvidada, las aceitunas y los racimos que quedaban? 6

Capítulos 25 a 27

1. ¿Cuántos azotes podía recibir como máximo un culpable, según la ley? 1
2. ¿Cómo se llamaba en Israel la casa del que se negaba a dar descendencia a su hermano muerto? 2
3. ¿En qué llevaba el israelita las primicias al santuario, y dónde las ponía el sacerdote? 3
4. ¿Cada cuánto tiempo se daba el diezmo para el levita, el forastero, el huérfano y la viuda? 4
5. ¿En qué monte mandó Moisés erigir las piedras enlucidas y el altar? 5
6. ¿Qué respondía todo el pueblo después de cada maldición? 6

Capítulos 28 a 30

1. ¿De qué materiales serán el cielo y la tierra para el que no escuche la voz del Señor? 1
2. ¿Adónde dice la última maldición que el Señor volverá a llevar a Israel? 2

3. ¿Con quiénes dice Moisés que concierta la alianza de Moab? 3

4. ¿Qué cuatro ciudades destruidas recuerda Moisés al describir la tierra asolada? 4

5. ¿Dónde dice Moisés que no está el mandamiento, y dónde está? 5

6. ¿A quiénes invoca Moisés como testigos de la elección entre la vida y la muerte? 6

Capítulos 31 a 32

1. ¿Cada cuánto tiempo, y en qué fiesta, debía leerse la ley ante todo el pueblo? 1

2. ¿Qué dijo Moisés a Josué delante de todo Israel? 2

3. ¿Dónde mandó Moisés poner el libro de la ley? 3

4. ¿A qué ave compara el cántico el cuidado de Dios por su pueblo? 4

5. ¿Desde qué monte vería Moisés la tierra prometida, y por qué no entraría en ella? 5

Capítulos 33 a 34

1. ¿Qué tribu no nombra Moisés en su bendición? 1

2. ¿Qué tarea da la bendición a la tribu de Leví? 2

3. ¿Qué edad tenía Moisés al morir, y cómo estaba? 3

4. ¿Cuánto tiempo lloraron los israelitas a Moisés? 4

5. ¿Por qué estaba Josué lleno del espíritu de sabiduría? 5

Notas personales

Sobre esta edición

Si las notas no se abren

Las notas son comentarios estándar de PDF, las mismas «notas adhesivas» que crean Adobe Acrobat y otros programas. La mayoría de los lectores las abren al tocar el número. Si el tuyo pasa de página en lugar de abrirlas, toca justo sobre el recuadro gris o prueba una pulsación larga, y busca el panel de anotaciones del lector, donde suelen aparecer en lista. Xodo y Adobe Acrobat Reader para Android las abren con un toque.

Texto y notas

Texto bíblico: Sagrada Biblia, traducción de Félix Torres Amat (1823-1825), de dominio público, según la transcripción digital difundida en línea. Se corrigieron erratas evidentes de esa transcripción (puntuación, acentos, palabras cortadas o unidas y alguna palabra mal leída, cotejada con la edición de 1824). Los títulos de las secciones no forman parte del texto bíblico.

Los versículos siguen la numeración de la Vulgata. En muchas Biblias modernas, que siguen la numeración hebrea, 12,32 es 13,1, y 13,1-18 es 13,2-19; 22,30 es 23,1, y 23,1-25 es 23,2-26; 29,1 es 28,69, y 29,2-29 es 29,1-28. El decálogo (5,6-21) se numera igual que en las Biblias españolas actuales. El versículo 27,25 se había perdido en la transcripción digital y se ha recuperado de la edición de 1824. Las referencias a otros libros siguen la numeración moderna: en los Salmos, Torres Amat suele ir un número por detrás.

Notas, introducciones, cuadros y preguntas: preparados para esta edición. Las citas del Catecismo de la Iglesia Católica remiten a sus números.

Tipografía: Literata y Noto Serif Hebrew (licencia OFL). Página de 114 × 152 mm, proporción 3:4, para lectores Boox.